



RENEE
MENDEZ CAPOTE

MEMORIAS DE
UNA CUBANITA
QUE NACIO
CON EL SIGLO

BIBLIOTECA PERSONAL
ARGOS VERGARA



Renée Méndez Capote, Chaple por su madre, nace en la ciudad de La Habana, Cuba, en noviembre de 1901, en el seno de una familia de la alta burguesía criolla. Su padre es un notable juriconsulto, autor de las leyes penales y de la Constitución de La Yaya, en la guerra de la independencia de 1895; es descendiente de campesinos canarios, de aquel grupo de españoles emigrados de las Islas Canarias en el siglo XVIII que se establecieron en la provincia de Matanzas, principalmente, y crearon familias cubanas. En la familia de Fernando Méndez y Gómez y de Rosa Capote y Gómez, también descendiente de canarios, nacen dos hijos, Domingo y Fernando, que harán brillantes carreras académicas: Domingo en la política y el derecho, matriculará treinta y seis asignaturas en la Universidad de La Habana ganando veintidós premios, llegará a General; Vicepresidente del Consejo de Gobierno de la República en Armas. Escribe las leyes penales y la ley de enjuiciamiento criminal y declara que el Pacto de Zanjón no fue una derrota puesto que se pacta entre iguales. Será el primer presidente del Senado republicano y luchará contra el tirano Machado en los años 1930, fundando en Nueva York la Junta Revolucionaria Cubana. Muere en 1932.

Fernando fue una de las víctimas del cuerpo de Voluntarios de La Habana que asolaba los campos y responsable de la deportación de estudiantes. Fernando fue uno de estos estudiantes deportados y terminó su carrera de medicina en Barcelona.

Domingo se casó en 1894 con María Chaple y Suárez, descendiente de una familia de profesionales en la que se distinguieron ilustres magistrados y teólogos.

Desde niña, Renée, junto con sus cuatro hermanos, recibe esmerada educación en la que no faltan los idiomas y la música. Desde niña siente de manera profunda la vocación literaria y en 1917 publica su primer artículo en la revista juvenil de los antiguos alumnos del colegio de los hermanos de La Salle. A los diez años sueña y escribe sin cesar y rompe sin piedad; rompe pero sigue escribiendo. Esa vocación literaria ya no se detendrá.

Pero su vocación de revolucionaria es más fuerte y a los 32 años, casada con un burgués a quien amaba, rompe con su ambiente y se lanza a la lucha revolucionaria.

Vive años muy duros. Está casada por segunda vez, ahora con un compañero revolucionario de talento cuya mala salud le obliga a prolongados internamientos en sanatorios. Renée ya es madre de su única hija y la lucha para sobrevivir con el arma de la pluma es sumamente dura. Trabaja como Directora de Bellas Artes en el Ministerio de Educación, escribe seis programas de radio semanales para la emisora CMZ, del propio Ministerio, y publica en numerosos periódicos y revistas. Obtiene una clientela de alumnos de medicina para los cuales traduce del francés, el inglés y el italiano.

Se incorpora a la revolución de 1959 y hoy, madre, abuela y bisabuela, tiene la satisfacción de poder decir: «He sido fiel a mis ideas y hoy puedo regocijarme con el triunfo de nuestra Revolución, por la que estoy dispuesta a darlo todo».

En estos términos resume su biografía Renée Méndez Capote, un personaje cuya vida tendida en arco entre las dos revoluciones cubanas ha convertido magistralmente en materia de una reconstrucción deliciosa del pasado y en un documento conmovedor sobre la conciencia del fluir del tiempo.

MIAMI-DADE PUBLIC LIBRARY SYSTEM



3 9081 09560 4984



BIBLIOTECA PERSONAL

RENEE MENDEZ CAPOTE

MEMORIAS DE
UNA CUBANITA
QUE NACIO
CON EL SIGLO

EDITORIAL ARGOS VERGARA, S. A.

MIAMI • DADE
PUBLIC LIBRARY SYSTEM

Cubierta
Julio Vivas

Primera edición: febrero de 1984

Copyright © 1964, Renée Méndez Capote
Edición en lengua castellana
Copyright © Editorial Argos Vergara, S. A.
Aragón, 390 Barcelona-13 (España)
ISBN: 84-7178-763-6
Depósito legal: B. 3255 - 1984
Impreso en España - Printed in Spain
Impreso por Imprenta Juvenil, S. A.
Maracaibo, 11 - Barcelona-30

A Cintio
A Friol
A Fina
A Blanch

CAPÍTULO PRIMERO

Yo nació inmediatamente antes que la República. Yo en noviembre de 1901 y ella en mayo de 1902, pero desde el nacimiento nos diferenciamos: ella nació enmendada y yo nació decidida a no dejarme enmendar.

Me aguardaba una familia ansiosa de ver llegar una niña después de dos varones y, naturalmente, esperaban mucho de mí; forzosamente tenía que defraudarlos en algo. Nací grande y gorda, alegre, sana, rebelde y vigorosa. Mi madre no podía comprender que su hija hembra, entonces se decía así, no fuera fina y linda, porque ella lo era y mucho. Yo de fina no tenía nada y de linda tampoco. Mi padre, como se vio reproducido hasta en pequeños detalles, salvando las diferencias básicas, naturalmente: cachetes mofletudos, piernas gordas, cuerpo ancho, ojos papujos y achinaditos, boca carnosa, pues decidió que había nacido “la niña más linda del mundo” y así lo declaró orgulloso a todo el que se le puso a tiro que era el “toute la Havanne”, multitud de personas bien educadas que en vista del extraordinario parecido no se atrevieron a contradecirlo. De primera y pata me sacó para la sala loco de contento y entre las burbujas del champaña que se tomaron ellos, me cargaron Alberto Herrera y Franchi, que había sido su ayudante durante toda la guerra de independencia y a la sazón era novio de mi hermana Teresa que contaba diecinueve años, y Joaquín Llaverías, que supongo ya aspiraba al Archivo Nacional y era un íntimo de la familia. La cara de Joaquín me

curó de espanto desde ese mismo momento y por eso yo no le tuve nunca miedo a nada.

Cuando a mí me engendraron, estaba Cuba en plena efervescencia. Mi embrión se nutrió de lucha y esperanza, de fuerza combativa. Fui la hija de la Constituyente como mi pobre hermanita, que fue engendrada a los dos meses de mi nacimiento y pesó al nacer menos de cuatro libras, fue la "hija de la Enmienda Platt" y se nutrió en el claustro materno de desilusión y de amargura, de ansiedad y de impotencia.

A pesar de todas las buenas condiciones que traje al mundo, nací bajo un signo terrible y mis primeros recuerdos están asociados a la intervención. No me importa lo que dicen los historiadores. Pienso que la historia de Cuba no se ha escrito todavía, porque no se ha revuelto bien aún el poso que sirvió de cuna a la República y la cortedad de visión y la largura de ambiciones personales, que como pañales la envolvieron, no se han distribuido todavía. Hace falta un historiador imparcial, sin prejuicios y muy paciente, además de muy bien enterado, que no tema herir para que pueda hacer justicia. Yo no pretendo acercarme siquiera a un historiador, pero yo sé que en los años que precedieron a 1902 y en los que le siguieron hubo una sombra de malestar que enturbió todos los acontecimientos, ensombreciéndolos con una neblina tenaz. Yo fui para mi padre la lucecita de faro que atravesaba esa niebla y solamente con eso está justificada mi venida al mundo.

Yo era hija del espacio y donde primero me situó la vida fue en una enorme extensión de yerba verde, frente a un alegre grupo de casas de madera con anchos portalones. Detrás de las casas, en la distancia, grandes barracones bajos a los que daban acceso pequeñas escaleras. Ruidos de tropa en ejercicio, trajinar de caballos, relinchos, cornetas en la madrugada y a la hora solemne de arriar la bandera nueva, la bandera que tanto ha costado a Cuba ver ondear y cuya estrella solitaria se clava en un triángulo rojo para recordar la sangre derramada... Es el campamento de Columbia fundado por los interventores, adonde va el primer gobierno a veranear.

Delante de una de esas casas, en la que vive, al lado mismo del presidente Estrada Palma el primer presidente del Senado, está sentada una niña muy chiquita sobre un banco de madera. A sus pies hay una gran perra peluda, tan grande que no hay en la historia de los canes ejemplar igual. Es tal el tamaño espantoso de la

perra, que la niñita encarama sus piecitos calzados con zapatos colorados y los esconde debajo de su faldita blanca orlada de tira bordada.

Hasta pasados los cuatro años no calzarán mis pies nada más que zapatitos colorados. "La niña tiene que usar siempre zapatos punzó" ha declarado Nana y ha añadido misteriosamente: "Es lo que le corresponde." Y ante la decisión firme de Nana se ha inclinado todo el mundo.

—¡Vamos, Renecita...! ¿Le vas a tener miedo a Diana? ¡Si Diana es amiga de los niños...! Vamos... pásale la mano.

La manecita regordeta se resiste y Renecita siente que dos lagrimones quieren salir a ver lo que pasa, mojando sus ojitos achinados. El corazón le da saltos en el pecho. Ella mira, sorprendida de que los grandes no lo oigan palpar y le pasa la mano para que se tranquilice. No quiere llorar, porque van a fotografiarla y además a su lado hay un niño con ancha chalina de seda y ojos claros. Un niño que como es varón no tiene miedo. Guillermo Alamilla está sereno, indiferente al peligro de ser devorado por el monstruo que tiene boca y colmillos y cuatro patas y que por la menor cosa para las orejas.

La misma niña de los zapatos punzó y la faldita de tira bordada, está ahora sentada sobre el vasto césped donde evolucionan los soldados cubanos y ante ella se despliega una visión terrible: dos corceles briosos arrastran con velocidad vertiginosa un coche donde van dos señoras lujosamente ataviadas a juzgar por lo grande de sus sombreros y extremadamente asustadas a juzgar por sus alaridos de espanto. La niñita se cobija en las amplias faldas almidonadas de Nana. Al pasar los caballos frente a ellas Nana la ha abrazado y ha gritado:

—¡Jesús! ¡Los caballos del caballero Sanguily se han desbocado y la señora y la niña van adentro!

Los caballos adquieren un poder sobrenatural. Se apoderan de las señoras asustadas. Alcanzan velocidades extraordinarias. Hacen con sus cascos un ruido de tromba marina que golpea con manos de hierro la calzada y están revestidos de formidable belleza.

Ahora la niñita corre la aventura del primer viaje por mar. Ha tomado un barco grande, muy grande y muy alto, que baila sobre el agua y deja una estela maravillosa y lleva una escolta de peces voladores y delfines. Ha pasado interminables horas de una noche larga a bordo. Ella no sabe si el malestar que la hace padecer es verdad, o sólo un sueño. Ha llorado con miedo y ha sentido una sensación muy mala y es como velada que le llega la voz de la madre:

—¡Méendez! ¡Renecita se ha mareado!

Y las palabras consoladoras y los brazos amorosos del padre se apoderan de ella y mecen su malestar.

—Esto no es nada, mi hijita, nada más que un poco de mareo que te produce el balanceo del vapor. En cuanto lleguemos a tierra se te quita.

Los bigotes de papá son agradables y sus brazos muy fuertes y en ellos se está mejor que en la cuna más mullida. La niñita se duerme abrazada a su padre y por primera vez tiene conciencia de lo que es el amparo.

Al llegar la mañana ha desembarcado en Cárdenas, la ciudad de su padre y al instante mismo de pisar tierra se ha disipado aquella rara enfermedad.

Llegar a Cárdenas es como llegar a un lugar muy grato donde fueran deseados y todos quisieran halagarlos. El padre está contento, feliz entre los recuerdos de su propia infancia. Enseguida va solo al cementerio y vuelve con los ojos brillantes y una expresión muy dulce en la cara. La madre lo abraza emocionada y luego sonrío, satisfecha y tranquila, lejos de la baraúnda de la vida política.

A Renée y sus dos hermanitos, Eugenio y Sarah, los visten de gala y los sientan en tres silloncitos frente a una ventana baja que da al parque. Van a parar a La Dominica de don Faustino Dalmau y su esposa Matilde, donde hay muchos panales de azúcar espumosos y grandes y un tinajón encerrado en celosías, con un gran cucharón colgado de una cadena. Y don Faustino hace unas bufarras, catalanas como él, que no se cansa una de comer.

Los niños están sentados en la ventana y pasan gentes delante de ellos con una sonrisa, con una caricia. Los tres hermanitos se sienten muy importantes.

—Mamá, ¿por qué nos saluda todo el mundo?

—Porque ustedes son hijos de un cardenense ilustre.

—¿Qué es ilustre, mamá?

—Un hombre ilustre es uno que ha trabajado mucho. Que ha servido a su patria según su leal saber y entender...

Los tres silloncitos toman un ritmo firme. Los tres pares de piecitos suben y bajan, suben y bajan, tanto que Renecita se ha caído para atrás. Las dos patitas regordetas baten el aire y por debajo de la faldita han asomado unos pantaloncitos blancos con vuelos de encaje y lacitos colorados. Los niños se preguntan si los cardenenses le habrán visto el fono a Renecita y si pensarán que es un fono ilustre.

Al día siguiente, tempranito, a la hora en que se levantan los viajeros y cuchichean en los cuartos mientras se preparan para salir a tomar el tren, son iniciados en una nueva maravilla. Al amanecer de una mañanita azul y fresca han tomado un coche con dos caballos que corren como no volverán a correr caballos. Tienen alas y son enormes los caballos de la infancia. Cogen un camino de carreta, interminable, bordeado de malezas, donde hay pequeños grupos de bohíos y largas extensiones desiertas. En varios tramos el coche es tirado por yuntas de bueyes que surgen en la soledad, misteriosamente.

Van camino de Varadero, de la divina playa de las veintiuna leguas de arena fina y blanca; del mar cambiante del que no se puede salir, como si la retuviera a una un sortilegio y la envolviera la magia del primer amor. Es un mundo silencioso y desierto poblado tan sólo por seres pequeñitos: cangrejitos blancos y conchas irisadas, pintadas de los colores más bellos. Se juega por primera vez con grandes cayajabos redondos que se pulen y quedan brillantes. Se siente la belleza de las noches de luna reflejada en dos mares tan juntos y tan distintos. Se presta atención al cántico del mar, repetido y solemne, que arrulla el sueño como una inmensa canción que envolviera en su eco maternal al universo entero.

La infancia se prende en las canastas de sardinas plateadas que se fríen golosamente y se comen cabezas y todo. Se engancha la fantasía infantil en las redes de las tarrayas, se mece en el vaivén de los botes que pescan lejos. Los pisos de madera un poco resbalosos de arena despiertan en las plantas de los pies desnudos las primeras sensaciones voluptuosas que se graban para siempre en el recuerdo. El mar que poseyó mi infancia, será hasta mi muerte el amor apasionado.

Una procesión alegre va por la playa. Es noche oscura y los

hachones encendidos la iluminan sin romper el encanto de aquella playa desierta, que según va pasando la caravana vuelve a cerrar como una concha el misterio nocturnal. Un negro jacarandoso dirige la comitiva. Entona una canción y todo el mundo le hace coro... "Pregúntale a las estrellas cuando en la noche me ven llorar..." Se entra en una de las casas que se asientan solitarias sobre la extensa costa y la gente se pone a bailar alegremente. "Betún" es amigo de los niños, y mientras los grandes bailan danzas, habaneras y danzones que alguien toca al piano o que esparce en el aire un fonógrafo de enorme bocina colorada, él reparte dulces y naranjas y calabacines vaciados con una vela de cera encendida asomándose por dos ojos redondos y una boca de dientes separados.

Se quema azúcar en grandes cantidades sobre carbones ardientes. Se hacen humaredas para espantar a los mosquitos y la gente las rodea dejando el baile cuando no pueden aguantar más las picadas.

Rompe de pronto un zapateo criollo. Mamá baila graciosa y rítmica. Es Cuba campesina con su sabor a guarapo y su olor a mariposa. Se ha colado entre la gente de copete y su gracia legítima se impone y triunfa.

Varadero se instala para largos años en nuestras vidas. Libres como animalitos sanos hemos de vivir en él la mayor parte del año durante toda la infancia. Cárdenas se clava en el recuerdo con un cortejo de parientes y amigos queridos de mis padres. José Dolores, José Belén, tía Tula, tía Carmita, los viejos Méndez altos y fuertes como torres coronadas de nieve. Los primos más queridos: Carlos Méndez, Valentín y María Méndez, Ovidio Méndez, Luis Capote, Rafael y Miguelito Martínez, Juan y Ramón Malet, Onelia Méndez, la prima linda de las trenzas negras y los dulces ojos; Laura Malet, simpática y alegre, y las Porto, las Albrecht, los Castro, los Verdeja, los Neyra, los Gou, los Rojas, los Lluriá, los Sardiñas, los González Bernard, Enrique Yániz... Y don Mariano y la prima Charo, que parecen salidos de una estampa de Landaluce, con sus treinta años de noviazgo paciente.

Y caminando despacito por la playa, atentos al rayo verde, de la mano de mi padre van saliendo los cuentos entrañables de una infancia campesina desolada por la orfandad prematura, estremecida por la guerra grande, encendida en el ansia de estudiar. El mundo de "Pelusa", que en Varadero empieza a revelarse y a

llenarme el alma de emoción al ponerme en contacto con la finca "San Francisco", con los horrores de la esclavitud y las luchas de Cuba por dejar de ser colonia y convertirse en nación.

De pronto el paisaje brumoso de los primeros recuerdos infantiles se puebla de antorchas encendidas y luces de bengala. Suenan los primeros voladores que son como estrellas que salieran de la tierra y fueran a clavarse en el cielo.

—¿Se clavan, Nana?

—No, Renecita. Lo besan y vuelven apagados para acá.

Turbas, turbas de hombres vociferantes pueblan la manigua del Vedado. Cascos de caballos, miles de cascos de caballos resuenan sordos en la calle de tierra apisonada. Gritos y luces en la noche que minutos antes estaba silenciosa, adormecida en la penumbra de los escasos faroles de gas. Los voladores repitiendo incansables su beso de luz a las tinieblas. Un corneta suelta electrificante el toque de diana mambisa. La turba deja los caballos, se acerca, rodea la casa, algunos permanecen fuera, como en acecho, mientras grandes grupos entran en la sala. La niñita de los zapaticos punzó y la faldita de tira bordada está en un balcón, que rodea un patio interior lleno de plantas, mirando con los ojos muy abiertos. Su padre está abajo, en medio de los hombres que gritan. Sonríe y sale a la calle y de la turba se levanta un gran clamor. La niña tiene miedo.

—¿Qué pasa, Nana? ¿Qué es esto?

Se agarra de la mano dulce y negra donde residen la seguridad y la confianza.

—Esto es la política, Renecita. La política...

Algún tiempo después, en el ancho portalón de la nueva casa que acaba de hacer construir Domingo Méndez Capote, que ha pagado por solar y medio de esquina en la calle 15, esquina a B, la tercera esquina, no la del diablo, dos mil quinientos pesos, la casa que ha levantado con techos de vigas de madera el maestro de obras Evaristo Estenoz —ojos verdes, pelo rubio ensortijado, bigote recortado, jipi y traje de dril crudo, uña larga en el meñique derecho, simpática la figura esbelta—; los niños están sentados en el gran columpio de madera blanca y roja. En la tibia noche

tropical, materialmente derrumbada de jazmines, hay de nuevo un torrente de luces que se mueven, un trotar sordo de cascos y un resonar incansable de cornetas y voladores.

La turba de jinetes irrumpe de nuevo en la calle de tierra, que ahora no es una calle del litoral, sino un ancho sendero de tierra amarilla que se está abriendo paso entre las peñas y las tunas, venciendo trabajosamente la subida de la loma. Rodean la casa que forma parte de un pequeño grupo de viviendas solitarias, se desmontan y entran en el patio grande donde papá acaba de sembrar la mata de zapote y tres matas de anón y una de guanábana. Debajo de las matas han colocado grandes barriles de cerveza. Unos hombres de levita han entrado en la sala. Hablan y gesticulan y luego salen al portal y uno de ellos habla a gritos hacia la turba que ha hecho silencio impresionante que sigue a esporádicos gritos ensordecedores. El hombre gesticula hacia la noche tibia, hacia el cielo sereno que sigue lleno de luces y estremecido por los besos ansiosos de los voladores, que no quieren oír al hombre que habla.

—¿Qué es esto, Nico?

El tío Nicanor Méndez Capote, bonachón y amigo entrañable, inclina su altísima estatura.

—La política..., hijos. La política... Se acaba de fundar el Partido Moderado, del cual Domingo ha sido electo presidente.

Un año después sufrimos un traslado que parece una huida a una casa oscura y fea de la calle de Cuarteles, a La Habana Vieja donde las calles son estrechas y ruidosas, donde no nos pertenece el espacio y no hay malezas, ni río, ni litoral, ni mar, ni peñones, ni furnias, ni plantas marinas, ni árboles rumorosos, ni se oye el chirriar de los murciélagos, ni se le dice “sola vaya” a las lechuzas, ni en las mañanas vuelan las gaviotas, ni se puede acechar el cielo a ver si se ha extraviado algún alcastraz demasiado tonto para saber que en la tierra no hay sardinas. Todo el día asombrados y entristecidos, prisioneros dentro de un pequeño patio de horrible piso de cemento con tiestos de pobres matas empolvadas. Separados de los caballos queridos, privados de la preciosa libertad de

animalitos salvajes. Ni siquiera paseos por el litoral con Nana, escoltados por “Corojito”, el veterano.

En lugar de la risa alegre de la madre, llanto y congoja que se siente viva, mientras detrás de las persianas resuenan en la calle los pasos de los milicianos.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Qué es esto?

—¡La política, hijitos...! —y la voz desolada se rompe en sollozos. Y la política se graba en el recuerdo revestida con proporciones de catástrofe, misteriosa y mala. Y mientras aprendía que en la vida feliz podían irrumpir acontecimientos misteriosos y sombríos que hacían llorar a las madres y ponían prisioneros a los niños, mi primer gran dolor, se preparaba.

Nana tenía veinticuatro años. Era grande, gorda, reluciente, de un lindo color negro parejo, con los dientes sanos y la risa fácil. Me había acogido amorosamente en sus brazos juveniles y fuertes, junto a sus pechos amplios el mismo día que yo nací.

Yo dormía junto a ella con mi camita muy cerca de la suya y lo último que veía al quedarme dormida y lo primero al despuntar el alba, era su sonrisa. Nana siempre estaba alegre. Me cuidaba como a la niña de sus ojos.

Ya tenía yo cuatro años. Nana con sus cuentos, sus refranes, sus cantos y sus zapaticos y lazos colorados formaba parte principal de mi mundo. Yo la quería entrañablemente.

—Nana, ¡qué linda tú eres! ¡Tú eres punzó, Nana!

Para mí no había cosa más linda que el punzó. Yo tenía baticas con bordados rojos, sombreritos con florecitas y cintas rojas, bandas y lazos colorados, porque todo tenía que hacer juego con los zapaticos punzó que había decretado Nana.

*Al anaquillé, cómo baila el muñeco,
Al anaquillé...*

*Francica se fue a bañá y dejó la ropa en el plataná.
¡Francica! No jue con yeso, mira que yeso te va pintá.*

—Cuando tú seas grande yo te voy a hacer cuentos muy lindos de bailes rituales a la orilla de los ríos... Tú verás... Mi abuela era de nación y ella me ha hecho muchos cuentos. Su padre era rey y ella era princesa. Y vinieron unos blancos y la robaron con muchos de su aldea, que estaba en una selva tupida cerca de la costa...

y los metieron en un barco sucio... y murieron muchos antes de llegar a Cuba... Y mi abuela se enamoró de un negro criollo y le nació mi madre, que ya nació esclava... Pero yo soy libre, Renecita. Tenía trece años cuando se dio el grito de Baire... Nos fuimos todos al monte... Ya verás, ya verás cuántas cosas lindas te voy a contar...

Así me dormía Nana, acunándome en sus brazos fuertes, apretándome contra sus pechos amplios, junto a mi carita su cara negra, sana y linda. ¡Y qué bien olía mi Nana! Qué limpia era. Cómo le gustaban los jabones de olor y los buenos polvos y los perfumes franceses que mi madre me daba para que le regalara...

Un día, Nana amaneció con mucha fiebre. Yo nunca había oído decir más de cuarenta, pero por la cara de mi madre me pareció que era muy malo. Por la tarde quiso ir para su casa, junto a la madre que nació esclava y a la abuela de nación, que sabían muchos remedios y la curarían enseguida.

Ella vivía en La Habana Vieja, allí donde no había espacios libres, ni aire marino, ni noches rumorosas de pinos y álamos, pero quiso ir junto a los suyos. Era un viaje muy largo desde el Vedado. Mi madre mandó enganchar el coche y la acompañó. La tuvieron que vestir, porque estaba casi inconsciente.

Han pasado cincuenta y seis años y tengo la escena clara en mi recuerdo. Nana vestida con su abrigo de paño color cocoa, a la cabeza su velo de encaje negro y calzados sus zapatos de salir, de charol negro. Mamá ayudándola a subir al coche. Y ella se volvió con esfuerzo a decirme:

—No llores, Renecita... no llores... Yo vuelvo, Renecita... yo vuelvo...

Y no volvió. Mi Nana se murió de tifoidea a los veinticuatro años. Era una negrita gorda, alegre, reluciente, buena. Yo me quedé paradita en la escalera de servicio, llorando amargamente, vestida con mi batica blanca bordada con rositas coloradas, al pelo un gran lazo punzó y en los piecitos los zapatos rojos que ella me ponía siempre... “la niña tiene que usar zapaticos colorados...”.

Después, envuelto en una bruma casi impenetrable viene el

primer viaje al extranjero. Registro mi memoria y no aparece el menor recuerdo de barco, ni de nada. Sólo de vez en cuando se abre un poquito la neblina y sale una chimenea con fuego de leños, y mucha nieve... y muchas lágrimas. Mi madre lloraba todos los días, sentada en una butaca que no se mecía, tratando de reproducir con sus brazos el vaivén de los sillones que mis hermanitos y yo reclamábamos lastimeramente a la hora de dormir. El norte se presenta hostil en mi recuerdo. El frío era muy desagradable. No había sol como en Cuba. Lloviznaba mucho cuando no nevaba y las calles resbalaban. Todo eso lo recuerdo envuelto en sombras, el único recuerdo nítido de los primeros meses que pasé en Nueva York es que los grandes habían inventado un instrumento de tortura para mortificar a los niños. En cuanto Sarah se ponía los guantes abría los dedos y no podía cerrarlos más. A Eugenio se le caía todo cuanto cogía y yo no me los dejaba poner hasta que no tenía las manos bien amoratadas.

Cerca de los cuatro años de haber dado el primer viaje, volvimos por segunda vez al norte y ahora sí están los recuerdos claros y precisos.

Tampoco esta vez nos gustó. Sentíamos mucho el frío. Nos molestaba tener que estar tanto tiempo del día metidos en la casa. Echábamos de menos la libertad que nos parecía lo mejor de la vida. Nuestra casa, nuestros amigos, nuestros caballos, las temporadas de Varadero y la ebullición en que empezaba a meterse el Vedado. El arroz, ¡qué falta nos hacía el arroz blanco! Y cómo nos pesaba la ropa de abrigo. Le teníamos lástima a la gente que vivía siempre envuelta como paquetes. Nos llevaba papá al Parque Central a montar en los caballos, visitábamos todos los días el Museo de Historia Natural y nos tirábamos de una lomita en el parque frente al museo con unos pequeños toboganes, pero eso era los días de buen tiempo. Las más de las veces era mirar caer la llovizna o la nevada detrás de los cristales, en un día que duraba pocas horas porque siempre era de noche.

Y de toda aquella niebla triste, como único recuerdo digno de ser atesorado, se destaca un payaso. Fue el encuentro con la luz y el calor en medio de aquella frialdad.

Enseguida de debutar en Nueva York, Marcelino Orbes se vio convertido en el clown más popular de Norteamérica, y en la delicia de tres cubanitos que iban a buscar en sus payasadas la risa cálida que les hacía evocar a su país de sol.

En pleno invierno Marcelino pescaba un perro y unas ninfas de un estanque. Vestido de chaqué, con un sombrero gris, echaba su caña desde el tejado de una casita de cartón y con las muecas de sorpresa más exageradas en su cara embadurnada de blanco, rojo y negro, arrancaba de los espectadores cataratas de risa mientras sacaba chorreando a las ninfas y al perro. Los niños cubanos se olvidaban del frío y de la tristeza de no estar en su tierra, riendo las gracias del payaso español.

Era la primera vez que las raíces hispánicas se hacían patentes. Marcelino hablaba nuestro idioma, decía palabras en castellano, que nosotros entendíamos, que nos sorprendían agradablemente en medio de aquella baraúnda ajena que nos rodeaba. Y Marcelino nos pertenecía, y nosotros a él, por aquellas palabras dichas en el idioma común.

Después, en varias ocasiones volvimos al norte. Marcelino seguía su carrera triunfal, instalado como un pilar en el Hipódromo de Nueva York. En el torbellino de la adolescencia olvidamos a medias al payaso.

—Iremos a ver a Marcelino —decíamos—. Lo hemos de buscar fuera de las tablas para conocerlo de cerca.

Pero cuando íbamos a alguna función del enorme teatro en cuyo escenario podía andar un tren, era de carrera y conocer a Marcelino se quedaba en proyecto.

Más tarde, la plena juventud, más reposada, evocaba los recuerdos de la infancia y conocer a Marcelino volvía a ser una ilusión.

—Cuando vayamos al norte, tenemos que buscarlo.

Y lo intentamos, pero Marcelino Orbes había desaparecido como desaparecen las figuras de la farándula. Pasó a ser una leyenda. Nadie sabía adónde había ido a dar.

De pronto, un día reventó la noticia: se suicidó Marcelino Orbes. En una mísera habitación del barrio de los negros y los latinos de Nueva York, se arrodilló frente a su camastro de hierro sobre el que había esparcido los recortes de periódicos que hablaban de su gloria y colocándose un revólver en la sien se hizo un disparo. Lo encontraron muerto, de bruces encima de sus años gloriosos de artista de talento y gracia sin igual.

Los tres hermanos cubanos nos miramos con mucha pena en los ojos por el payaso español.

—Ahora sí que no podremos conocerlo —comentó uno y los tres bajamos la cabeza.

Con Marcelino se iba una ilusión y quedaba una deuda sin pagar. El no haberlo buscado a tiempo nos pareció un abandono culpable y una ingratitud.

Evocamos el chaqué, el sombrero gris y la cara maliciosa, con emocionada sonrisa.

—Te acuerdas su ¡Olé, perro! cuando sacaba el sato del agua...

—Aquella expresión de su cara cuando iba sacando a las muchachas...

Nuestros tres corazones que la juventud había tornado tumultuosos, vibraron unidos con la placidez de los niños que mezclan la sonrisa con el llanto. Y la vibración se abrió camino hacia una tumba ignorada donde descansa rodeado de la baraúnda ajena, el payaso Marcelino que no pudo dominar quién sabe qué penas hondas y qué terribles desilusiones. Aquella vibración fue nuestro mejor homenaje.

CAPÍTULO SEGUNDO

Cuando volvimos a Cuba en 1907, estaba instalada en el poder la segunda intervención. Los cubanos, después de la austeridad y la honradez administrativa del primer gobierno republicano, estaban aprendiendo rápidamente de sus maestros nortños el arte de mal gobernar y de enriquecerse desafortadamente desde los cargos públicos. Todo un banco de tiburones se estaba gestando en el seno de la República intervenida y ya se estaban preparando los dril 100, el jipijapa, el cocomacaco con contera de oro y los brillantones en el menique y la corbata. El "político" estaba ensayando a la sombra de los yanquis para hacer su debut en la escena de la farsa nacional.

De todo esto me enteré mucho después. Para nosotros entonces Magoon era el perro de Alejo Carreño que tumbaba a Nicolás Pérez Stable, y nos llevamos la gran sorpresa cuando oímos a un proyanqui llamarle místico. La política había pasado por nuestra infancia como un ciclón que deja un reguero de lágrimas, como un acontecimiento inexplicable que provocó prisión de niños, destierro y frío. Mi padre, sancionándose voluntariamente por los errores que provocaron la frustración cívica del 1906, renunció al brillante porvenir que a pesar de todo le ofrecía la vida pública y se entregó de lleno a su profesión de abogado y a su hogar.

En la casona nuestra, cómoda y amplia, carente de pretensiones y por lo mismo muy sabrosa, empezó a transcurrir una vida formidable. El padre, compañero y amigo. La madre, manantial

cristalino de dulzura. El mundo que nos rodeaba, fuente inagotable de sorpresas. Por entonces empezó a existir para mí la gente. El mundo empezó a poblarse.

Mi hermano mayor se me apareció como el colmo de la fuerza, de la habilidad y de la astucia, el compendio de la belleza masculina. Me pareció grandísimo, hasta que yo crecí más que él, lo que le obligó a tomar proporciones más modestas. Aunque desarrollaba los recursos de su astucia a costa mía y de mis otros dos hermanos, sus víctimas lo adoraban con la más servil de las adoraciones, adoración que, por otra parte, él ignoraba. Doraba perras gordas y chicas con solarina de limpiar los arreos y nos las vendía a peso plata cada una. Hacía un infecto merengue gris, medio cortado y nos vendía plásticos de aquella porquería. Nos robaba el "familiar" cuando estábamos listos ya para salir y nosotros nos quedábamos maguados en la puerta de la cochera, pero lo admirábamos todavía. Es verdad que se preocupaba mucho cuando un niño se enfermaba y que a través de su afectada indiferencia, nosotros sabíamos, con el instinto certero de los niños, que nos quería, y que era de nosotros tal vez el de mejores sentimientos.

Sus títulos a nuestra admiración eran variados y de lo más legítimos: primeramente era veterano, el único de nosotros, los hijos de María Chaple, ya nacido cuando papá se fue para la guerra; segundo, era emigrado revolucionario y, según nos contaba mamá, a los tres años pronunciaba discursos patrióticos, subido a la mesa de la cocina en la casa que mamá compartió en la emigración con Lucía Íñiguez, la madre de Calixto García. Discursos que empezaban siempre:

*Las glorias del dos de mayo,
dónde están y qué se hicieron,
cuando ni tiempo tuvieron
de bajar el guacamayo...*

Y por si todo esto fuera poco, se retrató en el Cayo vestido de mambí.

A los seis años montaba un chivo enorme con montura de verdad; un chivo que se llamaba Perico, como todos los chivos y que como todo lo que no se llega a conocer, permaneció revestido de un prestigio inmenso. A los siete años montaba a caballo; a los

ocho tiraba, con escopeta de verdad, a los pollos y los guineos del gallinero y a los gorriones que se comía fritos; y a los doce, que es cuando yo empiezo a recordar sus hazañas, tenía conocimientos perfectos de equitación de los cuales daba muestras en caballos briosos, manejaba solo el coche, tiraba esgrima y jugaba foot-ball. Era una especie de pirata familiar que no le tenía miedo a ningún abordaje. Y nosotros despreciábamos a los corsarios y admirábamos a los piratas.

Mi segundo hermano era una maravilla de erudición infantil. Yo creo que era un niño chiflado. Padecía de delirio de grandeza y creía que todos los barcos, todos los animales, todos los árboles, todos los trenes y todos los coches eran suyos. Los había heredado del mayor, a quien no le gustaba nada que le recordaran los años de su propia infancia, cuando él tenía huertas que producían tomates enormes rellenos con crema helada en lugar de semillas y su padre mandaba, para vencer a los españoles, una tropa de caballos blancos que tenían un pito alante y otro atrás.

Mi hermanita y yo, que al grande lo queríamos mucho, pero con el respeto que merecía personaje tan conspicuo y tan audaz, satisfacíamos en el segundo todos nuestros instintos maternos. Lo cuidábamos; le zurcíamos los calcetines, con tanto hilo que no se los podía poner; le guardábamos lo mejor de comer, porque antes de convertirse en émulo de Heliogábalo, fue muy desgano; le tomábamos cuidadosamente los mensajes en clave que desde las azoteas más o menos vecinas le mandaban sus amigos usando espejos y banderolas de señales; le cuidábamos su herbario, su colección de piedras, sus pomos de mariposas y cocuyos, sus cajas de escarabajos y de grillos; su grulla Martín y su caballo El Niño, este último herencia positiva del mayor. Le ordenábamos su biblioteca de libros de viajes, de marinas y de ejércitos, de indios y de piratas que, junto con los clásicos españoles, los mártires del cristianismo y varias ediciones del Quijote, formaban un conjunto preciadísimo. Cosíamos sus banderas de todas las naciones y sus banderolas de señales. Le pegábamos sus papalotes, a los que bajo la dirección sabia de mamá hacíamos frenillos perfectos y largos rabos bien balanceados. Sacudíamos sus libretos de ópera y muy suavemente, con un cepilló de pelo de camello, quitábamos el polvo a su magnífica discoteca que no oíamos nunca, hasta que él no llegaba del colegio y echaba mano de su fonógrafo de enorme bocina colorada.

Todas las mañanas, después de la tempranera clase de inglés que tomábamos a las siete menos cuarto con un formidable inglés de Londres de quien hablaré más adelante, antes de irse Eugenio para La Salle, que estaba entonces en Calzada y D, nos llevaba al jardín donde teníamos un asta de banderas en medio de un cantero neutral (no era el cantero de verduras de él, ni el romántico cantero de pensamientos y violetas de Sarah, ni el práctico cantero de flores de la estación que cultivaba yo, sino un cantero redondo en el que mamá tenía sembrada una hermosa mata de alcanfor, vecina de la famosa magnolia que floreció una vez, causando sensación en la familia).

Llegábamos al asta de banderas e izábamos la enseña de turno en medio de silencio reverente. Todos los días cambiábamos con entusiasmo nuestra nacionalidad. Cuando papá veía la bandera, a la hora del almuerzo, llamaba al erudito y le hacía las preguntas de rigor: ¿situación geográfica? ¿número de habitantes? ¿forma de gobierno? ¿idioma? ¿superficie? ¿principales industrias? ¿potencial de ejército, marina mercante y marina de guerra? Mi hermano Eugenio no se equivocaba nunca y la última pregunta daba lugar a una conferencia sobre tonelaje, numerario de la flota, tipos de embarcaciones, nombres y particularidades de los barcos. Era un niño notabilísimo, considerando que esta época abarcó desde los siete hasta los doce o trece años. Un día mi padre por poco se cae para atrás porque Eugenio quería que el Quijote tuviera una bandera. Papá le explicó que tenía la de España, que el Quijote representaba las virtudes y los defectos de la raza y el sabio insistió:

—No. El Quijote debía tener una bandera porque él representa un mundo propio dentro de los demás.

Los días de fiesta patriótica nos despertaba la diana mambisa que venían los veteranos a tocarle a papá y a nuestro vecino inmediato, Aurelio Hevia. Sentíamos una emoción enorme, que la repetición del hecho no gastaba y esperábamos apenas que amaneciera para correr a izar la bandera del triángulo y la estrella. La conferencia en esos días se extendía sobre historia de Cuba que el erudito dominaba como pocos hombres.

Era gran admirador de Cristóbal Colón y de los conquistadores “porque habían tenido que ripiársela y subir unas lomas tremendas” y nunca supimos la razón de por qué se reía despiadadamente de Felipa Moñiz y la pintaba con un gran moño virado y la nariz aplastada.

Mi hermano Eugenio tuvo un magnífico telescopio alemán que muchos años después falleció en un ciclón. Se lo regaló Arturo Vargas, abogado cardenense que fue amigo de la infancia y socio de bufete de mi padre desde que éste se graduó hasta su muerte. Una noche llegaron a casa Arturo y María Porto, su mujer, y se encontraron al muchachito acostado boca arriba en el portal tratando de ver las estrellas de sexta magnitud con unos gemelos de teatro de mamá. Estuvieron hablando de astronomía y al día siguiente Arturo le compró el telescopio. Cuando Eugenio tuvo catorce años, mandó un trabajo a la Sociedad Astronómica de Francia y lo admitieron como socio de número.

Era también aficionado a la botánica y gran amigo y compañero de excursiones del famoso naturalista francés Hermano León.

Entre sus múltiples y variados entretenimientos figuraba la carrera de escarabajos. Les hacía unos carritos de papel de acuerdo con el tamaño del bichito y los ponía a correr sobre la mesa del comedor. Los escarabajos unas veces corrían para adelante y otras de lado o para atrás, pero nosotros nos manteníamos alrededor de la mesa dando gritos a nuestros favoritos y luchando porque mantuvieran el rumbo hacia adelante. Vivían en amplias cajas de zapatos con muchas perforaciones en la tapa y les dábamos de comer cañita santa y yerbabuena mojada en agua de azúcar y les echábamos pulgas de río y su gusarapo y sus renacuajitos. Parece que ese era el régimen apropiado, porque los mantenía vivos y lustrosos.

Eugenio era un pan bendito. Cariñoso, bueno, noble, todo el mundo lo quería. Tenía una personalidad tan firme que el resto del universo le importaba un comino y era, como todo sabio, y sin duda era un niño sabio, bastante distraído. Se perdía entre las malezas a dos cuadras de la casa y lo veíamos correr de aquí para allá, de allá para acá, simplemente porque estaba virado de espaldas. Iba dos veces por semana a La Habana a tomar sus clases de violín con Juan Torroella en el Conservatorio Nacional. Abordaba su tranvía en la calle 17, siempre acera de los nones mirando de popa a proa y cuando veía un gran letrado: Corsés Ninón, se bajaba y subía las escaleras del Conservatorio que quedaba encima de los corsés. Una tarde volvió tan temprano que nos asombremos:

—¡Eugenio! ¿Qué te pasó?

—No pude tomar la clase. No encontré los Corsés Ninón. Parece que se han mudado.

Mi hermanita era también un tipo célebre. Era chiquitica como el ratoncito Pérez y sabía más que la cucarachita Martina. El pelo negro y ensortijado lo usó corto como un varoncito hasta los siete años en que le entró la presunción de los tirabuzones y echó una mata de pelo sorprendente. Era una niña toda cabellera. Tenía los ojos muy negritos y penetrantes, y una boca muy fresca con dientes blancos y parejos. La nariz se le puso chata a fuerza de pegarla a las puertas para sorprender conversaciones. Era detective y siempre estaba siguiendo huellas y descubriendo intrigas. Aprendió a leer curioseando las lecturas ajenas y al principio de leer ya de corrido, cuando cogía un libro o un periódico lo viraba patas arriba para poder leer cómodamente.

Tan pronto era monja como bailarina o actriz de carácter. Usaba varios nombres de teatro: Zedenka Laeshoff, entre otros. Cuando tenía talla de siete años, yo no recuerdo la edad exacta, tomó la decisión de escaparse de casa para unirse a la compañía dramática de Mimí Aguglia. Se lo comunicó a papá, a quien afortunadamente se lo confiábamos todo, y desistió de su empeño porque él le hizo ver que con su tamaño solamente le confiarían papeles insignificantes.

—¡Mira! ¡No había pensado en eso! —dijo la chiquitica y decidió esperar a tener quince años.

Sarah compraba grandes mapas de todos los países y con una lupa se estaba días y días buscando lugarejos poco conocidos cuyos nombres habían caído en sus oídos en alguna conversación, o había visto citados en algún libro o revista. Anduvo mucho tiempo caminando por Francia en busca de una aldea que se llamaba Lumigny. Tenía también planos de capitales europeas y se divertía convidándolo a uno a pasearse por ellas y llevaba a sus invitados por las calles diciéndoles los edificios notables o los parques o monumentos que encontraba a su paso, usando el invitado el plano y la famosa lupa y usando ella su prodigiosa memoria.

Atesoraba grandes colecciones de muñecos de papel recortados de revistas y de libros, que no vacilaba en desbaratar para completar sus numerosas familias con extensa servidumbre. Les ponía nombres, apellidos y edades y les distribuía profesiones y

oficios. No le importaba si el señor Jenaro Pérez era en realidad un amigo de la familia o algún personaje. Se estaba a veces semanas enteras buscando cochero o cocinero para una de sus familias de papel. Los guardaba en cajas de zapatos numeradas y en la tapa escribía los nombres, la profesión y las edades.

Tenía una colección del almanaque de Ghotá y conocía por sus nombres a todas las familias reinantes y nobles de Europa, lo que le valía no pocas burlas que le importaban muy poco.

No leía más que filosofía. Decía que no entendía nada, pero que era más entretenido que los cuentos. Había que ver aquel camino entrar en la biblioteca de mi padre, a la que teníamos libérrimo acceso, y escoger una obra de Kant y estarse las horas sentada leyendo embebida en lo que ella misma decía que no entendía nada. Le gustaba mucho Flammarión y la fascinaba la pluralidad de los mundos habitados. Una noche se cayó de la cama. Yo oí un estrépito en su cuarto y corrí a ver qué había pasado y me la encontré levantándose del suelo.

—Renée, me puse a pensar en la inmensidad del Cosmos y por poco me da un patatús.

Eugenio la llamaba Ticticatéirum. Era muy coqueta y enamorada disimulona. Tenía un gran talento musical que una excesiva timidez no le permitía lucir. Los días de recital de la Academia Chartrand el tilo corría y el jazmín de cinco hojas causaba inundación en el rincón donde Sarah se mantenía silenciosa y temblando en espera de la hora del concierto.

Positivamente mi hermanita era una niña excepcional. Una vez tocó tan bien, su interpretación fue tan sobresaliente que Luisa Chartrand estaba emocionada. Se destacó positivamente entre las compañeritas, entre las que había valores como Margot Díaz Dorticós, que aunque muy pequeña, revelaba ya la exquisita artista que sería después. Al concierto que se celebró en los salones del Centro de Dependientes del Comercio, en el Paseo del Prado, asistió el presidente Menocal, que acababa de tomar posesión y cuya esposa, Mariana Seva, había sido amiga de infancia y condiscípula de Luisa. Cuando Sarah terminó de tocar, el presidente mandó un ayudante a buscarla para felicitarla. El estrado con los pianos se alzaba en medio del enorme salón y por ambos lados una nutrida concurrencia lo rodeaba. Al terminarse la ovación que le tributaron a Ticticatéirum, llega el ayudante presidencial y le dice que le acompañe, que el presidente desea saludarla. Y se oye la voz de Sarah que grita:

—¿A quién? ¿A mí? ¡Qué va! Pies, ¡para qué te quiero!

Y echa a correr en sentido contrario al presidente a esconderse, por algún rincón, de donde no salió hasta bien terminada la fiesta.

Yo era, positivamente, la menos interesante de los cuatro hermanos, sin embargo, no dejaba también de tener mis características peculiares. Las más acusadas se contradecían abiertamente: un formidable equilibrio físico y una desbocada imaginación. Yo fui compañerita de Leonardo de Vinci y en justicia debería compartir con él el honor de haber sido precursora de la aviación. Con una diferencia a mi favor: Leonardo quería fabricar una máquina de volar y estudiaba las corrientes atmosféricas; yo quería volar por mi propio esfuerzo y se me importaban un comino las corrientes, yo volaba con toda clase de tiempo.

Yo poseía una postal preciadísima, de una cursilería enternecedora: una hadita tiernecita y regordeta, envuelta en velos azules, con un largo collar de perlas y dos alitas transparentes, volando perpendicularmente sobre un estanque lleno de flores y rodeado de mariposas. Yo me estaba las horas sentada debajo de la mata de zapote, que ya daba sombra, con los ojos entrecerrados y en la mano aquel talismán de volar y me daba unos viajes aéreos sobre el mar y sobre todo el Vedado, a una altura de vértigo y con una rapidez pasmosa.

Tenía excelente memoria para los hechos y las emociones y don de observación y una vena poética daba a mis relatos relieve singular. Para las personas mayores yo era mentirosa, para mis hermanos yo era una maravilla haciendo cuentos. A mí me desesperaba que me creyeran mentirosa, pero hoy comprendo que es muy difícil convencer a los mayores de que hay hombrecitos en la luna y de que las estrellas se sueltan el pelo para peinarlo con peines de brillantes. Yo veía esas cosas y muchas más cuando me estaba los ratos contemplando la luna salir por detrás del pino que sembró Aurelio Hevia en su jardín y que crecía muy deprisa porque sabía que yo lo necesitaba para que sirviera de fondo a mis sueños. Yo vivía en un mundo poblado de seres maravillosos que tenían en la luna su palacio y de ella salían por las noches para repartirse por la tierra. Y el titilar de las estrellas, ¿qué otra cosa podía ser sino el pelo de luz de unas doncellas que lo estaban peinando con peines de brillantes?

Yo vi al diablo en Nueva York cuando yo tenía siete años y aunque se lo describí con la fidelidad más exacta, no pude conseguir que mi tía Amelia Chaple lo creyera. Y, sin embargo, yo todavía hoy cierro los ojos y veo un gracioso diablito colorado, con zapatos puntiagudos, calzón corto, capa y birrete con larga pluma, volando alegre frente a la ventana y haciéndome señas cariñosas. Yo había estado goloseando unas manzanas muy gordas y muy rojas que se veían en la acera de enfrente y como estaba nevando mucho y yo todavía convaleciente de unas paperas, mi tía no me dejó bajar a comprarlas. Tanto debía mortificarla, que me dijo:

—¡Renecita! eres tan majadera que a ti se te va a aparecer el diablo un día.

Y entonces se borraron las manzanas y yo vi al diablo en el espacio. Pero no un diablo amenazador, sino un personajillo inofensivo y cordial. Yo nunca creí en el diablo, y eso que en mi época estaba muy de moda, y lo he atribuido siempre a que realmente lo vi de cerca.

En mí se encerraba un alma que era mística y pagana al mismo tiempo y tenía una sensibilidad exquisita en la que nadie creía porque era golosa, alegre y sana. Muy temprano me saturó el ambiente de cultura y de arte. A la edad en que otros niños sólo habían leído a Salgari, mis hermanos y yo conocíamos la mitología griega y el martirologio cristiano, los grandes maestros de la pintura universal, la teoría de la evolución, la posibilidad de más mundos habitados y habíamos leído el Quijote, la Divina Comedia, el Paraíso Perdido y los dramas de Shakespeare en ediciones especiales para niños. Dominábamos el inglés y el francés y empezábamos a aprender el italiano, además de conocimientos musicales que no se detenían en lo operático. Para nosotros no había mejor regalo que un libro y recibíamos, abonados, la Ilustración Francesa, el Illustrated London News y la Esfera Española, además de revistas francesas de teatro. Yo tenía un libro, que ha sobrevivido a todos mis naufragios, que se llama Viaje a un País Maravilloso. Nunca lo he leído. De chiquita tomaba mi libro bajo el brazo y andaba con él el día entero. Me sentaba luego solitaria en el bullicio, aislándome de todos los demás muchachos, y le ponía las manos encima y partía rumbo a mis propios viajes en mis propios países maravillosos. Ese libro ocupaba, para recorrer tierras lejanas, el lugar de la postal del hada voladora para mis viajes por el aire.

El paisaje que me rodeaba se incorporaba enseguida a mi mundo interior. Yo recuerdo el amanecer y la puesta de sol en Varadero; la luna llena saliendo por detrás del alto pino y levantándose sobre las malezas del Vedado; las olas majestuosas de la alta mar, como algo que formó parte integrante de mi infancia. Recuerdo a la lluvia dando salticos en la gravilla del jardín y formando hondonadas pequeñas y redondas en la tierra amarilla de la calle y en la tierra colorada de la loma, precipitándose después peñón abajo por los caminos que se iban abriendo paso penosamente entre las rocas, tal como si fuera una cosa viva.

La sensación de esfumarse en el paisaje, de incorporarse a la naturaleza, la sentí desde muy niña. Recuerdo un día en que después de bañarme con mis hermanos en el chorro de la canal de las caballerizas durante un fuerte aguacero y de pasearnos por el patio con las ropas empapadas, me paré frente a una esquina en que un tragante formaba un remolino sobre el que las goteranas de lluvia daban con fuerza como si quisieran ellas también horadar el piso. Nuestra gobernanta, ansiosa por ponernos ropa seca, nos llamaba apremiantemente y yo le grité:

—¡Espere, mademoiselle, estoy acabando de llover! —porque yo estaba lloviendo en aquellas gotas vigorosas y alegres. Y me acuerdo de un día de ciclón, en que las rachas empezaban a ser demasiado fuertes para mantener abierta la puerta de la calle y yo estaba parada en el portal recibiendo en la carita y el pelo la furia del vendaval. Mi padre vino a buscarme para hacerme entrar y yo le dije vibrando:

—Papá, ¡qué rico es ser viento! —porque en aquel momento yo era el viento.

Los misterios de la vida no me inquietaron hasta que llegó la adolescencia. De niña todo me parecía natural: los padres, el mundo, la vida, la muerte, la naturaleza, Dios. Todo estaba encerrado en los brazos amorosos que me protegían. Yo tenía a mi padre. A mí no podía pasarme nada malo, él no dejaría que nada se quedara sin explicación y por eso la explicación no me apremiaba. Allí estaba él para resolverlo todo, porque él lo comprendía todo y lo compartía todo.

Mamá, en cambio, parece que vivía espantada de nosotros. Sus lamentaciones eran un compendio de folklore criollo.

—Esta niña necesita un cepo...

—Renecita, un día te voy a dar un boca abajo...

—Composte es lo que hay que darles a estos niños...

—Bien decía Papá Ramón Su Mercé que mujer que aprende latín no puede tener buen fin...

Papá se reía de las quejas con que ella lo recibía cuando llegaba del trabajo, pues ella era incapaz de ser severa. Nos tenía ofrecida una monda que fuimos heredando de uno en otro y que ninguno cobró, pero que por poco no puedo yo escribir estas memorias por cuenta de la famosa herencia.

Estábamos, un año en que la partida a Varadero se retrasaba, y los baños había que empezarlos en junio, bañándonos en los baños de Carneado —inefable Carneado. Un tipo fornido, que presumía de tres cosas: de rico, de fuerte y de prolífico. Y para demostrar lo primero usaba tres brillantes gigantes, uno en la corbata, otro en el dedo y otro en la leontina del reloj que le atravesaba como una banda la barriga por encima del chaleco de dril crudo; para demostrar lo segundo había colocado un busto de su persona, desnudo y en actitud de boxeador con todos los músculos bien contraídos a la puerta del Palacio de Carneado, que estaba por el litoral me parece que cerca de la calle J y era un edificio de dos plantas que parecía una cuartería, supongo que sería un hotel, y tenía baños de mar en pocetas de ahogado, como era la costumbre de la época, y para demostrar lo tercero se contentaba con dos buenas docenitas de hijos de lo más variados.

Pues el día en que mi madre se decidió por fin a cumplir la promesa de la monda, estábamos metidos en una de aquellas pocetas tétricas y oscuras. Mi hermano grande estaba empeñado con afán en mantenerme debajo del agua, cabeza y todo. Mamá le dijo muchas veces que me dejara y el muchacho insistía. Entonces ella, heroicamente se quitó la alpargatica que era de niño, porque el número uno le quedaba demasiado grande y le dio un golpecito y enseguida se echó a llorar desesperada “por haberse atrevido a darle a un hijo”. Se abrazaron ella y el culpable, que lloraba de asombro, y se olvidaron de mí que por poco me ahogo de verdad.

Cuando nos portábamos bien éramos sus hijos, pero cuando habíamos hecho alguna travesura éramos los hijos de papá. Cuando él llegaba por la tarde se iba para el baño y mientras papá se refrescaba en su enorme bañera de mármol, junto con el estrépito de las pilas de agua oíamos la voz de mamá:

—Méendez, tienes que regañar hoy a tus hijos...

Y él le contestaba riendo y con una dulzura infinita:

—Macuca, tú eres una gallinita que sacó huevos de pato y está horrorizada a la orilla de la laguna viendo nadar a sus paticos. Deja a nuestros hijos, que no pueden ser mejores, o regáñalos tú. ¿Cómo quieres que cuando yo vuelvo del trabajo y ellos me reciben con este cariño y esta alegría, yo empiece, así en frío, a sermonearlos por alguna travesura que hicieron hace horas...?

Una vez en Varadero, un domingo por la tarde, ocasión única en la semana en que nos vestían, mis padres estaban sentados en el portal esperando el rayo verde cuando mamá dijo:

—¿Aquello no es el sombrero de Renecita flotando en el mar?

Hacía rato que papá había visto mi alegre sombrerito con cecezas coloradas, saltando de aquí para allá entre las olas. Pero mi padre había visto también algo más y no había querido delatarme. Mirando a mi madre, con espíritu conciliador dijo:

—Macuca... debajo del sombrerito está mi hija...

Me sacaron del agua y yo vine toda chorreando. Los zapaticos colorados, las medicitas blancas, el vestido de lencería y la gran banda roja, daban grima.

Mi madre se aterrorizó.

—Pero, niña, ¿por qué has hecho esto?

—Porque Panchito me dijo: "Gorda, ¡a que tú no te bañas vestida con sombrero y todo!" ¡Y a la gente no se la puede retar!

CAPÍTULO TERCERO

El Vedado de mi infancia era un peñón marino sobre el que volaban confiadas las gaviotas y en cuyas malezas crecía silvestre y abundante la uva caleta. Las cercas eran de tunas espinosas, el aire lo poblaban las auras tiñosas, los totíes, los gorriones, las bijiritas y los sinsontes y en las furnias gigantescas de la orilla derecha del Almendares, de las que serían la calle 23 y la calle 15, anidaban las iguanas, los hurones y las ratas. Los gatos jíbaros salían de noche y todavía al amanecer y poco antes de llegar la noche, atravesaban por el cielo bandadas de palomas rabiches y por el norte aparecían en invierno bandos de patos de la Florida.

Las únicas calles dignas de ese nombre, sin verse interrumpidas por las furnias, eran Línea y 17 y parte de Calzada. Todas las demás eran trillos abiertos entre la maleza, derriscaderos y diente de perro. En la loma había pocas casas, la mayoría con techos de tejas catalanas. Y en la parte baja, además de alguna que otra casa quinta, sólo recuerdo el Hotel Trocha, la casona de tablas de la Asociación de Propietarios y alguna casa de dos pisos muy cerca del mar, como la casa, en lo que sería luego la calle 2, de Adolfo Nuño y Rosalía Urbach, que tenían por cierto muy buenos caballos. La parroquia la recuerdo desde muy temprano, más chiquita y más modesta. Por cierto que no puedo pensar en la parte baja del Vedado sin que se me presente al punto Lulú Placé, un niño muy alto y muy tranquilo, con tirabuzones rubios y marinera blanca y colorada.

Desde el comedor de mi casa en 15 y B se divisaba el paisaje marino y mi padre, sentado a la mesa, mientras almorzaba, veía pasar los barcos que iban camino del Golfo de México. Dos veces al día eran los lanchones de la basura y constantemente velas blancas animaban el azul profundo.

Nuestros vecinos eran los Hevia, los Marco Aurelio Cervantes, los Cabarrocas y Herr Drea con su mujer y su suegra y aquellos enormes gatos de Angora que tenían tal fuerza que una vez un gato le partió la muñeca (?) a la frágil cubanita delgada y chiquita que nosotros contemplábamos paseando silenciosa al lado del alemán alto y misterioso. Un poco más lejos vivían los Colete; y después los Cano, los Fernández de Castro, los Lancís, los Suárez, los Dumás, los Campos, los González, los Villalón, los Zaldo, los Del Monte, los Gans, los Tarafa, los Pérez Martínez, fueron poblando poco a poco el Vedado de las dos primeras décadas del siglo.

No había parques en mi infancia, ni aceras, que mi prima Laura Malet llamaba "el sardiné". El torreón de San Lázaro estaba en la escollera y el mar llegaba hasta frente a la casa de Beneficencia. La Universidad y el Instituto estaban en un vetusto edificio de La Habana Vieja, que daba a las calles de Obispo y de O'Reilly. Los niños del colegio de La Salle usaban mandilones de tela cruda.

No había parques, pero la hacienda del conde de Pozos Dulces, que al parcelarse el Vedado contuvo las calles 11, 13, 15, C, D, E y F y posiblemente algunas más, estaba abierta para los niños con su verja alta y su gran jardín lleno de flores y de árboles frutales en que abundaban los nidos y la casa de vivienda se alzaba acogedora en una loma. Todas las mañanas íbamos a jugar a la hacienda Pozos Dulces, como dábamos una vuelta por casa de los Parajón, que tenían animales en el jardín y nos llegábamos al Trocha a ver los cocodrilos.

Por cierto que ligado al recuerdo de las furnias del Vedado hubo un acontecimiento inolvidable que nos causó una impresión tremenda y que da muy buena pauta para juzgar a las nietas de Papá Ramón Su Mercé. En casa trabajaba una gallega muy fea que se llamaba Herminia. Ella poseía el único pecho que Eugenio había cogido cuando a su criandera Inés, que era una mulata muy bonita, se le había acabado la leche. Y mamá nos contaba que el niño se moría de hambre llamando por su Inés y ella se había

parado en la puerta de la reja de la calle, después que Eugenio había rechazado a cuanta criandera le habían recomendado los médicos, desesperada con su hijo en brazos, mamá no pudo criarnos a ninguno de los tres últimos, y a cuanta mujer pasaba le preguntaba si estaba criando. Al fin pasó una gallega flaca con un niño de meses. Y verla Eugenio y prenderse del pecho de Herminia fue lo mismo. Pues después que destetaron a mi hermano la gallega se quedó en casa con su muchachito manejando a Eugenio. Pasaron unos pocos años y a Herminia empezó a redondeársele la flaca figura. Cada vez que mamá le preguntaba si estaba embarazada lo negaba vigorosamente. Y mamá le dijo a mi tía Amelia: "Hay que vigilar a esta gallega, porque es capaz de hacer una barbaridad." Una mañana muy temprano vino una de las otras criadas y le avisó a tía Amelia que Herminia se había levantado muy temprano y que acababa de salir llevando unas tijeras. Tía Amelia la siguió a la carrera y se metió detrás de Herminia en la furnia que estaba en lo que hoy son las calles 2, 4, 15 y 17. Allí en la furnia parteó a la mujer y volvieron para casa con un galleguito gordito envuelto en el delantal de Herminia. Mi madre se encerró con ella y la sermoneó de lo lindo. Herminia lloró y se colocó en casa de Hevia para criar a Gustavo, que acababa de nacer.

En otra ocasión estaban abriendo profundas y anchas zanjas en la calle B, yo no sé si eran para el gas, porque estaban colocando gruesos tubos de barro, y alcantarillado no hubo hasta después. El caso es que unos gallegos jóvenes, gordos y colorados, con boina y pantalón de pana, estaban trabajando en esas zanjas. Sudaban y a cada rato mamá les mandaba agua y café. Pues una mañana le dieron un mandarriazo en un pie a uno de aquellos muchachones que lanzó tremendos alaridos. Estoy viendo a mi madre con su bata de encaje y sus zapaticos Luis XV, y a mi tía Amelia con vestido, porque las solteras no usaban bata, saltando para adentro de la zanja con su botiquín de urgencia a curarle la pata al galleguito. Enseguida los compañeros lo sacaron y mamá y tía Amelia se lo llevaron en el coche a la casa de socorro. Yo no sé si el gallego vive ni si las recuerda pero salvó el pie gracias a aquellas dos cubanas.

En el Vedado, además de los murciélagos y las lechuzas, abun-

daban los chivos y las vacas. Nosotros teníamos una vaquería cerca, la de Munguía, que primero estuvo en C esquina a 15, y después en 17 y B. A cada rato mamá se hacía mandar una vaca que era ordeñada en el patio de casa para tomar la leche calientica. Nunca se nos ocurrió pensar que aquella leche cruda podía hacernos daño, y no nos lo hizo nunca. A medida que el Vedado se iba civilizando las vacas eran llevadas a pastar más lejos hasta que al fin, expulsadas por el progreso, acabaron por desaparecer del panorama.

Los alegres rebaños de burras llenaban todas las tardes las calles amarillas de manchas grises. Paraban delante de las casas y el burrero ordeñaba parsimoniosamente las ubres breves, mientras los muchachos y las mujeres salían con jarros esmaltados o con jarras y vasos de cristal. Al pie mismo de la burra, que nos miraba con sus grandes ojos húmedos y dulces, nos tomábamos la sabrosa leche tibia que nos dejaba grandes bigotes de espuma. Era una cosa seria, formal como un rito. Teníamos fe en la leche de burra: era buena para los niños y les daba fuerza.

En el aire ligero de la loma soleada sonaban las campanillas y el grito prolongado: ¡Burrerooooooooo!

Había siempre algún borriquito nuevo trotando detrás de la madre y nosotros creíamos ver a Providencia en cada suave pelambre gris. La vida de Ticticatéirum se la debía a una burra. Providencia la había llamado mamá y ella, junto con Perico, el chivo mitológico, había sido nuestro primer encuentro con un animal que no fuera los grandes y briosos caballos que amaba mi padre y que nos inspiraban temeroso respeto.

El erudito decía: "Los animales hablan, pero hay que ser muy inteligente para entender su lenguaje", y suspiraba.

Nosotros pensábamos que las burras del burrero querían seguramente hablar con Sarah. ¿No era acaso su hermana de leche? Y Eugenio decía, cuando alguna de ellas volvía la cabeza del lado de nuestra hermanita:

—Cuando Ticticatéirum sea mayor las entenderá. Observen cómo ellas la miran...

Y el paso diario del burrero se revestía de prestigio y ocupaba lugar definitivo en el recuerdo. Los terrenos verdes del campamento de Columbia se nos presentaban animados por un trotar cósmico. Eran los caballos de Manuel Sanguily, la pareja del coche oficial de Estrada Palma, los caballos particulares de papá, la ca-

ballería del recién nacido ejército cubano, y, por encima de todo aquel trotar ilustre, golpeando la yerba los cascotes alegres y maternales de Providencia que acudía a traerle la vida y la salud a la hermanita demasiado murrñosa, a la hija de la Enmienda Platt.

Las burras lecheras seguían su recorrido loma abajo y tres lengüecitas rosadas lamían bigotes de espuma... La leche de burra es muy buena para los niños...

Hasta después de la segunda intervención no se metió el Vedado a barrio residencial de moda. Entonces empezó a ser el sueño realizado de los nuevos ricos, que con la subida de los liberales al poder empezaron a transformar la vida criolla.

A principios del siglo el Cerro seguía siendo el suburbio distinguido por excelencia, donde las familias linajudas tenían sus casas-quintas. Nosotros íbamos en coche, un viaje interminable, a casa de los Iznaga, de los Álvarez Cerice, de los Cárdenas, los Morales, los Arango... y el parquecito del Tulipán nos encantaba por su ambiente recoleto y silencioso, con su paisaje de tierra adentro.

Los mambises fueron los primeros que poblaron de chalets sencillos el peñón agreste y el Vedado empezó a nacer vigoroso, estremecido por la fermentación de vida que le impartía una sociedad surgida de la rebelión y de la lucha y se hubiera mantenido puro si los políticos y su secuela de millonarios relámpagos no se hubieran precipitado a afeár el paisaje y enturbiar su atmósfera con palacetes presuntuosos.

Cosas recuerdo yo del Vedado primitivo que son cosas deliciosas. La policía, por ejemplo, toda de españoles, con bigotes y botas de montar, metidos en unos uniformes entallados, de un azul que se desteñía enseguida, con una especie de paréntesis negros puestos de revés en las espaldas. Las mujeres les tenían miedo cervical. Primero llamaban en su auxilio a los rateros que a los policías; solamente se volvían amigos en la época de los ciclones. Primero venía mi tío Enrique Chaple, aficionado inveterado a la meteorología, que se paraba en el portal y levantando una mano mágica predecía si habría o no ciclón; después llegaba el policía de a caballo, envuelto en su capa de agua y se paraba en la esquina

tocando el pito desesperadamente y gritando: ¡Ciclón...! ¡Ciclón...! Y más atrás venía el ciclón empujando al policía. Enseguida se oía un claveteo apresurado y la gente corría a saquear las escasas bodegas del barrio, a comprar jamón gallego, sardinas españolas, atún, calamares rellenos, sobreasada, salchichón, galletas, leche condensada y velas. También se compraba alcohol para los reverberos y luz brillante para los faroles y quinqués.

Los serenos, todos españoles también, tranquilos, silenciosos como seres acostumbrados a vivir de noche, desarmados, con un perro sato y un pito de auxilio por toda defensa.

Y los faroleros, de la Península también; no recuerdo en mi infancia un solo policía, ni sereno, ni farolero cubano. Eran ágiles y puntuales, encendían los faroles de gas con largas pértigas y me parece recordar que algunos llevaban una escalerita ligera en el hombro. Pero nunca vi apagar ningún farol. Supongo, sin embargo, que los apagarían de mañana, porque no creo que se apagarán solos.

Y los obreros catalanes y valencianos, albañiles y pintores, vestidos de blanco, buenos mozos, combativos y progresistas. Recuerdo una huelga de la construcción en la que hubo palos y ladrillazos con la policía, y toda la vecindad se puso de parte de los huelguistas.

La casa de nosotros, de la que andando los años Ángel Lázaro habría de decir: "Esta casa tiene solera", estaba rodeada de patio por todos lados y tenía un jardín donde mi madre sembraba flores con mucha ilusión. Las flores de la época eran los *polnerones*, las madamas, las dalias, las violetas, las ixoras, las gardenias, las diamelas, la rosa Francia, el jazmín de cinco hojas y el del Cabo, las pasionarias, el galán de día y el galán de noche, los nomeolvides y las maravillas. Se hacían tentativas de cultivar claveles de España, pero sólo se lograban ejemplares muy pequeños que pronto degeneraban y no florecían. Los que le dieron el primer impulso a la floricultura en Cuba, introduciendo variedades de rosas y plantas nuevas, fueron los chinos Armand, del jardín El Clavel, en Marianao; ya desde antes de la guerra de independencia los padres de Alberto y de Camilo estaban establecidos.

Mi padre, al fabricar la casa lo hizo de acuerdo con su sentido amplio y claro de la vida, y la casona es sencilla, llena de dependencias que le fueron saliendo a medida que la familia las necesitaba. Es fea, si se quiere, pero muy comfortable. Tiene un portal

ancho que da a dos calles y un balcón en el comedor que era el refugio de las niñas para curiosear los juegos de los varones y la intensa vida de las caballerizas y, a veces, contemplar desde allí las visitas del oso de los gitanos y del andarín Carvajal. Parece mentira que hubiera una época en La Habana en que un hombre se ganara la vida corriendo, pero era así. Carvajal, ya medio viejo, flaco y calvo, no dejaba de correr un minuto; entraba en el patio, daba muchas vueltas tocando incesantemente un pito, pedía agua fría que se echaba por la cabeza, tomaba el medio peso que nosotros le tendíamos con admiración, y se iba siempre corriendo y sonando el pito.

En el patio, primitivamente de piso de tierra, sembrado de árboles frutales, estaban las caballerizas y la cochera con su ancha puerta ingenua en forma de herradura. Tenía un piso alto al que se subía por una escalerita de caracol increíblemente estrecha, donde estaban los cuartos de la servidumbre masculina y de algún matrimonio: Esperanza y Manuel, Claudio y Josefa.

Yo quisiera tener una pluma de ganso muy afilada, siempre he pensado que las memorias sólo pueden escribirse bien con pluma de ganso, para poder reproducir la impresión que esos lugares me causaban, el recuerdo que me han dejado. Está todo impregnado de olor, un olor a cuero y solarina, a montaduras y bayetas, a caballo limpio, a frazadas nuevas, a heno y yerba fresca, a maloja, a afrecho, a avena, a sacos de maíz. Yo hoy pienso que era un olor viril y que ya desde entonces lo viril me era agradable. El mundo de los caballos era fuerte, ruidoso; los cascos tenían un sonido intenso; el trajín de enganchar el coche era fascinante; el baño con manguera y raqueta, formidable, y a la hora de darles de comer los relinchos sonaban muy alegres. A veces se encontraban mazorcas en la maloja. A las niñas nos estaba prohibido andar por la cochera y las caballerizas y no hay nada más estimulante que un mundo prohibido al que se asiste en espectador ansioso. Tal vez por eso los coches, los caballos con su cortejo de arreos, de mantas, de heno oloroso a sol, adquieren en mi recuerdo categoría y vigencia. Los niños modernos, crecidos entre máquinas, no podrán tener nunca los recuerdos vivos de los que nos criamos y crecimos junto a aquellos caballos que se llegaban a querer profundamente, por los que se sufría cuando enfermaban, de los que se enorgullecía cuando lucían su estampa en el paseo tirando raudos de un coche o montados por un buen jinete.

El último caballo de tiro, el que resistió, a instancias de mi madre, la invasión del automóvil, nos dejó un regusto amargo y triste. El coche de mamá al fin fue vendido con el caballo y lo destinaron a coche de punto en los alrededores del teatro Tacón. Y allí nos lo encontramos una tarde, y puedo jurar que ambos estaban melancólicos, el carruaje y el caballo. Al oír nuestras voces paró sus orejas, el caballo, y una amplia sonrisa entreabrió sus bellos. Nos había conocido. Reconoció las voces infantiles que gritaban con tanto entusiasmo:

—¡Más aprisa, Miguel! ¡Desbócalo, Miguel! —Y hubo una escena de lágrimas y risas mezcladas con relinchos y en ellos había, en los relinchos, hasta cierto reconocimiento del respeto debido al erudito por una hazaña memorable de la que el caballo fue protagonista.

Cuando mi madre iba a La Habana, que era muy contadas veces en el mes, nos llevaba a merendar. Mamá se cosía con Madame Laurent en la calle de O'Reilly. Allí, en un modesto probador pintado de blanco, con un gran espejo, dos sillas, una plataforma para redondear los dobladillos y un viejo alfiletero raído a fuerza de uso, me fue revelada la voluptuosidad infinita de los trapos, el placer de tocar las sedas, la belleza de los bordados, la armonía de los colores, la contemplación asombrada de cómo iba surgiendo un vestido de la prueba, la delicia de ser hembra para llegar yo también a disfrutar el tesoro de un vestido lindo. Allí aprendí los nombres de las telas, a distinguir el hilo del algodón, a apasionarme por los adornos, allí, frente a mi mamá tan linda y tan elegante, fui dándome cuenta de la importancia que en la vida de la mujer tiene la moda y se me fue despertando el gusto propio.

Mi hermano Eugenio no entró nunca en casa de la modista. Él esperaba fuera, en el pescante del coche, a que nosotras las mujeres saliéramos del probador. Entonces mamá nos llevaba al Moderno Cubano. Era una gran dulcería un poco oscura, silenciosa, con un patio central en el que se sorprendía a veces el pasar apresurado de un apetitoso delantal muy limpio, coronado por un gran gorro blanco. Había un olor delicioso a vainilla, almíbar, chocolate. Allí no había nada de lujo, fuera de la mercancía exquisita que vendía la tienda. Las mesas eran muy sencillas, con mantelitos blancos y sillas de rejilla. Dos grandes ventiladores de aspas en el techo y una estantería de cristal que ocupaba todo el

largo del único salón. Pero detrás de aquellos cristales se exhibían las mejores marcas europeas de bombones, pralines, galleticas y bizcochos, caramelos, compotas, almendras garrapiñadas, marrons glacés, caviar, paté de foie gras. Aquellos saquitos de bombones franceses, del más tierno terciopelo con letras doradas, aquellos cartuchos altos de cartulina brillante que se llamaban estuche y tenían en la tapa una liguita con una perla ensartada. Y aquellas grandes cajas de "fondants" de todos los colores, que semejaban pétalos de flores de seda y terciopelo y tenían adentro en la tapa un espejo biselado, y que duraban toda una vida, mucho tiempo después que se habían olvidado los bombones. En las modestas mesitas del Moderno Cubano servían unos biscuits glacés que vale la pena tener ya sesenta años para haberlos comido. Era un helado cremoso, tan fino y tan exquisito que ni lo sospechan siquiera las modernas generaciones, resignadas al timo de los batidos y los "frozens". Había, además, toda clase de dulces finos y pastelería francesa.

Era la época en que las tiendas de La Habana se cerraban después de las nueve de la noche, en que los dependientes del comercio, españoles sin excepción, permanecían de guardia en sus comercios sentados a la puerta de las tiendas jugando al tute y a la brisca. En que las señoras no se bajaban de los coches y se hacían traer después a la casa toda la tienda. En las raras ocasiones en que se bajaban, comprar era un placer reposado y lento, se escogía con calma, los paquetes se envolvían parsimoniosamente por los dueños, que atendían personalmente a sus clientes; los envolvían con muchas vueltas de cordel y luego les ponían un gancho con agarraderas de madera, que hacía muy fácil el llevarlos; los que se llevaban las clientas, que casi todo se enviaba a las casas esa misma noche, en un coche de alquiler, confiados a muchachones ambiciosos que acababan de llegar de la Península y que muy tarde volvían a dormir en un catre en la trastienda donde almorzaban y comían, y trabajaban dieciocho horas diarias.

Las calles comerciales de La Habana elegante eran Obispo y O'Reilly; Mercaderes, Oficios, Muralla, solamente para el comercio al por mayor. Nadie hubiera soñado en comprar nada en Galiano, apenas en San Rafael, donde las únicas casas elegantes eran la joyería La Acacia, la mueblería Borbolla y el néctar soda El Decano, que estaba ya funcionando cuando mi padre vino a estudiar en el año 1878.

Los únicos comercios, fuera de las modistas, que yo recuerdo en esa época en manos de mujeres, eran la sombrerería de las hermanas Tapie y la paragüería y abaniquería Galathea, de Noelie y Carolina.

Nuestros largos viajes a La Habana terminaban muy tarde, cuando el brusco crepúsculo criollo dejaba paso a la dulce noche y las niñas empezábamos a adormecernos pegadas a la madre, Eugenio, incansable, siempre encaramado en el pescante al lado del cochero.

Una noche fuimos al Potro Andaluz, que estaba en la calle de la Muralla o en la de Teniente Rey, y que era para nosotros otro lugar de delicias, porque tenía un caballo de madera enjaezado y un mono vestido de palafrenero, además de monturas de todos los tipos, arreos, fustas, largas fustas que tenían su modo personal de restallar, badanas, raquetas, mantas, todo el arsenal de caballeriza que tanto nos gustaba.

Por supuesto que a mi madre no se le hubiera ocurrido nunca bajarse en una talabartería, eso hubiera sido como entrar en una bodega o comer en un restaurante. Caminar por las aceras, ni por pienso, ella le llamaba a eso "chapalear las calles", y una de las cosas que la desorientaban en la moderna educación que nos daba mi padre eran aquellas interminables caminatas por el Vedado y por La Habana Vieja.

Esta tarde de recuerdo, la merienda había sido copiosa después de una larga sesión en la modista y estábamos muy cansados. Miguel había vuelto a entrar en El Potro a comprar trabucos para los faroles del coche. El erudito se mantenía, a pesar del cansancio, muy tieso en el pescante. De pronto se asustan los caballos por una de esas apariciones misteriosas que sólo los animales ven, y arrancan a correr calle arriba. Prendido de las riendas de dos caballos briosos y potentes un niño de ocho años escasos, con talla de seis, pues gozaba de un imperturbable peso jején a pesar de las comidas exquisitas, los baños de mar y el botiquín de mamá. Pero como tenía el don de dominar los animales y poseía el secreto de la organización interna de los reinos de la naturaleza, al mismo tiempo que se prendía de las riendas les decía no sé qué palabras mágicas a los caballos y aplacó a la briosa pareja ante el asombro de los transeúntes, no por escasos menos asombrados, del personal de El Potro Andaluz ducho en estampías de corceles y del espanto de nuestro cochero Miguel que acudía a todo lo que le

daban las piernas. De más está decir que el erudito se ganó desde ese momento la fervorosa sumisión de las mujeres.

CAPÍTULO CUARTO

¿Por qué venían los gitanos a una isla del Caribe? ¿Hacia dónde iban? ¿Qué fuerza misteriosa los empujaba a mercedse días y días sobre el mar lejano para permanecer en Cuba poco tiempo y reasumir enseguida su peregrinar?

Mi época estuvo toda llena de gitanos que constituyeron en mi infancia un motivo de curiosidad inquieta. Pensar que tribus enteras se desplazaban sin motivo aparente y que ese deambular por el vasto mundo fuera su manera de vivir, nos fascinaba y nos dejaba atónitos. Temprano nos interesamos por la situación geográfica de nuestro país e indagamos las rutas que lo unían con otras regiones, alertados por la curiosidad que nos despertaban los gitanos.

Eran verdaderos zingaros de la Europa central los que venían a Cuba a principios del siglo. Los reconocí más tarde en Hungría y por los caminos umbrosos de Alemania. Era la misma raza abigarrada y fuerte, los mismos hombres, altos o bajos, pero siempre elásticos y vigorosos, con su tez pálida y sus largos cabellos negros. Las mismas mujeres finas, trajeadas con muchos colores, peinadas con gruesas trenzas entrelazadas con cintas, agobiadas por brazaletes, collares y múltiples sayuelas. Los mismos niños inquietos, de ojazos brillantes, vestidos igual que los mayores.

En la calle 15, entre B y C, en el terreno en que años después fabricó Marcelino Álvarez una casa en la que vivió durante años el desloves Cardenal Manuel Arteaga, se instalaban los gitanos.

Formaban su campamento con tiendas de campaña y organizaban la vida, llena de colorido, destinada a durar muy poco tiempo. Componían toda clase de cacharros de hierro y cobre, herraban mulos y caballos, arreglaban coches y carros. Vivían en una feria constante; las mujeres decían la buenaventura echando las cartas y leyendo en las líneas de la mano, y al son del pandero bailaba el oso.

Mientras estaban los gitanos acampados, las imaginaciones de los vecinitos se soltaban. Tenía un sabor extraordinario el campamento. Allí se estaban unos días, viviendo con un trajín y una intensidad tremendos, como si aquella vida errante hubiera que quemarla en pocos días, y una noche, como por encanto, desaparecían dejando un reguero de provisionalidad, de despreocupación, en el ambiente cada año más exclusivo del naciente barrio de residencias de ricos. Al amanecer, un día, nos encontrábamos con que se habían ido con sus carros, sus caballos, sus muchachitos alegres y su oso flaco.

Nunca faltaban gitanos por los alrededores de La Habana y nunca eran los mismos. Los diferenciaba el oso; eran osos bajitos, negros, de pelo ralo; osos carmelitas de estatura mediana, entraditos en años, aunque nunca en carnes; osos amarillos altísimos, increíblemente flacos, de pellejos colgantes y caras tristes. Cada región de Europa parecía especializarse en osos de gitanos. Pero nosotros no supimos determinar nunca la región de la tribu por el oso. Desconocer de dónde venían, eso formaba parte integrante del delicioso misterio que los rodeaba y los hacía más atractivos.

¡Cuántas veces bailaron osos de gitanos en el patio de mi casa, alternando con el andarín Carvajal!... ¡Cuántas veces me estremecí de miedo delicioso frente a una gitana amable que me pedía la mano sonriendo silenciosa o articulando palabras que yo no entendía, mientras mi fantasía arrancaba en un galope desenfrenado por países desconocidos, huyendo de los gitanos que se robaban a los niños para hacerlos maromeros!

Y tengo que confesar que ni entonces ni ahora, jamás he oído hablar de gitanos maromeros.

Nosotros conocimos verdaderos titiriteros, auténticos, genui-

nos titiriteros, de esos que andan por los caminos en carros y arman su escenario ambulante en las playas y los pueblos y se visten de trapeceistas, de payaso, de turcas y de bailarinas y van a golpes de tambor a despertar la generosidad, el ensueño o la lujuria, que entre ellos no faltó nunca la florecita de carne frágil que la vida irá mustiando prematuramente y que viene salpicada a falta de rocío con el polvo del camino y el prestigio de un arte que a fuerza de ingenuidad es verdadero.

¡Los titiriteros tienen que existir todavía! Desprestigiados por el cinematógrafo, agobiados por el progreso del transporte, empuñados por el radio y amenazados por la televisión, tienen, sin embargo, que haberse refugiado en alguna parte. En alguna parte lejana y perdida, en algún rincón de tierra virgen que tiene que haberle quedado al mundo todavía...

Cuando yo era una niña, Varadero era una playa solitaria, salvaje y esplendente. Las familias se bañaban cada una delante de su casa, y las viviendas se alzaban solitarias o en pequeños grupos, muy distantes unos de otros. De La Habana venían muy pocas familias, sólo aquellas que tenían casa en Varadero y de las que inevitablemente el jefe era cardenense. Se reunían las muchachas en grupos de mujeres solas y los varones se contentaban con adivinar de lejos la belleza escondida de las muchachas. Y ¡cómo tenía que trabajar la imaginación para suponer forma humana debajo del traperío de alpaca negra con sutache blanco que constituía el traje de baño de la época! A Sarah y a mí nos ponían trusitas de varones, pero recuerdo niñas de mi edad vestidas, para bañarse, como las mayores, con gorros de vuelones y hasta medias negras largas.

La diversión consistía en comer mucho, dormir más, meterse en el agua, porque no nadaban casi, las procesiones por la playa, de noche, seguidos de los "asaltos" que organizaba Betún, alguna que otra cabalgata que la gente joven alternaba con el juego del chicote escondido y las funciones que por breves días ofrecían los titiriteros.

Una vez apareció un trío de maromeritos. Eran dos varones y una hembra. No sé qué edad podrían tener; a nosotros nos parecieron gente grande que se había quedado chiquita, tan marcados estaban por las privaciones. Estaban descoyuntados y realizaban toda clase de contorsiones, pero con las caras contraídas como si les doliera. La niña era bonita, bien conformada y a pesar

de su delgadez los senitos empezaban a levantarle la tela burda de unas baticas que le iban quedando demasiado cortas. Los tres estaban por debajo de su talla, como si la vida miserable que llevaban les pesara encima impidiéndoles crecer. Viajaban en un carro desvencijado, pintarrajeado de mucho tiempo atrás, con dos caballos escuálidos, uno de los cuales tomaba parte en la función, y un viejo patilludo y triste que a nosotros nos pareció un ogro, pero que ellos llamaban papá.

Acamparon hacia la playa sur, detrás de nuestra casa, en medio de cocales y matorrales de uvas caletas que formaban un manigual infestado de mosquitos. Llegaron una noche o una madrugada, porque al alba, cuando nosotros nos levantábamos para tomar el desayuno y poder meternos temprano en el agua, vimos un espectáculo formidable: tres muchachos haciendo maromas allí mismo delante de nosotros, en una estera raída puesta en medio del camino amarillo, mientras el viejo de las patillas limpiaba y arreglaba cosas de colores y dos perros amaestrados daban volteretas cuando él lo ordenaba. Allí mismo estaba el carro con su escalerita y los caballos flacos buscaban briznas de hierba en los maniguales.

—¡Mamá! ¡Hay niños titiriteros en la carretera! ¡Ven para que tú los veas!

Los invitamos a desayunar, a bañarse con nosotros y acabaron trasladando su estera raída para nuestro portal y ejecutando expresamente para nosotros todas sus contorsiones y maromas. Se hicieron de vestidos y zapatos nuevos que les procuró mi madre y de mosquiteros. Ellos fueron felices unos días y nosotros también. Nunca artista alguno fue más admirado por su público, ni más agasajado, que los tres maromeritos ambulantes. No creo tampoco que nadie trabajara en ningún circo con la unción, con el entusiasmo con que ellos trabajaban para nosotros entre el mar y el cielo, cuya inmensidad se reflejaba en la sonrisa enternecida de mamá que cobijaba por igual en su corazón a sus hijos y a todos los niños del mundo.

Muchas veces en los caminos lejanos, entre el lujo de los circos de fama mundial, se me ha presentado aquella imagen: el divino mar de Varadero, nuestro pujante sol y una estera raída sobre la arena amarilla donde tres niños miserables, apretadas las caritas flacas por el esfuerzo y el hambre, ejecutaban cansinos sus maromas imperfectas, mientras sobre ellos se encendía la gloria del amanecer.

Y en otra ocasión, gozando una función de gala en el circo Price de Madrid, una niña maromera que lucía unos senitos erectos y llevaba el largo pelo negro amarrado con una cinta azul un poco desteñida, me llenó los ojos de lágrimas, porque me despertó el recuerdo de mi infancia tan feliz y volví de nuevo a ver en un camino polvoriento de la playa que compendia toda aquella felicidad desvanecida, a tres maromeritos cubanos raquíuticos y hambrientos, luchando por conquistar, además de la comida, un poquitico escaso y ralo de pequeña gloria...

El yerbatero era un negro flaco, alto, vestido de viejo dril crudo, tocado con un sombrero mugriento de fieltro sin color, que subía lentamente la cuesta trabajosa llevando de las riendas a un caballo, escuálido y gastado como él, cargado con sacos y serones. Adentro iba la yerba, panacea de males, cubierta con mazos de maloja.

De vez en cuando emitía unos sonidos guturales, un poco sordos, cansados y tristes: Maloja... Maloja...

—¡Ahí viene Maloja! —decía con respetuoso terror el erudito. Y los tres nos alineábamos en el sitio en que nos cogiera el paso de Maloja. Tiosos, callados, inmóviles, como si Maloja fuera el himno nacional. Los tres corazoncitos acelerados con la esperanza de que Maloja no nos viera.

Nunca, en años, el hombre se dignó dirigirnos una mirada. Él iba en su negocio para mayores, absorto en su comercio de centavos, cada día más viejo y más cansado, más flaco. Ignoraba por completo que era un brujo temible, que en sus serones falsamente cargados de yerba o de maloja llevaba metidos niños robados que no gritaban porque les había amarrado una mazorca de maíz entre los dientes apretados. Él no sabía que era un mago, un pariente del diablo, que inspiraba terror.

—¿Qué llevará Maloja debajo de esa maloja?

—Eso es mejor no averiguarlo...

—Menos mal que no pasa de noche...

Y un buen día, mamá conversando con Maloja. Conversando amigablemente con tan siniestro personaje.

—¡Mamá! ¿Cómo tú hablaste con Maloja? ¡Si es un brujo!

—¡Niños! ¡No sean calumniadores! Es un hombre bueno a quien el ciclón le llevó la casa.

Mamá lo ayudó a techar la casa y desde entonces Maloja se convirtió en un hombre bueno, amigo de los niños. Nos daba de vez en cuando una de esas mazorcas demasiado hechas que era una delicia encontrarse entre las hojas largas y seguía pasando lentamente, trepando la loma con dificultad, encasquetado su sombrero hongo, llevando de las riendas a su flaco caballo. Su voz seguía resonando triste en la mañana alegre: Maloja... Maloja...

—Ahí va Maloja... no es ningún brujo formidable... en los serones no llevaba nada, nada más que yerba... es un hombre bueno a quien el ciclón le llevó la casa...

Ahora nos parábamos en la reja para que nos viera y a su desganado saludo contestaba un triple suspiro que levantaba los tres pechitos...

El prestigio de Maloja se había despeñado por la loma y a nosotros se nos había derrumbado un sueño.

Los chinos de mi infancia eran legítimos hijos de un celeste imperio, descendientes de Confucio. Yo no sé si la atracción inmensa que ejerce todo lo chino sobre mí se debe a oírle llamar chino a mi padre, cuyos ojitos oblicuos aunque azules, provocaron que los caricaturistas destacaran aquello de "el chino Méndez Capote" hasta convertirlo en su rasgo distintivo, si se debe al contacto que en mi infancia se tenía con los chinos, o a los cuentos de la heroica conducta y el limpio proceder de los chinos en las guerras de Cuba. Lo cierto es que no he mirado nunca a ciudadano de país alguno con mayor interés y mayor cariño.

En La Habana de principios de siglo ellos ocupaban el único puesto que en el comercio dejaban libre los españoles, los peninsulares, como se les llamaba entonces. Aquellos chinitos verduleros, cargados con hasta seis canastas que colgaban en dos grupos de tres, una encima de otra, en los extremos de su larga pértiga. Se agachaban a la puerta de las casas, sacando su mercancía con una paciencia, una dulzura alegre que encantaba; aquellas figuritas menudas, casi sin excepción venían de Cantón, con sus zapatos peculiares, negros, como alpargatas finas con suela de cuero, con

sus trajes de corte especial casi invariablemente de algodón azul, digo casi porque yo creo recordarlos también vestidos de gris, con el sombrero de paja puntiagudo y redondo debajo del cual llevaban enroscado en un gran moño la trenza increíblemente larga... Pasaban tempranito en la mañana, temblorosos bajo el peso de su carga, siempre con su paso apresurado que era casi una carrera, surtidas las canastas de todo cuanto se podía desear, sonrientes siempre, y después de terminada la venta escribían, los que escribían que eran los menos, las cantidades en largos papeles que llenaban de caracteres chinos. Al recibir el dinero daban las gracias con profundas reverencias que no tenían, sin embargo, nada de servil. Ganaron sólida fama de honradez y se oía siempre decir que eran excelentes maridos y mejores padres

Las afueras de La Habana estaban llenas de pequeñas huertas bien cultivadas. El campo aparecía sembrado de chinitos en cucullas, cubiertos por sombreritos redondos. A la puerta de las casitas los aperos de labranza más primitivos: regaban su tierra con regadera y cortaban la yerba con hoces.

El chino sedero era un tipo muy distinto, vestía de dril crudo, con corbata y llevaba sombrero de pajilla. Yo no recuerdo ni uno con trenza. Usaban las uñas largas y pulidas y olían a perfume. Llegaban a las casas donde se les daba muy gustosa entrada y, en la sala, con todas las mujeres alrededor, abrían sus maletas olorosas, llenas de cosas finas y lindas de China y polvos de arroz y perfumes franceses, y medias y pañuelos de hilo y de seda, trajes bordados "para estar en casa", pantuflas de piel para los hombres y primorosamente bordadas para las mujeres.

En la ciudad abundaban las tiendas de chinos que tenían cantidad de cosas exquisitas, verdaderamente llegadas del Oriente. Nosotros nos volvíamos locos por ir a esas tiendas. Allí comprábamos, además de las porcelanas y las estatuillas de marfil y jade, de los pijamas y las chinelas que no nos faltaban nunca, unas muñecas de papel, muy largas, muy tiesas que nos miraban con sus ojitos negros y siempre abiertos y que no eran chinas, sino japonesas, y unos papalotes ligerísimos, grandes, verdaderos navegantes del espacio, y profusión de cohetes, entonces indispensables para celebrar dignamente el 10 de Octubre, el 24 de Febrero y el 20 de Mayo. Vendían también un té exquisito y grandes pañuelos de burato y nosotros éramos bebedores de té y necesitábamos los pañuelos de burato para anudárnoslos al cuello cuando

teníamos catarro y para protegernos con seda legítima las tardes de tronera. Claro que todo eso lo podía traer el sedero, pero nosotros nos encantábamos por ir a las tiendas de La Habana.

Recuerdo un chino grande, gordo, majestuoso, grande y gordo "porque venía del norte", que estaba siempre sentado a la puerta de su tienda por Neptuno y Consulado, me parece. Él era gran amigo de mi padre y lo recibía con digna gentileza. Nos contemplaba a nosotros con los ojitos semicerrados y sonrisa bonachona. Un día le dijo a mi padre:

—Tus hijos son educados, como chinos.

Y nosotros comprendimos que era un gran cumplido.

Teníamos un chino lavandero, partidario decidido de los tres principios del pueblo, gran admirador de Sun Yat Sen y que además de su lavandería resultó que era presidente de un banco chino. Estaba en Cuba desde antes de la guerra de independencia y sentía por mi padre y todos los mambises una devoción que se traducía, en el caso de mi padre, en suntuosos regalos los días de Santo Domingo de la Calzada. Lo sorprendía con juegos de té maravillosos, cajas de plata repujada forradas de madera, para guardar los tabacos, té y Haichi, unas frutas secas, dentro de su cascarita, que a mi padre le gustaban mucho. Después de la república de Sun, se marchó para su tierra; él venía también del norte, y desde allá nos mandó dos espléndidos mantones, el de Sarah rojo, blanco el mío, y unos cojines bordados en oro, con las iniciales de mamá, al revés.

Mi padre nos hablaba siempre de los chinos en las guerras de Cuba. La célebre frase "En Cuba no hubo nunca un chino traidor ni chino guerrillero" la oí yo creo que desde los cuatro años. Papá nos contaba anécdotas que después he visto citadas por ahí del comportamiento valiente de los chinos, especialmente en la guerra grande, en la que tomaron parte más numerosa y destacada. En el ejército de Cienfuegos pelearon bajo el mando de oficiales de su raza que alcanzaron hasta el grado de comandante, como en la Brigada del Sur, de la que era jefe supremo el coronel cubano Lope Recio. Tomaron parte en numerosos encuentros. Cuando el general Jordán libró su famosa batalla de Tunas de Minas, los chinos defendieron denodadamente el ala izquierda y al intentar los españoles un hábil flanqueo, tratando de forzar la posición aprovechando que el campo estaba abierto por ese lugar, fueron autorizados, después de pedirlo insistentemente por mediación de

su jefe Agüero, a avanzar contra las tropas más aguerridas de España y las hicieron retroceder. El sacrificio de algunos de sus mejores oficiales fue el precio que pagaron por su heroísmo.

Entre ellos el teniente Tancredo, venido de Cuba a los diez años de su edad y educado en Villaclara. Se ha distinguido enseguida en el ejército cubano. Ahora se yergue moribundo apoyado contra un árbol. Lo rodea un grupo de soldados enemigos. El combate ha terminado. El teniente Tancredo, en su arrojo y valor se adelantó a los suyos y ha atravesado las líneas españolas. Está imposibilitado de mantenerse por sí solo en pie, pero rechaza la ayuda de manos españolas. Está solo entre ellos, que en silencio contemplan la muerte de un valiente. Numerosas heridas desfiguraban el bello rostro juvenil. La sangre mancha el uniforme sin que las sombras de la muerte logren desposeer los ojos del asiático de una luz muy clara. La luz del mártir y del héroe, que alumbra su agonía.

Con mano temblorosa, saca de junto a su corazón, su diploma de oficial cubano. Mira a su alrededor, despidiéndose de la tierra de adopción que ama tanto, y lleva el documento a sus labios. Se dirige al capitán español que hace un gesto tímido de ayuda:

—Español, tú desprecias a los chinos porque tú en Cuba has hecho de los chinos, esclavos. Yo soy chino, pero ahora yo soy para ti el teniente Tancredo, oficial del ejército cubano. Yo soy tu enemigo. Remátame.

El teniente Tancredo muere. En un esfuerzo extrahumano de su voluntad y su coraje, su cadáver se mantiene todavía apoyado a la ceiba cubana. Luego se desploma entre el silencioso estupor de los españoles que lo rodean.

Y se oye la voz del capitán que dice impresionado:

—Vamos a dar sepultura a este oficial.

En Jimaguayú, después de la caída de Agramonte los chinos cargaron contra las tropas españolas en soberbio orden de batalla. Entre sus oficiales se destacó el teniente Pío Cabrera que dejó un recuerdo legendario entre sus hombres.

Era escogido siempre para las empresas más difíciles. En las Nuevas de Jobosi fue uno de los oficiales que con sesenta hombres

atacaron al enemigo que se había refugiado en un lomerío intrincado, llevando el peso de la famosa carga.

Después de la Guerra Grande, al estallar la Guerra Chiquita, Pío Cabrera ha ingresado de nuevo en la filas cubanas. Ha terminado el encuentro de Buena Vista y se le encomienda la retaguardia para salvar todo lo que sea posible, en la retirada. El grueso de las tropas está ya a salvo y sus compañeros le advierten que el enemigo está muy próximo y si no huyen va a ser imposible escapar a la muerte. El teniente Pío Cabrera les responde:

—Los hombres que deseen retirarse, pueden hacerlo. Yo no vuelvo la cara al enemigo.

Las fuerzas españolas se acercan a paso de carga. En el camino las espera un hombre solo. Sin sombrero, rodilla en tierra, rifle al hombro.

Cada vez que dispara, tumba un enemigo. Los españoles, todos, lo toman de blanco. No hacen caso de los tiros que desde los maniguales dispara sobre ellos el pequeño grupo que hasta última hora había permanecido al lado de Pío Cabrera, pero que se ha desconcertado ante la superioridad numérica, considerable, de los españoles. Al que hay que exterminar es a aquel hombre, después habrá tiempo de caer sobre el grupito de cubanos.

El teniente Pío Cabrera ve venir la muerte, imperturbable. En medio del camino, inmovible, sereno, carga, apunta, dispara y hace blanco.

Una bala española le rompe una pierna sin que de sus labios salga un sonido, sin que su fino rostro demuestre sufrimiento. Se tiende en la tierra cubana que su sangre, a borbotones, va empapando. Con la misma seguridad, carga, apunta, dispara. Cada vez que dispara, la detonación de su arma arranca un grito en la filas españolas.

Cesa de tirar porque antes que la vida que le fluye de las numerosas heridas, se le agotan las municiones.

Los españoles se abalanzan sobre él como fieras. Llevan las bayonetas caladas. Al frente va un oficial español que se detiene sorprendido.

—¡Ah, canalla! ¡Si es un chino!... C..., C..., ¡ahora vas a ver...!

—Ahora ya es tarde, español... Ya teniente Pío Cabrera está muerto... Ya chino se llevó bastante de los tuyos...

En un gesto supremo de desafío le lanza a la cara su rifle sin balas.

Cuando después los cubanos rescatan el cadáver de este su héroe chino, el teniente Pío Cabrera tiene veinte agujeros de arma blanca sobre el corazón.

En la guerra del 68, en los combates entre las fuerzas del tigre del Zarragoitia y los patriotas de Céspedes y Mármol, especialmente en el encuentro próximo a Cauto Embarcadero, los chinos dieron pruebas de valor inaudito e hicieron gala de heroísmo singular en el ataque al machete. Y ante los representantes de Cuba Libre Juan Anelay puso alta a su raza en la organización y el pensamiento.

Las tropas de Las Villas en las que figuraban los chinos en mayor número, fueron a Oriente en busca de municiones. Había allí concentración de fuerzas, hallándose presentes el Ejecutivo y la Cámara de Jimaguayú. La gente de Las Villas se vuelve ahora a su provincia. Están al emprender el camino pasando por el Camagüey. Los más elocuentes oradores han pronunciado brillantes discursos alabando al ejército de Las Villas. Juan Anelay que goza de gran predicamento entre sus compañeros de armas, escala la tribuna. Es un chino muy buen mozo, alto, fornido, joven. Como sus compatriotas es muy pulcro y muy correcto.

Grandes aplausos lo saludan y es un chino quien, en pocas palabras, sencillamente, expone la verdadera doctrina revolucionaria, el efectivo plan de campaña:

—Ciudadanos: todos hablan muy bonito... palabras nada más... Todos dicen gente valiente de Las Villas ahora al Camagüey... Yo digo: gente de Las Villas pocas municiones, poca pólvora, pocos rifles... Ustedes dicen palabras bonitas, pero no dan municiones para gente de Las Villas. Nosotros en Oriente peleamos muy duro. Nuestro general muerto aquí. Ahora nosotros al Camagüey a seguir matando soldados de España. El gobierno queda aquí, a comer y descansar en el monte... los rifles también quedan aquí. Yo digo: con nosotros, con pueblo, todo el gobierno, toda la gente, todos los rifles. Todos a Camagüey. Allí mucha vaca y mucho soldado español. Después toda la gente siga a Las Villas y más para allá si puede. Llega gobierno allá. Go-

bierno siempre con pueblo, siempre con ejército cubano. Entonces sí viva Cuba libre.

El ejército cubano escuchó de labios chinos en la guerra del 68, la verdadera doctrina revolucionaria: el gobierno con el pueblo. El verdadero plan de campaña: la invasión de Oriente hacia Occidente.

Juan Anelay cae prisionero en Santa Teresa. Los españoles tienen que amarrarlo para poder apalearlo... porque lo mataron a palos... De sus labios no brota un lamento. Solamente lo que primero es un grito, después un estertor, por último un suspiro que más parece un quejido de amor... —¡Viva Cuba libre!... Viva Cu... ba... li...

No tuvo la independencia de Cuba amigo más fiel que el comandante Siam. Viejo ya en 1868, abandonó su floreciente comercio de Villaclara para convertirse en incansable reclutador de entre sus paisanos, de soldados para la libertad de Cuba. Después aguantó en la manigua los diez años de la guerra.

Después de la paz del Zanjón siguió su vida laboriosa y llegó a amasar de nuevo una fortuna. Muy orgulloso del grado alcanzado en la guerra grande, tenía más de ochenta años cuando al romper el alba del 95 vivía retirado en su finca gozando de un bien merecido descanso.

Una noche muy desapacible, se oyen pisadas de caballos sobre la gravilla del jardín. Después, pasos de hombres en el portalón y toques discretos a la puerta. Es un teniente mambí, con varios hombres, que le manda Leoncio Vidal.

El comandante Siam acude alborozado al encuentro de los suyos. Llama a sus criados chinos y a su numerosa familia habida con cubana. Manda a preparar golosinas para obsequiar a sus compatriotas en armas. Se siente feliz.

El teniente saluda con cariñoso respeto al viejo héroe. Le comunica que su jefe le manda a pedir ayuda.

—Díle al coronel Leoncio que todo lo del comandante Siam es de Cuba. Y manda cargar todo lo que quieran.

Y de pronto se yergue envuelto en su bata bordada y lanza con voz alegre:

—¡Yo también voy con ustedes! Chino viejo no está demasiado viejo para volver a pelear por Cuba.

Los cubanos están consternados. La familia, alarmada, trata de convencerlo de que es una locura. El teniente le ruega que desista de su propósito. El coronel no va a encontrar bien que se lo traigan. Pero Siam ha corrido a vestir su uniforme del 68.

Cuando vuelve a la sala ciñéndose alegremente el machete, el teniente trata de nuevo de disuadirlo.

—Comandante, nos llevamos ropa, víveres, dinero. Demasiado nos da usted. No se empeñe en incorporarse a las tropas. Ya usted ha cumplido con Cuba.

—Yo voy, o no dejo sacar nada. La vejez no importa cuando el hombre es hombre. Nadie duda aquí que el comandante Siam sea hombre ¿no? Yo voy también.

Camino del campamento de Leoncio Vidal va un chino de más de ochenta años que hizo la guerra de los diez años. Un chino que cuenta con una fortuna ganada con su trabajo, para terminar tranquilo su larga y fecunda vida. Un hombre que cumplió con creces lo que estimó su deber hacia la patria de adopción, en la que dejará numerosa descendencia. Un anciano corajudo a quien la perspectiva de una nueva lucha, esta vez definitiva, por la independencia, el ideal de Cuba libre hace concebir la ilusión de que es todavía capaz de aguantar la vida dura del mambí en la manigua.

Va derecho en su caballo, con su rifle y un machete viejo al cinto y habla con los cubanos y consigo mismo.

—Cuántas veces he dormido al raso, teniendo por compañera a la luna amiga de Cuba libre... ¿Cómo iba yo a descansar sin ver esta noche a mis hermanos? ¿Qué cosa temen ustedes? ¿Que los españoles maten a este chino viejo? ¡Ya chino viejo vivió bastante...! —Y suelta una risita orgullosa y contenta.

Al llegar a donde están acampados los cubanos, abraza con lágrimas en los ojos a Leoncio Vidal. Leoncio, el joven a quien ya la muerte y la leyenda están tejiendo su mortaja inmortal, le habla firmemente:

—Comandante Siam, en nombre de Cuba le agradezco que nos preste de nuevo su valiosa ayuda. Pero le ruego, también en nombre de Cuba, que se vuelva atrás. Ya la vida del monte no es propia para usted. Puede usted ser más útil en su finca, que aquí en la manigua.

Al comandante Siam se le rompe la voz al contestar.

—Tiene usted razón, coronel Leoncio. La vejez acaba con los hombres. A mí se me había olvidado que era tan viejo... No puedo negarle que hasta una marcha a caballo pueda ya más que yo. Estoy en verdad muy cansado... Todos estos años esperando la nueva guerra... y ahora llega demasiado tarde para el comandante Siam.

El coronel Leoncio lo abraza conmovido. En el campamento se hace silencio. Los hombres se dan cuenta de que están presenciando algo muy hermoso. El comandante Siam, en la pompa del amanecer criollo, dice tristemente adiós a los que soñó sus nuevos hermanos de armas. En un estrecho abrazo une a los bisoños del 95 con los veteranos del 68. Y sin consentir que nadie lo acompañe, emprende por el monte, solo, la vuelta a su finca.

Su pecho, agitado por su corazón adolorido, por la derrota del hombre a quien la vejez ha vencido, es como un mar en la tormenta.

Al llegar a un claro del bosque se vuelve en su montura. Su simpática figura se recorta en el cielo que acaba de clarear. En el campamento, los hombres lo contemplan.

El comandante Siam levanta su mano derecha y a través de la manigua que pronto resonará en imprecaciones y ayes, en chocar de machetes y tiros de rifles, se oye claramente la voz que el transcurrir de la vida ha cansado sin privarla de su cantarín acento.

—¡Cubanos, que el Dios de las causas justas los bendiga!

Cuando mi madre hablaba de su infancia siempre acababa por aparecer el chino Joaquín, cocinero, cochero y niñera cuando hacía falta. Era una figura llena de misterio y de dulzura. Con su larga trenza y su traje azul atravesó las tres últimas décadas del XIX y llegó hasta nuestra infancia completamente vivo y presente a pesar de haber muerto mucho antes de la guerra de independencia. Mi madre lo recordaba ya viejecito. Había venido a Cuba bastante antes de mediado el siglo para entrar a servir en casa de Papá Ramón Su Mercé, al cuidado del gabinete del médico, pero pronto los niños se le habían aficionado y él había dado muestra enseguida de su inagotable paciencia y serena bondad. Tenía una idea muy especial de la medicina, a pesar de servir en casa de un mé-

dico. Hasta nosotros llegó una ocurrencia de Joaquín que nos hacía reír cada vez que mamá la citaba, refiriéndose a tratamientos mal aplicados. Se enfermó una esclava de mi bisabuela, llamada Dolores, y mandó a Joaquín a la farmacia a buscarle algo que la aliviara. Tenía un empacho, como se llamaba en la época a las indigestiones. Joaquín vino a pedir permiso para salir y le dijo a doña Leocadia:

—Lolole ta fema. Loló de cabeza, loló de baliga. Yo va la botica complá sinapimo pa junta en e culo.

El no haber venido a buscarlo para que atendiera a un miembro de su dotación y la ocurrencia del lugar donde había de aplicar la extraña cura de la indigestión, le valió un rapapolvo de Papá Ramón Su Mercé y provocó un estruendo de risa de toda la muchachada.

El día que en La Habana se cortaron las trenzas todos los chinos, fue para nosotros un día memorable. ¡Qué montón de negros pelos larguísimos habrá envuelto al barrio chino! Tendrían que comprarse sombreritos nuevos, porque los viejos se habrían puesto a bailar en las cabezas sin moño.

—Papá ¿por qué los chinos se han cortado las trenzas?

—Porque ahora China es república y las trenzas eran una costumbre imperial y un símbolo de sumisión y atraso. Eran anti-higiénicas.

—Pero las mujeres sí pueden tener el pelo largo en las repúblicas, ¿verdad? —dije yo alarmada, porque rezaba todos los días para que el pelo me creciera como el de las muchachas de la Danderina.

—Es claro, boba —dijo el erudito que estaba sentado en el suelo construyendo un teléfono con dos cajas de polvos y muchos cordelitos—, las mujeres pueden hacer todo lo que mande la moda lo mismo en las repúblicas que en las monarquías. La mujeres están hasta fuera de las reglas de la higiene.

El padre levantó la mirada del libro que estaba leyendo y clavó los ojitos penetrantes en su retoño, que después de haber formulado su profunda sentencia seguía luchando con sus cordelitos y sus cajas de polvos, para hacer un teléfono.

Kins-trom-ktrin era gordo, alto, fuerte. Vestía impecable-

mente pantalón blanco de dril, zapatos blancos, saco y corbata de alpaca negros y sombrero de jipijapa de mucho uso, pero limpio.

Se paraba en la esquina de B y 15 opuesta a nuestra casa, todos los días a media mañana y lanzaba su grito armonioso, largo, incomprendible.

—¡Kins-trom-ktrin...!

Nosotros corríamos en seguida a la esquina del jardín y le lanzábamos nuestras miradas más adulatoras, nuestras sonrisas más atractivas, a las que él correspondía sin decir una palabra, ni acercarse jamás.

Repetía su grito una y otra vez y si de alguna casa lo llamaban, desaparecía en los portales para reaparecer después de un largo rato, con su amplia silueta blanca y negra, su ancha cara agradable y sus maletas llenas de sugerente misterio.

Kins-trom-ktrin cargaba dos maletas lustrosas, limpias como él, amables y grandes como él, sujetas con gruesas correas que se pasaba por los hombros para ayudar a las manos a compartir la carga.

Dándole escolta a la figura de aquel hombre, iba un mundo de fantasía que le habíamos tejido nosotros.

“Es húngaro.”

“Gitano retirado. Dejó su carricoche en los caminos de Europa y ha venido a Cuba a vender cosas.”

“Es un niño que se robaron los titiriteros. Se crió en un circo, pero se cansó, porque él hacía todos los actos de fuerza.”

“Ha vivido en un bosque verde y oscuro, poblado de osos y de lobos. Y es dulce y bueno con los niños porque recuerda su infancia, en la que pasó tanto frío y sufrió tantos malos tratos...”

“Habla un idioma extraño y apenas entiende el español. Por eso sonrío siempre y no se acerca nunca.”

“Lleva en sus maletas cosas lindas, objetos de cristal y esmalte, brazaletes y aretes antiguos, medallas y monedas...”

“¡Kins-trom-ktrin...!, quién sabe lo que eso querrá decir...”

Un día mamá salió al jardín y lo llamó.

—Mamá, ¿vas a llamar a Kins-trom-ktrin...?

—¿Kins qué, hijos?

—Ese es su grito, mamá. Su grito misterioso en su idioma extraño...

—Ya están otra vez como con Maloja... Encajes de hilo, niños. Eso es lo que dice: ¡encajes de hilo!

Nos aferrábamos al sueño: “Es húngaro, mamá. Lo robaron los titiriteros cuando era chiquito y ha recorrido toda Europa en su ‘roulotte’, haciendo maromas en los circos de los pueblos. Y ahora vende cosas que fue acumulando, comprándolas en los castillos en ruinas a las familias nobles y empobrecidas, para retirarse y venir a Cuba a venderlas...”

Mi madre era implacable para matar fantasías.

—Es catalán. Y vende primorosos encajes de hilo hechos a mano... Quédate, Renecita, a ti que te gustan tanto las modisturas... quédate para que los veas.

—No. Nosotros preferimos mirarlo de lejos... como antes...

Pero Kins-trom-ktrin no volvió a encontrar los tres pares de ojitos, encendidos en una luz de admiración que se iba tamizando en la bruma del ensueño. A sus ojos bondadosos contestaron en lo sucesivo, miradas entristecidas por el desengaño.

Gorrión era un negro pelirrojo, gordo y cojo.

Se paraba en la esquina al mediodía caliente, encendido de sol, y gritaba:

—¡Vamo! ¡Que me voy!

—¡Gorrión! ¡Gorrión! —y corrían las criadas, y corrían los chiquitos y hasta las señoras agitaban sus batas de holán y repicaban con sus piecitos bien calzados en un taconeo sonoro y presuroso. Se oía luego un tintinear de cucharitas de plata en vasos de cristal.

—Gorrión, ¿qué traes hoy?

—Lo mimito e siempre. ¡Mantecao!

En la calle de tierra apisonada estaba parado Gorrión con su carrito de mano cargado con la gran sorbetera donde llevaba el mantecado más exquisito del mundo. Una crema perfectamente batida, hecha con la leche de vaca más pura y los huevos más frescos y vainilla de la verdadera, la que se hacía hervir en la leche, y legítima canela de Ceilán.

—¡Llénamelo bien, Gorrión!

Y los vasos enormes se llenaban hasta el tope, metiendo Gorrión solemnemente en la sorbetera, la larga paleta de madera.

—¡Apriétalo bien, que no queden mentiritas!

Y el vendedor apretaba bien el helado en los vasos, porque era la época en que se vendía honradamente y las cosas eran de verdad lo que pretendían ser. No se sospechaba todavía el Ten Cents y no existían los batidos ni los frozen, que sacan un vaso de una cucharada de pulpa de fruta y otra de leche y mucho aire.

—¡Vamo! ¡Que me voy!

Resonaba de nuevo el grito imperativo y sabroso, perdiéndose calle abajo, mientras en los portales, sentados en silloncitos de mimbre, los niños saboreábamos el mejor mantecado del mundo.

Cuando Sarah y yo teníamos tres y cuatro años respectivamente, mamá nos puso la primera gobernanta francesa para que domináramos el idioma. El resultado fue excelente. Aprendimos sin darnos cuenta y en menos de un año hablábamos como dos francesitas. Al cumplir yo siete años nos pusieron clases de inglés con el maestro de mi hermano mayor, que ya daba también lecciones a Eugenio.

Se llamaba míster Ernest Smith. Era un hombrecito sin edad, duro, seco, derecho. En su pequeña pero recia figura, vestida siempre con el mismo pantalón de gabardina gris y el mismo saco de alpaca negra, todo derroche había sido suprimido. Justo la carne necesaria, la estatura precisa, el pelo imprescindible, la cantidad exacta de belleza masculina, para no ser ni gordo ni flaco, ni demasiado bajito, ni calvo, ni demasiado feo.

Míster Smith era como su exterior. Su corbata parecía la misma, pero no estaba estropeada; su camisa no lucía nunca recién salida de la lavandería, pero nunca estaba sucia y podía jurarse que a través de los años eran la misma corbata y la misma camisa, mantenidas milagrosamente al borde del deterioro. Sus zapatos eran otro milagro: siempre los mismos, nunca demasiado brillosos, nunca como si los hubiera acabado de limpiar, pero nunca sucios; nunca eran nuevos, pero tampoco estaban estropeados jamás. En su persona se observaba el mismo equilibrio, el mismo logro perfecto del término medio. Míster Smith no parecía nunca acabado de bañar, pero jamás estaba grasiento ni olía mal.

Y ese hombre que había logrado ser la expresión exacta del no ser, la encarnación de la correcta mediocridad, tenía un rasgo, uno solo, que escapaba por completo al dominio de su voluntad. Un rasgo que vivía por sí solo, independiente del resto, que se burlaba de la disciplina y la compostura y hacía befa del férreo exterior británico, que el profesor de inglés había exportado al trópico y en el que se había metido como en una concha.

Debajo de aquella frente impasible, coronada por una cabellera escasa que empezaba a ser gris, en aquel rostro rasurado e inexpresivo, sobre aquella boca que sólo se permitía sonreír, porque no hubiera sabido cómo romper en una sonora carcajada, había dos ojos grises, húmedos, brillantes, tiernos, dos ojos que reían y lanzaban miradas alegres o severas, maliciosas o unguidas de inocencia. En aquellos dos rebeldes estaba concentrada toda la vida anímica de aquel hombre que había cuadrulado su vida, dedicando a la enseñanza desde el minuto más temprano del día hasta el minuto más tarde de la noche.

Míster Smith no iba nunca a un restaurante, a un paseo, a un circo, a un teatro. No se permitía más ratos de expansión que el tiempo que ocupaban los trayectos que recorría entre clase y clase e ir y venir a su casa.

Vivía en Casablanca, en la loma que se despeña alegremente para ver llegar los botes, cerca del Morro y de la Cabaña, en un ambiente medio marinero, medio de campo, con un patio de terreno desigual donde criaba pollos, chivas y gallinas. Y cosa maravillosa, aquella máquina inglesa de dar clases y guardar dinero, estaba poseída del encanto del trópico. Nadie como él podrá expresar jamás la belleza turbadora y profunda de las noches nuestras, en que la tierra y el cielo se confunden en un abrazo voluptuoso y fecundo. No volveré a oír nunca palabras más poéticas para cantar nuestras mañanas frescas y el calor tórrido de nuestros mediodías, cuando todo se estremece y palpita en la reverberación del calor, bajo la intensidad de la luz prepotente. Nadie volverá a describir jamás como aquel hombre gris, la molicie voluptuosa de la ciudad tendida a sus pies cuando él se paraba a contemplarla en la loma de la Cabaña, y la ciudad se le ofrecía “como una amante que se hubiera vestido de luz y de colores claros”.

Cuando aquel inglés en apariencia tan frío, declaraba que Cuba era en verdad “la tierra más hermosa que ojos humanos vieron”, yo me estremecía de orgullo y de emoción, tanta ternura y tanto amor había en sus ojos. Y había que ver la luz que animaba el gris acerado de su mirar cuando celebraba a las mujeres nuestras.

“La cubana más fea es una mujer divina”, decía el londinense transportado de pasión.

Estaba casado con Catalina, una inglesa bobalicona, de estatura enorme, ojos bovinos, gran nariz y pies como zapatos de

payaso. Catalina era mucho más joven que él y estaba dominada por la nostalgia de Inglaterra. Cada dos años se iba allá y de uno de sus viajes trajo una sobrinita increíblemente pecosa, llamada Dorotea. Ernest Smith no salía nunca de Cuba.

—Yo no puedo irme de esta tierra —decía—, cuando complete cincuenta mil pesos, trabajaré un poco menos y gozaré un poco más de este país de Dios—. Era de religión anglicana, pero seguía el rito católico, cuya liturgia encontraba más bonita y más en armonía con la naturaleza y el ambiente.

Mister Smith le era completa, absolutamente infiel a Catalina, aunque con toda seguridad no tuvo nunca en sus brazos más cuerpo femenino que el largo, flaco y frío de su mujer, pero en esos momentos, estoy segura, que se llenaba la estancia de la casita empinada de Casablanca, con los cuerpos voluptuosos, vibrantes, turgentes y cálidos que iban saliendo de los ojos grises de Ernest, donde la admiración, el deseo contenido, la pasión, los iban almacenando a través de las calles habaneras encendidas de lujuria tropical, cuando el profesor de inglés corría presuroso, sin minuto que perder, de una clase a otra.

Los tres hermanos más chicos dábamos la clase juntos. A las siete menos cuarto en punto, todos los días, estábamos ya levantados, lavados, peinados, vestidos y desayunados, habíamos izado la insignia de turno y nos encontrábamos parados en la puerta de la calle, esperando a nuestro profesor. Muchos años de aprendizaje de un inglés correcto, bello, claro, se han resumido en dos preceptos que no se me han olvidado nunca.

Una noche, bastante después de las doce, estalló un ciclón casi sin aviso alguno, pues los pitazos y los gritos de la policía apenas se podían oír, ahogados ya por las rachas de viento, que se los llevaban violentamente, arrastrándolos, por los maniguales.

A las siete menos cuarto de la mañana el huracán estaba batiendo en todo su apogeo. No había amanecido, porque aquella débil claridad trabajosa no era amanecer. La calle B, trazada nada más, era un despeñadero de agua y tierra colorada y troncos de árboles y ramas empeñados en desprenderse loma abajo. Nosotros estábamos levantados y vestidos desde que empezó el ciclón, como era la costumbre y a la hora exacta de la clase de inglés, sentimos grandes golpes en la puerta, bien atrancada, de la calle. Allí estaba mister Smith, vestido como un lobo de mar, sonriente y divertido, los ojos grises encendidos sin restricción ni cortapisas.

—¡Espléndido ciclón! —comentó, y del modo más natural se despojó de su equipaje y se dirigió al cuarto de estudios a dar su clase. Desde aquel día mi padre sintió por él una nueva simpatía más cálida. El inglés había pasado la bahía remando, solo en un bote de remos, para venir, a pesar de todo, a cumplir con su deber.

Yo tenía como ocho años cuando me decidí a escribir mi primera composición. Empezaba así: "I like little boys" y Sarah me la fusiló añadiendo: "Too much". Mister Smith se volvió hacia mí y me dijo: "Please write down: Little girls are made to like little boys, and little boys are made to like little girls." Y lo escribí sin una falta.

CAPÍTULO QUINTO

La familia de mi madre era de rancio abolengo. Criollos distinguidos y ricos. Mi abuelo Gaspar Chaple y Montiel, apuesto licenciado en Derecho, era hijo de Papá Ramón Su Mercé. El doctor Ramón Chaple y del Corral fue un médico eminente, hermano de Taita Bernabé y de Juan Francisco, entre otros muchos. Juan Francisco, «cuyos lauros fueron tales que ha ganado que su nombre pueda resplandecer al lado de los más egregios patricios», fue sustituto del doctor en Sagrada Teología fray Mateo Andreu, rector y cancelario de la Universidad; fue fundador de la Real Sociedad Patriótica, que lo honró con el título de socio de honor y dio su nombre a uno de sus salones, y protector y mecenas de la escuela pública. Taita Bernabé desapareció con su toga roja de magistrado, detrás de una abominable marina que pintó mi tío Eduardo Chaple encima de su retrato.

Una tía abuela de mi madre murió en una epidemia de cólera en La Habana y en medio del velorio, se levantó del túmulo, que afortunadamente en la época consistía en una simple tarima donde se colocaba al muerto, y dijo:

—La bendición, taití; la bendición, taitá —y se negó a morir de nuevo hasta bien pasados los ochenta años, según malas costumbres de los Chaple, que lucían frágiles y tenían los pies inverosímiles, pero que se agarraban a la vida con una decisión inquebrantable. La resurrección de mi tía bisabuela revistió a la familia de mi madre de mucho más prestigio que Calcagno.

Mamá nos hacía cuentos de viajes a ingenios en caravanas de familias interminables. Nos hablaba de casonas inmensas repletas de esclavos y de niños donde había a veces tres crianderas dando de mamar a tres hermanitos suyos. Nos contaba la historia de abuelita, hija de andaluces, nacida en Cuba después de un hijo único de diecisiete años, llevándose al nacer la vida de la madre. Y cómo después del padre, don Francisco de Paula Suárez, buen mozo y parrandero, murió en su ingenio, asesinado por un esclavo que desde un caballo le lanzó un cuchillo que fue a clavársele en el corazón. Mi abuelita tenía cuatro años y la internaron en las Ursulinas, de donde salió a los diecisiete para encontrarse que el tutor la había arruinado. Y como era muy linda, pronto se enamoró de ella Gaspar Chaple que la vio en misa del alba, porque había vuelto de madrugada a su casa una noche de sábado, y doña Leocadia Montiel no permitía que sus hijos hombres se acostaran sin oír la misa del domingo. Mi abuela se casó de diecisiete años y tuvo diecisiete hijos.

Mi madre nos enternece contándonos historias de negros que se veían obligados a hacerse cimarrones. Ella también se emocionaba evocando intentos fallidos por conquistar la libertad. Ella, nacida y criada entre esclavos, era antiesclavista y sembraba en sus hijos un profundo respeto por el derecho de todos los hombres a ser tratados como iguales. Ella nos relató un episodio que figura en las tradiciones bayamesas de Maceo Verdecia.

El triunfo de la revolución haitiana ha soliviantado el espíritu de los esclavos en todas las colonias de América. Desde el peñón bravío, elevado hacia las nubes como un reto a los poderosos, va descendiendo la chispa libertaria que acabará por incendiar islas y continentes. Dentro de los atambores empieza a desperezarse el ansia de ser libres.

Aquí en Cuba, es en la región de Bayamo donde surgirán los precursores. Hay esclavos que sienten muy profundo el dolor de vivir sin libertad. Hay muchos negros "de nación" que fueron arrancados a su aldea, a su familia, a su tribu, a la existencia sencilla y feliz, para ser hacinados como bestias en los barcos negreos y después entregados como propiedades al hombre blanco, al mismo que los saqueó, aherrojó y violentó. Otros, son hijos de congos, de carabalíes, de ararás, de lucumíes que todavía no han aprendido casi a hablar el español y que se consuelan de haber perdido su patria y su familia, enseñando sus costumbres africanas

a la prole criolla. Y estos hijos son ya cubanos, han nacido en la tierra aromada y susurrante, en la isla verde de cañaverales en los que pierden la savia de sus vidas para que el humo del ingenio salga más espeso y opulento.

En la noche transparente llena de infinito, los negros se reúnen alrededor de los barracones para engañar sus penas con el canto y el baile. Han terminado la jornada agotadora de trabajo, sin descanso de sol a sol, cocinando la comida que les reparten cruda, y ahora bailan. Así como bailaban en África para expresar todos los matices de su vida colectiva: sus ritos religiosos, sus guerras, sus cosechas, sus épocas de amar; como bailaban allá para curar sus enfermos y enterrar a sus muertos, bailan en Cuba para no dejar de ser, para no olvidar su pasado, para tener un legado que entregar a los hijos, para dar salida al llanto de su corazón.

Entre los negros criollos de esta dotación, se destacan Jacinta y Faría. Ella es joven, fuerte para el trabajo, entusiasta para la vida, dulce para el amor. Él, corpulento, sereno, valiente, leal, inteligente. Es un líder nato; en África, en la tribu de los suyos, hubiera sido un jefe indiscutido, un gran guerrero o el médico brujo.

Esta noche están sentados muy juntos, las espaldas apoyadas en el tronco de una ceiba espléndida. Faría le cuenta a Jacinta, con un fuego en los ojos, que los esclavos haitianos se están forjando una patria libre, que están haciendo una nación para ellos y sus hijos y los hijos de sus hijos.

—Tu madre llegó a Cuba contigo en el vientre. Tú naciste esclava, sin embargo no te acostumbras a serlo. No quieres seguir siendo propiedad de los amos, como los caballos y los bueyes.

—¡No; no quiero! Mi madre me contaba en su lenguaje enredado lo que ella había sufrido cuando la separaron de los suyos y la metieron en un barco sucio, donde un hombre blanco la preñó de mí entre lujuria y lágrimas. Mi madre cantaba unos cantos muy tristes, recordando la tierra donde ella era libre y en la que habían quedado un marido muy amado y otros hijos... Mi madre vivió muy dolida, pero llegó a resignarse. ¡Yo no! Yo nací en esta tierra, y no quiero ser siempre esclava. Si los haitianos son libres, ¿por qué no podemos llegar a serlo nosotros?

La negrada se ha ido acercando. Rodean a Jacinta, que habla arrebatada y a Faría que la escucha en silencio, gestando una voluntad que lo estremece.

María del Rosario, arrastrando su vientre pesado de maternidad, tercia en la conversación que está espoleando sentimientos hondos.

—Boca abajo, me dieron ayer... y estoy para darle un nuevo esclavo a los amos...

—Todo el día lo pasé en el cepo, porque el gallo jerezano se dejó estropear por el criollo —dice Juan Carabalí, que cuenta más de setenta años y es el experto cuidador de los gallos finos del amo.

Son quejas diarias, a las que debían estar acostumbrados, pero que despiertan siempre, en la mesnada humana, rencores y temor, tristeza y odio.

Faría siente que la acción lo llama. Se levanta del nido amoroso al pie de la ceiba, donde sostiene sus coloquios con la mujer que quiere sin esperanzas de que le pertenezca a él solo, porque es muy bella y los blancos ya le han echado el ojo, y en voz lenta y clara, para ser bien comprendido, habla, mientras en los tambores resuena el ritmo que los blancos han traído por la fuerza a la tierra que despoblaron de indios, y que para siempre llenará de dolor sensual la clara noche antillana.

Un instinto poderoso guía a Faría. Organiza un movimiento sedicioso. Prepara el primer brote revolucionario y pronto empieza a recoger la adhesión de las dotaciones de ingenios y fincas cercanas. Y hasta más allá de las sabanas y las lomas, en los espíritus de blancos antiesclavistas prende la chispa que brota de Faría.

—Faría, Viamontes, el sastre de Bayamo, te manda a decir que cuentas con los miembros de la Logia.

En la ciudad de Bayamo secunda el movimiento de los esclavos un nutrido grupo de masones, Faría es el lugarteniente, él dirigirá la acción en los campos, la jefatura la ostenta un hombre modesto, de reconocida solvencia moral. José María Viamontes, es Venerable Maestro de la Logia "Caridad", situada en la Plaza de San Juan.

Una noche están reunidos los conspiradores. Ante ellos está de pie el negro Faría. Con palabra sencilla, mas no torpe, informa las medidas tomadas, el número de hombres comprometidos, los recursos con que cuentan, los ingenios y las fincas que están listos para arder. Fuertes aldabonazos interrumpen a Faría.

—¡Abran ustedes en nombre de la Autoridad!

Viamontes da la orden de hacer desaparecer rápidamente todos los papeles.

—Faría, ¡márchese usted pronto!

En la calle los españoles se impacientan.

—¡Señores masones, repito la orden de abrir la puerta en nombre de la Autoridad!

—¡Demora usted demasiado, señor Viamontes! ¡Abra usted, o me verá obligado a hacerlo por la fuerza!

Después de hacer salir por el fondo de la casa a los que no son miembros de la Logia, Viamontes trata de ganar más tiempo dirigiéndose por la ventana al coronel Aguilera.

—No me parece acertado provocar incidente violento con una Logia masónica que celebra ordenadamente una sesión para la que está autorizada, coronel. Los que estamos aquí reunidos, aunque cubanos, no somos bandidos. Yo no le abro la puerta. Puede usted emplear la fuerza si lo desea.

El coronel Aguilera dispone a sus hombres en cuadro y manda hacer fuego contra la casa, hasta que salgan sus ocupantes. Las descargas se suceden, sacudiendo la ciudad.

Por fin llega el gobernador, a quien le parece que para escarmiento han tirado ya bastante y hace saber a Viamontes que España conoce sus actividades revolucionarias y que las redes del movimiento sedicioso iniciado por el esclavo Faría han caído en sus manos.

El negro ha llegado al ingenio, donde le esperan sus compañeros, ansiosos por conocer el resultado de la reunión. No se les escapa la gravedad del momento. Los españoles han descubierto la trama, puede considerarse el movimiento fracasado.

Faría, serenamente, les dicta la conducta que han de seguir ante los interrogatorios y los registros que vendrán. Él asume toda la responsabilidad. No hay pruebas contra nadie más. Tienen que negar hasta el haber compartido sus ideas libertarias.

—Faría, vete para el monte... primero cimarrón que caer en manos de Aguilera...

—Para el monte, Faría. Tú eres hombre fuerte y no te faltarán recursos. Vete para las lomas.

Pero Faría ha nacido predestinado. Le repugna huir. Piensa que de ese modo entrega todos los esclavos del ingenio. Teme represalias con Jacinta. Se queda.

Los españoles dejan pasar varios días. Saben que Faría no ha huido y hacen a los negros rumiar su angustia.

Hoy es la mañana alegre de un día de invierno. Del batey parte la negrada a trabajar en el corte de caña, en la siembra, en los potreros, en la vaquería, en la cochiguera. Las carretas pasan por el horizonte cargadas de la planta que tiene la sangre dulce y que va a mezclarse con el sudor de los que la trabajan, para convertirse en lujo y abundancia para los que no hacen nada.

La dotación entera coge el camino de la tierra ajena. En dos filas, separados uno de otros pocos metros, están los mayores. Los látigos del componte resuenan sobre las espaldas indiscriminadamente, hombres, mujeres, viejos y niños.

Bajo el sol, en la mañana dorada y azul, la dotación emprende el día de trabajo, que ha de durar hasta la noche, en medio de la ignominia y el dolor.

En la lejanía un perro ladra... y luego otro... y otro...

Los negros se estremecen y se miran.

—¿Oíste? Esos son perros de ranchadores...

Un sargento y seis soldados se dirigen al mayoral que queda cerca de la talanquera de entrada. Vienen acompañados de dos ranchadores con sus perros.

—Se llama Faría. Es un negro joven, corpulento, muy decidido y bien plantado.

La negrada entera ha suspendido el trajinar de la partida al monte. Saben que los ranchadores echarán en seguimiento de Faría sus fieras sanguinarias, acostumbradas al sabor de la carne de los negros. Saben que la persecución será implacable, sin piedad.

Faría echa a correr como una exhalación. La voz de Jacinta se mezcla a las voces roncadas de los ranchadores y a la orden del sargento.

—Adiós, amor mío... Que la Virgen del Cobre te acompañe.

¡Cogió por la vuelta del arroyo! ¡Azuzarle los perros! ¡Vivo!

Esa misma noche lo han cogido. Lo llevan a Bayamo, y en la plaza, apresuradamente, levantan un cadalso.

Toda la noche los masones velan en la Logia al hermano en ideal. Y en el ingenio, dentro de los barracones pesados a olor de humanidad, sumidos en fatídica desesperanza, los esclavos también velan. Es una vela callada, triste, acompañada por un sonido desgarrado que viene de lejos, no se sabe de dónde. Parece nacer de la tierra misma. Es el quejido de la esclavitud que llena los montes de Cuba con un ritmo de tambores preñados de añoranza, de recuerdos. El quejido sordo de la esclavitud que tardará aún

muchos años en convertirse en el grito jocundo de Patria o Muerte, que guiará al fin a los cubanos hacia la redención.

Poco a poco, en la madrugada va saliendo el sol que iluminará la marcha de Faría hacia la historia.

Al pie del cadalso, el coronel Aguilera se dirige en son de chanza al negro esclavo que soñó con ser un hombre libre.

—Creo que esto terminará la que iba a ser una gran rebelión... La llamaremos "la guerra de Faría"... ¿Eh, negro? pasarás a la historia de Bayamo, a menos que seas razonable y me des las informaciones que te he pedido... Te juro por mi honor que te dejaré irte a Haití con tu mujer.

Por los ojos del esclavo pasa un momento una visión de vida nueva, tan fuerte que casi le produce un desvanecimiento. Le llega el olor del campo... el aroma fuerte del guarapo cocinándose en los tachos... la voluptuosidad que encierran los brazos de Jacinta... La brisa acaricia con una promesa de felicidad su frente muy cansada... Pero Faría nació predestinado. Nació para la historia.

—Usted lo ha dicho. Esta va a ser la guerra de Faría. Hoy el negro Faría se hace un hombre libre...

La cabeza de este esclavo estuvo mucho tiempo expuesta para escarmiento, clavada en una pica, en el camino que del costado del río cogía para el ingenio. Y cuando desde lejos veían danzar la rueda de las auras del lado donde Faría mantenía a través de la muerte la vigencia de su sacrificio, se estremecían de horror y se ponían, siguiendo el ritmo de sus tambores, a amasar en silencio, en lo hondo de sus corazones, la voluntad de ser libres, que rodaba con el sudor de sus cuerpos maltratados e iba a incorporarse a las entrañas mismas de la tierra que los había visto nacer y que ahora era ajena, pero que algún día llegaría a ser de todos los cubanos.

En la infancia de mi madre se mezclaban recuerdos de la fiesta de Reyes, repletos de colorido y de toques de tambor. Cuando la faldita nos quedaba demasiado armada, mamá nos llamaba: «Ven acá niña, déjame bajarte el bullarengue, que pareces una culona del día de Reyes». Nos contaba hechos heroicos de las guerras de Cuba y sucesos espantosos de la esclavitud. Ella nos emocionaba evocando la figura juvenil de Cambula Figueredo, irguiéndose en su caballo al lado de su padre, con la bandera de Céspedes entre las manos. Nos hacía llorar relatándonos la masacre de la familia

Loret de Mola, y luego nos hacía reír contándonos ocurrencias de Canuto el calesero, que era muy engreído y vanidoso de su librea y de su porte. Una noche los jóvenes, en el ingenio, le gastaron la broma de meterle un maniquí vestido de mujer en el catre, y se escondieron a ver qué cosa hacía al descubrirlo. Y vieron al calesero que se acercaba sigiloso al catre, con su vela encendida en la mano y le decía al maniquí:

—Le ruego que se desmonte y se vaya. Yo la enamoro mañana, pero ahora aquí, no. No me comprometa, morenita, no me comprometa.

La caridad la impartía mi madre del modo más cristiano. Tenía un sinfín de pobres vergonzantes a los que ella pagaba el cuarto y socorría por trasmano, además de socorrer a cuanto pobre tocara en casa el viernes y ser la favorita de todas las “feligresas” que acudían a la puerta de la iglesia donde estuviera el Santísimo de manifiesto. Mi madre no dejaba de ir un jueves a la reserva. Mi hermanita y yo la acompañábamos siempre y yo recuerdo en aquella “corte de los milagros”, a una pobre muy flaca que se llamaba “Pescaíto”. Era vivaracha, alegre, sin edad, y de una fealdad graciosa. “Pescaíto” era el banquero de los pobres de iglesia. Cuando alguna señora contestaba a la mano extendida o al farfullar socarrón con un tímido “perdone, hermano, no tengo vuelto”, los pobres decían a coro: “No importa, no importa, ‘Pescaíto’ tiene cambio. ¡‘Pescaíto’, ‘Pescaíto’, trae menudo!” Y “Pescaíto” acudía corriendo con un pañuelo mugriento en el que guardaba un montón de perras gordas y hasta de reales y pesetas. Mamá tenía otra pobre fija, a la que iba a socorrer expresamente, porque se le parecía a mi abuelita. Era una viejecita gordita, sonrosada y blanca, siempre vestida de limpio; que se sentaba en los quicios en la calle San Rafael entre Galiano y Aguila. Pasamos una temporada sin verla y mamá se angustió muchísimo pensando si estaría pasando hambre, si no tendría medicina, si era que estaba enferma. Y cuando la volvimos a ver, sentadita en su quicio, mamá mandó parar el coche, como siempre, y esa vez se bajó apresurada a preguntarle dónde vivía, por si volvía a enfermarse

que no le faltara nada. Y la viejecita limosnera la tranquilizaba con la mayor inocencia:

—No, mi hijita, no te angusties. Si a mí no me falta nada. Yo saco muchísimo. Mira, yo vivo aquí en Galiano en una casa de huéspedes. Ahí tienes tu casa. No te apures más por mí. Si la limosna da mucho, da para vivir bien...

Pero tenía mi madre otra viejecita, incapaz de pedir, que estaba paralítica. Llegó a mamá en esos intercambios de pobres que ella practicaba con las Landa y otras buenas almas por el estilo. Mamá se hizo cargo de mantenerla y pagarle el cuarto y llevarle ropa y medicinas y todo lo que necesitara. La estuvo atendiendo durante años. Yo fui algunas veces con ella y tengo que confesar que me repugnaban las tareas que mi madre realizaba, por genuino amor a la humanidad doliente. Los domingos por la mañana temprano los dedicaba a su pobre. Llegaba al solar, teniendo la delicadeza de no parar nunca su coche a la puerta, sino al doblar de la esquina. Le llevaba todo lo que se le ocurría que podía alegrar a aquella anciana, completamente desamparada. Oraciones, rosarios, estampas, flores, revistas. Le pagaba la comida y el lavado de ropa y su leche condensada. Le compraba dulces y agua de colonia. Entraba en el cuarto y empezaba por barrer, sacar la basura, cambiarle la cama, bañarla, vestirla, peinarla. Luego se sentaba y le hacía la visita. La viejita no supo nunca el nombre de mi madre y mamá no le preguntó nunca el suyo.

Al fin la viejecita paralítica se enfermó para morir. Hizo que mi madre le trajera a la cama un baulito donde tenía recuerdos que quería se lo enviaran después de su muerte a un sobrino que nunca se había ocupado de ella. Y al revisar los papeles, se encuentra mi madre con un retrato de 1867, en el que aparecían varias señoras y en el medio mi abuelita del brazo de esta mujer que vivía ahora sola en una cuartería y se mantenía gracias al socorro de una desconocida. Era una de las amigas íntimas de mi abuela, la que la había ayudado a bordar la canastilla de mi madre. Se había casado y marchado para España y mi abuelita no supo nunca más de ella.

Abuelita tuvo otra amiga mala, tan mala, que una de las impresiones más fuertes que recuerdo en mi niñez fue el cuento que de ella me hizo mi madre.

Es La Habana de 1869. La guerra acaba de estallar y los ricos,

aristócratas y esclavistas, que han amasado su dinero y comprado sus títulos con el dolor de los negros, maldito si quieren que Cuba sea libre. Hablan horrores de Carlos Manuel de Céspedes, y la quema de Bayamo les parece un precedente funesto, que merece un escarmiento para todos esos locos que de esa manera malbaratan su fortuna. En La Habana, las familias linajudas están al lado de España, que es el orden y la autoridad. El sonido de la Demajagua les ha lastimado los oídos delicados, y optan por no oírlo, siguen viviendo como si los campos de Cuba no se estuvieran empapando en sangre heroica.

Esta madrugada fría de diciembre, bajan la calle de los Oficios, tres personas singulares:

Madroña, la marquesa buena moza que envuelve en la mantilla los ojos de tigresa, la encumbrada por el título que le compró un negrero y se venga de su oscuro origen escandalizando a la «buena sociedad» con sus desplantes.

Jacinto, el esclavo de confianza, elegante y flexible dentro de la librea verde con botones dorados.

María Mercé, la negrita linda, con su traje a rayas azules y blancas, en la cabeza la mantilla de blonda muy semejante a la de su ama.

Jacinto lleva un farol para alumbrar el camino.

Van a misa del alba. A cada paso difícil en las bocacalles, una voz imperiosa detiene a Jacinto para que aclare la ruta, a María Mercé para cogerse de su brazo. Las largas manos pálidas sostienen el breviario de carey, en los dedos que surgen como lirios de los mitones de encaje, se entrelaza el pesado rosario de oro fino, y esa mano juvenil y tersa tiene, sin embargo, algo de garra.

Cuando cesa la necesidad de auxilio, María Mercé vuelve a ocupar su puesto cinco pasos detrás del ama. La negrita carga la silla plegadiza, el gran abanico que moverá despacio, parada a la derecha de su señora mientras ésta reza, y, con cuidado, sostiene la breve sombrillita de "chiffon", de largo mango de marfil tallado, que abrirá para que el sol recién nacido y débil no lastime, al regreso, el cutis de la dama.

Bajan la calle silenciosa y desierta todavía. Los portones de los palacios están cerrados. Las persianas de los entresuelos donde viven los esclavos herméticamente corridas y lo mismo los grandes ventanales de los primeros pisos donde moran los amos. En la esquina el sereno arrebujado en su capa con su farol y su mazo de llaves, espera resignado a que termine la noche.

Al llegar a la Alameda el sol empieza a romper el gris de las aguas quietas con pequeños lancetazos. Hay anclados en la bahía bellos navíos de la Real Armada. Navíos de línea, fragatas y bergantines recortan en el cielo antillano sus velas y su bandera roja y gualda.

Madroña se detiene un momento y contempla a la *Imperator II* que se balancea suavemente, atracada a un espigón. De ella parte un canto sonoro que se clava en la mañana nueva. Sobre la cubierta, vigilando el ir y venir de los marineros atareados en echar cubos de agua y barrer las tablas hasta sacarles brillo, el Curro canta. Sus setenta años no le restan ligereza.

La bella marquesa toma la sombrilla de manos de María Mercé y saluda con ella en dirección al muelle, antes de doblar calle de Acosta hacia adentro. De lejos, el Curro conteniendo a duras penas palabrotas de alegría, contesta el saludo.

Los hombres suspenden el trabajo, levantan las cabezas y rasmean el paso de la hembra formidable. Lope, el manchego, que cuando ella sube a bordo se siente ahogar por el deseo, se ha parado junto a la borda.

—Es hermosa, pero mala... Ha salido al abuelo, que era una fiera y murió en el misterio... Asesinó, torturó, violó, vendió a los hijos que les hacía a las esclavas... y la nieta ha salido como él.

La mañana va subiendo. En el puerto la vida comienza a animarse. El mar se viste de plata cabrilleante. Las gaviotas, despeizadas de su sueño, bajan a buscar alimentos en las manchas de sardinas. Los sábados inician sus juegos matutinos. En los navíos se ven cabezas de pelos revueltos que vuelcan cubetas de agua en el mar. Los negros libres que trabajan la estiba, llegan en cuadrillas con sus trajes a rayas de colores. Un grupo de peninsulares, ya enriquecidos, retorna a la patria.

Mientras tanto, los tres caminantes que han subido por la calle Acosta llegan a la iglesia del Espíritu Santo. Madroña siente predilección por el templo de los negros libres, tal vez por lo mucho que maltrata a sus esclavos.

—La conciencia la lleva a rezar allí... —había dicho en voz baja María la O a María Mercé, cuando ésta, antes del alba, había ido a la cocina a preparar el desayuno para el ama que iba a misa. María la O era una prueba viva de la crueldad de Madroña.

Cuando era jovencita la había hecho amarrar al catre, porque era dormilona y la había tenido allí amarrada tanto tiempo, que cuando la soltaron, ya no pudo jamás caminar derecha.

—Yo creo que está conjurando al padre José Basilio. Si tú vieras cómo lo mira cuando él dice la misa. El pobrecito suda frío, porque la Niña lo tiene crucificado con sus malos ojos... Jesús me perdone, pero el caballero Juan Francisco no es hombre para domarla...

María Mercé se persigna apresuradamente y coge la pesada bandeja de plata donde en la taza de porcelana fina humea el chocolate y en plato de cristal tallado, la panetela muselina aroma de vainilla.

En la paz de la iglesia, frente al altar de Santa Bárbara, el padre José Basilio dice su misa cotidiana.

Modestamente arrodillada en las baldosas, con las manos castamente entrelazadas, Madroña se lo come con los ojos.

El curita se atolondra sintiendo aquella presencia. No puede escapar del maleficio de aquella mirada. Se siente morir de confusión. Es presa de profundo malestar.

—*Dominus vobiscum... orate, fratres...* —la voz se le rompe...

Ante la mujer arrodillada entre encajes y sedas, se desarrolla el drama de una conciencia torturada. Y el espectáculo la divierte. Por un momento el pobre cura cree captar un destello burlón en los ojos implacables que lo torturan. Los ojos de Madroña lo van a volver loco... esos ojos extraños, duros, fríos y ardientes, tan bellos... y tan crueles...

Cuando se termina la misa, ella sigue al padre hasta la sacristía. Él va tembloroso y las manos unidas le tiemblan.

—Tome, padre José Basilio... mi limosna para la fiesta de mañana... como no ha querido usted venir a mi casa a buscarla, se la he traído...

Al entregarle las veinte onzas de oro, sus dedos suaves rozan la mano helada de él, que palidece de repente como si toda la sangre se le retirara del rostro afluyendo al corazón.

Unas grandes alas negras parecen pasar ensombreciendo el templo. María Mercé, instintivamente se acerca a Jacinto. Madroña sorprende una mirada de ternura infinita, cambiada entre los dos muchachos. Al llegar a la puerta de la iglesia, la voz del ama resuena metálica, inhumana.

—¡María Mercé! ¡Cuando llegemos a casa quiero hablarte!

—Sí, mi ama... —la negrita baja la cabeza y abre la sombrilla.

Jacinto, que camina detrás, clava una mirada terrible en la mujer blanca. Su mano se dirige en un gesto habitual a su mejilla derecha, donde una profunda cicatriz interrumpe la tersura de su piel de veinte años. La maldad de esta mujer no puede borrarse nunca de su mente donde el hierro ha dejado una huella aún más profunda.

—¡Márcame a ese negro, es demasiado lindo! —había dicho al mayoral un día de Reyes, cuando Jacinto cantaba en la cocina esperando el momento de unirse a la comparsa. Y se había marchado riendo, mientras el negrito se retorció de dolor y toda la dotación, engalanada para su gran día de fiesta, sentía como una losa inmensa, la pesadumbre de la esclavitud.

Bajan por la calle de Acosta otra vez hacia el mar. A Madroña le gusta la vida de los muelles, la abigarrada multitud que se mueve alrededor de los navíos, la atrae y la seduce, como la sangre y el peligro. Un día escandalizó a la alta sociedad declarando en un sarao:

—Me gustan los hombres de mar... huelen a espacio, a aventura, a libertad...

—Y a vicio —había añadido por lo bajo su primo Teobaldo Ancona, que luce sus galones de capitán del arma de caballería y conoce a su prima como nadie.

Los ojos de tigresa se posaron en otros ojos iguales a los suyos... el mismo color extraño, la misma luz y las mismas tinieblas... y a las miradas de pasión de ella, los ojos de él han respondido burlones.

—Regálame a María Mercé —le dijo luego—. Si está virgen. —Y ella le aseguró que lo estaba.

Y hoy... esa mirada entre los dos negros... en los ojos de Jacinto ha sorprendido la posesión y en los de María Mercé, la dulzura de la entrega.

Llegan al palacio con su imponente fachada de cantería tallada, en la que florece el escudo que el negrero, a fuerza de sudor y lágrimas convertidos en dinero, ha hecho surgir.

La ancha escalera de piedra a ramal doble, con espléndido barandaje de bronce, se detiene en el entresuelo en un amplio descanso y de allí sigue para el piso alto donde, rodeado de un lujo imponente, vive la joven pareja.

En el piso bajo están las caballerizas, las cocheras, la enorme cocina y los cepos y las bartolinas y el cuarto donde aplican los azotes y el boca abajo. El patio central es un milagro de frescura, de verdor florecido, un verdadero rincón de deliciosa paz. Allí, entre arecas y crotos, alrededor de la fuente de mármol de Carrara, los jazmines y las rosas embalsaman el ambiente.

En el entresuelo vive apiñada una muchedumbre de negros escogidos. El ama no consiente allí ni infancia, ni enfermedad, ni fealdad, ni senectud. Separa a los hijos chiquitos de las madres, sin piedad para su llanto y los manda a criarse al ingenio. A los viejos los liquida un mayoral que tiene en una isla que no ha visitado nunca, y lo mismo a los enfermos incurables. A los negros jóvenes los une y los desune, los regala o los vende, por capricho.

Al penetrar en la casa, Jacinto permanece en el entresuelo y mira subir a María Mercé detrás del ama con súbito terror.

Madroña responde apenas al saludo de Juan Francisco, acudido a recibirla con su aire bonachón. El marido es un mueble más en la mansión donde todo es de ella.

Las dos mujeres entran en la alcoba llena de espejos, de alfombras, de cortinajes, de lámparas de cristal y de pesados muebles de caoba y bronce.

—¡Prepárame el baño! ¡Quítame los zapatos! ¡Desnúdame!

La negrita obedece presurosa. En el gabinete de "toilette" está la bañadera de porcelana, corta y honda. La mujer blanca se sumerge con deleite en el agua perfumada. La negra la enjabona, la restriega. Después la seca. Y se pone a peinarla mientras Madroña se sienta frente al espejo de su peinador, envuelta en su bata azul celeste.

De pronto, un estremecimiento las recorre a ambas.

—¿Vio Niña? Una sombra pasó...

—¡No seas idiota! No ha pasado nada.

Pero la figura de Simón viene a interponerse entre las dos... María Mercé piensa en el negrito alegre y bailador, el mejor tamborero de la dotación, que subía por las mañanas el agua serenada para el baño. Había sorprendido a la Niña un día, completamente desnuda.

—L'ama, me retiro... —había balbuceado el pobre muchacho poniendo en el suelo los baldes de agua.

—Sigue tu trabajo. ¡Los negros no son hombres! —había rugido ella sin recatarse, escrutando en el negro la impresión de su belleza.

El pobre, deslumbrado, no podía apartar los ojos de aquella impudicia resplandeciente. Su naturaleza de machito nuevo se encabritaba sin él darse cuenta... Su confusión, al adquirir conciencia de ello, le hizo volcar los cubos sobre la alfombra, volvió la espalda y echó a correr.

El castigo había sido tan espantoso, que después de su tortura había muerto, repitiendo como obseso:

—Yo no tuve la culpa... yo no tuve la culpa... fue ella, la maldita... la maldita... la maldita...

María Mercé está viendo ahora su sombra que gime en el cuarto.

Madroña la mira con rabia, mientras ella temblorosa, le empolva los pies y le calza las chinelitas de raso.

—Oye, negra, ¿yo no te dije que iba a regalarte a Teobaldo Ancona? ¿No te mandé que te cuidaras de Jacinto...?

—¡Niña! ¡Usted sabe bien que el capitán es malo! Usted sabe que él tiene esa casa de La China... usted sabe para lo que quiere a las negras... Jacinto y yo nos queremos... Y yo no quería que me regalara... Niña...

Madroña se levanta de un salto, va hacia la otra mujer como una fiera.

—¡Perra! ¡Te voy a matar a latigazos!

Arrastrándose ante ella la negrita suplica.

—Por Dios, no me pegue... mire que yo no puedo soportarlo... No me toque con el látigo, mi ama, ¡no me toque!

Salen del cuarto, el ama blandiendo el látigo de siete colas.

La negra corre enloquecida por la hermosa galería que circunda el patio en amplia balconada y donde en preciosas jaulas colocadas entre arecas, cantan los canarios.

En el piso bajo, la dotación entera ha salido al patio y miran para arriba, sintiendo descender sobre ellos un hálito terrible de tragedia.

Resuena la voz de María Mercé, desgarrada de espanto:

—¡L'ama! ¡Si me toca con el látigo, me tiro!

Un latigazo y un alarido rompen el aire. Los sigue un grito de dolor inmenso de Jacinto y un golpe largo, que resuena en toda la casa.

En el patio, junto a las matas de jazmín, al lado de la fuente cándida de mármol de Carrara, que se tiñe toda de rojo, bajo el pálido sol de la mañana invernal, yace roto el cuerpo de María Mercé, que no llegó a cumplir dieciséis años.

Madroña mira para abajo y grita:
—¡Mayoral! ¡Enganche la calesa y vaya a la iglesia del Espíritu Santo a buscar al padre José Basilio que venga a administrarla!

CAPÍTULO SEXTO

Cuando miro para atrás hacia una distancia de medio siglo, el ambiente de mi casa me parece formidable.

Padre librepensador, con la mente abierta a todo lo nuevo, preocupado por darles a sus hijos una visión justa de la vida, por liberarlos de todo convencionalismo para que pudieran encontrar su propia verdad, respetuoso, sin embargo, de todas las creencias cuando eran sinceras.

Madre católica, pero sin calambuquería. Muy creyente, con la fe sencilla de las almas buenas. Diciendo siempre: “La obligación antes que la devoción. No puede agrandar a Dios la mujer que no cumple, primero, sus deberes.”

En mi infancia estuvo muy presente la doctrina cristiana pero encauzada por papá que decía: “Jesucristo es una figura inmensa. Fue un formidable revolucionario.” Ya entonces todos los esfuerzos que han hecho las Iglesias por empequeñecerlo y aprovecharlo para su sectarismo, eran vanos.

Yo miro para mi infancia y lo veo todo soleado, alegre, luminoso, envuelto en un sentido humorístico que la convertía en una perenne fiesta y que había de ser, mucho más tarde, un salvavidas a que agarrarse en las tormentas. El recuerdo de esa infancia que estoy volcando en estas memorias, me ayudó mucho a sobrellevar penas hondas y esa fuente de energía parte del hogar de mi niñez.

Los primeros diez años la casa de 15 y B era de una sola planta,

con techos de viga de madera y mamparas pintadas de blanco. Los altos del fondo le salieron después, como le brotaron el cuartico de estudio de papá y la capilla de mamá, y mucho más adelante los altos del frente. La única construcción que había en la azotea eran la biblioteca y el cuarto de la gobernanta. El primer cuarto era el de mamá, el segundo de las dos niñas, el tercero de los varones y después el cuarto de papá y el baño. En la "acera de enfrente" el cuarto de mi hermana Teresa, el de mi tía Amelia y su baño. Al fondo, subiendo una escalera primorosa de madera, de siete escalones, el gran comedor y el cuarto de estudio de las niñas. Los varones usaban la biblioteca. Al frente de la casa estaba la sala y después la antesala y un corredor central al que le brotó de buenas a primeras un lucernario inexplicable en medio de aquel techo de vigas. Cuando nació, que fue al terminarse la construcción, tenía él también su techito de madera, y persianas y cristales por los cuatro costados. Cuando años más tarde le edificaron a la casa techos de concreto y echó altos, el lucernario se aristocratizó y dejó todo su carácter, perdido entre vidrios emplomados, como las puertas de las habitaciones. El cuarto de las niñas tenía tres puertas y una ventana grande. Las paredes eran blancas, como se usaban en la época, y el techo, de vigas también, estaba pintado de blanco. Teníamos dos altas camitas de hierro blanco con perrillas de bronce y sobrecamas de hilo bordadas, con encajes y aplicaciones, en verano, y de raso azul la una y rosada la otra, en invierno. Al lado de cada camita, una alfombra entonada en los mismos colores, al pie un silloncito de mimbre blanco y a la cabecera un reclinatorio, de nogal tallado, con terciopelo azul el de Sarah y rosa el mío. Una mesita de noche cada una, de nogal también, con su palmatoria de porcelana, su garrafa de cristal con su vaso para el agua y sobre la mesita mía una estatua de Santa Ana enseñando leer a su hijita María. En la pared colgaban dos fotografías francesas de dos niñas con alas que tocaban la mandolina y al lado de las camas dos cuadros gran tamaño en sus marcos de madera. El de Sarah era Santa Cecilia y el mío Napoleón en el puente de Arcola. Sarah quería ser pianista y mientras se dedicaba a ello se lo pedía a Santa Cecilia. Y yo había visto, en una vidriera de Obispo, a Napoleón cargando en Arcola, con su melena lacia y su bandera en alto y había decidido que era mi héroe. Mamá hablaba horrores de Napoleón, era un tirano, un mal hombre, un sinvergüenza, había ensangrentado al mundo por sus ambiciones,

había traicionado la Revolución francesa y se había burlado de los derechos del hombre. Todas las madres debían odiarlo. Pero yo no era madre, era una niña y Napoleón en el cuadro era un muchacho. Cuando mamá arremetía contra él, yo me avergonzaba de admirarlo y volvía el cuadro al revés. Cuando amainaba el ataque de mamá, ocupada en otras cosas, yo viraba el cuadro al derecho. Completaba el mobiliario de nuestro cuarto un lavabo de madera y porcelana, con pinturas holandesas, que era una verdadera joya y un escaparate francés, precioso, de madera de castaño de un rojo casi cereza que tenía una sola puerta con gran espejo biselado y a la izquierda un cuerpo interesantísimo de dos puertas: zapatera abajo, en el medio coqueta con su espejito y más arriba otras dos puertecitas con su entrepaño adentro. Debajo de cada camita había el consabido vaso de noche de esmalte blanco.

Los niños comían primero que los grandes en el cuarto de estudio, con Mademoiselle y tres o cuatro amiguitos. Esto era a las siete en punto de la tarde. A las siete y media comían los grandes. Cuando ellos terminaban de comer se sentaban mamá y papá en el portal. Nosotros tres íbamos para nuestros cuartos a las ocho en punto. Nos peinaban; a las niñas, nos vestían nuestras largas camisas de mangas largas y cuellito alto y entonces gritábamos a una: "¡La bendición, papá, la bendición, mamá!". Y ellos venían a besarnos, ya metidas en las camitas. Papá decía: "Dios te bendiga y te haga una santica", con un beso a cada una. Mamá apagaba la luz de gas de la lámpara de cristal de la que colgaba el angelito de biscuit, con su taparrabito azul, abría la ventana y encendía una vela en una de las palmatorias. Al poco rato venía a apagarla y darnos una vueltecita.

Pero Sarah tenía una muy mala costumbre. Al acostarnos, nos habíamos arrodillado en los reclinatorios, nos habíamos persignado y dicho nuestras oraciones. La mía era muy corta. Yo sólo decía: "¡Gracias Santa Ana por estar viva!" Pero Sarah era taimada. Después que papá y mamá se habían ido al portal y Mademoiselle a su cuarto en la azotea se levantaba y se arrodillaba de nuevo y se ponía a recitar sus letanías. Eran unas letanías larguísimas, dedicadas a Santa Cecilia y al piano. No acababa nunca y yo estaba muerta de sueño. Y una noche ocurrió lo inevitable. Cogí el vaso de noche y se lo encasqueté en la cabeza. Entonces se produjo dentro de aquel vaso de noche un borboteo espantoso. Me asusté y corrí enredándome en la larga camisa, al portal donde

mis padres se mecían cogiendo fresco, y grité: “¡Corran, que a Sarah se le ha metido la cabeza en el tabor!” Mi padre dio un salto de esos que daba él y que le valió en la guerra el apodo de “tigre manso” y exclamó: “¿Se le metió la cabeza en el orinal?” Corrieron al cuarto donde Ticticatéirum se asfixiaba y trataba con las dos manitas de liberarse del casco de esmalte. Papá tiraba de ella mientras mamá trataba de sacarle el tabor. Y de buenas a primera mi padre echó una carcajada. Mamá lo miró indignada y dijo: “Eso es, celébrale la gracia a tu hija, mientras mi hija se me ahoga”. Cuando al fin le quitaron aquello de la cabeza, tenía la nariz como un tomate y lloriqueaba diciendo: “¡Fue Renée... por la letanía nueva... por la letanía nueva...!”

Se me presentan las tardes de catequesis los sábados, en la parroquia, cuando corría apresuradamente despeñadero de piedras abajo, para llegar a la modesta iglesia de barrio a dar clase de catecismo a una turba de chiquillos vocingleros. Venían de las orillas del río, de las furnias, de la Timba y hasta de más allá del cementerio, engolosinados con los chocolates, galleticas y caramelos, las estampitas y los rosarios. De las primeras catequistas del Vedado fuimos mi hermanita y yo y Carmita y Angelina Pérez Martínez.

En la sacristía nos esperaba fray Luis, bajito y gordito, bajito aun entre los muchachos. El presidía el catecismo y después nos entraba en la iglesia a rezar el rosario. Y de aquellos sábados lo que con más nitidez se destaca en mi recuerdo, son los chivos que se metían en la casa de Dios, que, en su inocencia, consideraban suya. El frailecito interrumpía muy a su pesar, el rosario y corría a espantarlos y nosotros todos armábamos la bacha poniéndonos detrás del fraile y simulando un miedo que no sentíamos —que todos estábamos bien acostumbrados a los chivos que pululaban por el Vedado—, por puro regocijo y afán de divertirnos. Él tenía que renunciar a volver a traernos a una actitud devota y nos espantaba junto con los chivos. Nos íbamos repartiendo por los trillos del peñón, cantando las canciones ingenuas del mes de María, que enseñábamos a nuestros alumnos, con la boca llena de unos enormes caramelos de colores que se llamaban trompos.

Llegó el día de la primera comunión. Hicimos tres días de retiro y nos sentimos llenas de importancia. Tomamos la sagrada forma cuatro amiguitas: “Cusuca” Giberga y García Montes, Adelita Godoy, hija del ministro de México, Sarah y yo. Los pre-

parativos fueron un diluvio de flores con que mi madre inundó la iglesia y dieron lugar a un episodio que todavía hoy me hace reír. Era la víspera por la tarde. Ya habíamos confesado y nos manteníamos formales para no perder la santidad. Estábamos sentadas en el primer banco, detrás de cuatro reclinatorios traídos de casa. Con nuestras inseparables las Pérez Martínez, contemplábamos cómo mamá y mis tías se afanaban sacando las flores de unas grandes canastas y colocándolas en jarrones que fray Luis llenaba de agua en la pila del patio del presbiterio. De pronto dice fray Luis:

—Doña María, voy a quitarme los zapatos y calzarme las alpargatas, porque el altar está muy pulido y temo resbalar.

Vuelve con sus alpargatas y no hace más que encaramarse en el altar para colocar dos búcaros que le alcanzaba mamá, cuando dicen las alpargatas: «no confíes en nosótras» y ¡zas! se viene el fraile al suelo de cabeza, sin soltar los búcaros que se hicieron añicos. Pero lo mejor fue que la sotana se le viró al revés como un paraguas bajo el ventarrón y se vieron las piernas de fray Luis gordas, corticas, con medias blancas largas y un par de bombachos blancos, de listicas negras, que le llegaban hasta la rodilla.

Mientras las mayores acudían al fraile que se había estropeado bastante, a las niñas nos acometió una risa incontenible que obligó a mamá a despacharnos para casa. No podíamos subir la loma por el ataque de risa. “¡Me voy a poner las alpargatas porque temo resbalar...!”

Yo he conocido tipos con sotana formidables, pero ninguno como el padre Paco, el primer párroco que yo recuerdo. Él nos preparó para la primera comunión y con él confesamos la primera vez. Era un hombre sencillo, humilde, rústico, entero. Amaba a los niños y profesaba una fe muy clara.

Cuando le caíamos los muchachos pidiéndole estampitas y unos rosarios chiquiticos que él sacaba de unos bolsillos profundos que le tiraban de la sotana blanca y eran como alforjas, nos espantaba con gestos de pastor que espanta a un perro que le acosa su rebaño y nos decía:

—¡Siempre pidiendo! ¡Siempre pidiendo! ¡Parecís curas!

En mi casa había dos fechas religiosas grandes: el 2 de abril, día de San Francisco de Paula y el día de Corpus. Mamá era devota de San Francisco desde muy niña. Pretendía que estando jugando un día en el patio de casa de Papá Ramón Su Mercé, vio abrirse el cielo y asomarse un santo con barba blanca y un cayado en la

mano, que le echó su bendición. Después lo identificó con el fundador de la orden de los mínimos y le dedicó toda su vida una devoción acendrada.

Papá le dio una sorpresa un día 2 de agosto, que era la fecha en que ella celebraba su santo y en cuya madrugada hacía que le tocaran debajo de su ventana la "Serenata de los ángeles". Primero los hermanos Barreto y después los hijos de Telesforo Méndez, se colocaban en el patio y la despertaba una música que no tendría gran valor artístico, pero que era muy apropiada para María de los Ángeles Leocadia.

Pues un día de su santo llegó la gran sorpresa. Papá le había encargado a Barcelona una estatua de San Francisco de Paula de madera tallada. ¡Con qué alegría se desembaló el regalo! Y cuando mamá vio casi vivo delante de ella al santo de su infancia, lloró de emoción porque dijo que era exacto a su padre Gaspar Chaple, que había muerto a los 54 años, cuando mamá no tenía más que quince. Ella era la cuarta de los hijos vivos y quedaron nueve huérfanos. En epidemias de cólera, de viruela y de escarlatina había perdido mi abuelita ocho hijos que no pasaron de la infancia.

El día 2 de abril, todos los años, mamá le dedicaba a su santo una misa cantada, de tres padres, en la que repartía oraciones, novenas y el retrato de su estatua. El día antes, por la noche, papá lo cargaba en brazos y lo llevaban en coche a la parroquia donde quedaba colocado en el altar mayor. Después se iban al jardín El Clavel y volvían materialmente cubiertos de flores que dejaban en la iglesia, para ir los dos muy tempranito a dirigir el adorno. Papá siempre la acompañó en su fiesta, no dejó nunca de oír misa y de presidir el desayuno que se brindaba después en casa a un número crecido de personas. Todos los viernes de su vida, desde que se casó con mi madre, cuando él estaba en La Habana no dejó nunca de encenderle su vela a San Francisco antes de irse para su trabajo.

El día de Corpus era también fiesta grande para nosotros. Bien tempranito papá salía en el coche para Marianao a traer las flores. Mamá levantaba un altar bellissimo en el portal, frente a la puerta de la calle 15.

Tendía una alfombra roja hasta la misma calle y se paraba desde temprano con su velo de blonda y su rosario en las manos a esperar la visita del Santísimo. Se ponía nerviosa, pensaba siempre si la procesión no se detendría en casa. Se alarmaba cuando se demoraba y ¡qué alegría cuando por la calle desembocaba al fin

el Señor Sacramentado! Papá le fabricó una capilla que era un primor, con cuatro ventanas ojivales, donde ella se pasaba los ratos rezando y donde se metía, a puerta cerrada, a consultar todos los sorteos de la lista de la lotería.

Mi madre había sido separatista convencida. Ella había vivido los horrores de la Reconcentración antes de probar las amarguras de la emigración. Con voz estremecida nos relataba las escenas de miseria y de muerte que había presenciado cuando Weyler echó el campo hambriento sobre las ciudades. Madres muertas con los hijos colgando de los pechos secos, en los portales de La Habana.

Vivía muy orgullosa de su gesto, contestando al emisario que le mandó el capitán general Blanco —que venía a pedirle en nombre del marqués de Peña Plata que lo pusiera en contacto con mi padre haciéndole llegar una carta suya—, embarcando esa misma noche en el *Olivette* rumbo al Cayo. Mi abuelita recibió a Manuel Carreño, a la mañana siguiente, de pie en la sala de su casa. "Dígale usted al general Blanco que mi hija María se fue ayer mismo para la emigración. Que ésa es la única contestación que la esposa del general Méndez Capote puede darle". Doce pesos semanales fue lo único con que contó en Cayo Hueso y Tampa, para vivir con su hermana Amelia y mis hermanos Teresa, de catorce años, y Panchito, de dos.

Ella despertó en nosotros sentimientos fraternales por el indio y por el negro, pero no nos inculcó nunca odio por España. Al mismo tiempo que nos estremecía con cuentos espantosos de crueldad por parte de los jefes españoles, nos hacía ver que los jefes no son el pueblo. Nos hablaba con piedad profunda de los soldados. "Aquellos muchachones colorados, que el clima ponía pálidos, reventados en granos y en salpullido, que ellos llamaban 'gusto cubano', diezmados por la fiebre amarilla y el vómito negro, también tenían madres infelices que habían quedado en España, viendo partir al hijo con la muerte en el alma". Las únicas guerras que ella justificaba eran la de independencia y las revoluciones que hacen los pueblos por sacudir un yugo.

Entre tantos relatos que oímos de sus labios, hay uno que se

me grabó con tanta fuerza, que me cuesta trabajo admitir que yo no lo he vivido. Es la historia de "Cucho".

El grito de Baire sorprende a la familia en la cotidiana faena de vivir.

En el sitio el día va de vencida. La madre recoge la ropa limpia puesta a secar, ayudada por sus tres muchachitas espigadas y lindas.

Juan de catorce años, arregla la cerca del chiquero, para recibir dignamente la cría de la puerca grande, que se espera copiosa y no tardará más de dos días.

"Cucho", de once años ágiles, cetrinos y alegres, guarda en la caseta los aperos de labranza que su hermano Joseíto y su padre usaron por la mañana preparando la tierra negra y jugosa para la siembra del boniato.

En el pequeño potrero cundido de yerba guinea, "Tumbago" y "Perla Fina" dormitan descansando del aguijón y el yugo.

"Cucho" se da prisa. Quiere tenerlo todo listo para cuando llegue el "viejo". Nicasio Martínez ha ido al pueblo a ver si le vende al ferretero Oxamendi, el gallo fino, que ya está listo para vencer en la valla.

La noche cae dulcemente sobre el cansancio sereno de esta típica familia campesina.

El sitio no es grande, pero está bien situado entre el camino real y el arroyo, y la tierra es buena. La casa, de tabla y guano, es amplia y muy cuidada. Las paredes bien encaladas y el techo copioso, de pencas escogidas. El piso, apisonado con cariño, está cubierto de tierra blanca que Nicasio trajo abundante. Tres cuartos, sala y cocina, dan a la familia comodidad suficiente para que los hijos no tengan que crecer en promiscuidad.

El mobiliario es sencillo: taburetes, cómodas, escaparates y camas de hierro completan, con una mesa grande y numerosos enseres de cocina, las comodidades de esta vida bien enraizada a la tierra criolla. La laboriosidad de las mujeres se manifiesta en la ropa que espera ser planchada y en las telas cortadas, que en su canasta ovalada y grande, están dispuestas para "meterles la aguja". La madre y las hijas embellecen el hogar constantemente.

Cortinas de tela barata pero muy limpia y bien almidonada, ponen un claro temblor de alas nítidas en las ventanas del bohío. Los "sillones de los novios", los mismos de los abuelos, se ostentan con orgullo en medio de la sala.

Frente a la casa, dos flamboyanes florecidos y dos ceibas poderosas, dan una sombra fresca llena de murmullos y la arboleda de hermosos frutales paridores completa la belleza y la agradable paz de este próspero rincón de tierra cubana.

Cubanos son los dueños. Hijos y nietos de guajiros criollos. Los ascendientes hispanos no han dejado huella en el recuerdo ni rastro en los tipos. Nicasio es trigueño, de pelo ensortijado, de ojos negros, alto y enjuto. Águeda es del color de la canela, negros sus grandes ojos y sus largas y sedosas trenzas. De la mujer española no tiene nada, por el contrario: senos chiquititos, talle menudo, pie muy breve, pierna delgada con tobillos finos.

De los abuelos se acuerdan ambos, guajiros, como ellos. Los bisabuelos no saben a derecha quiénes fueron.

La vida en el sitio, heredado por Nicasio, y en casa de Águeda, varias leguas monte adentro, ha sido siempre la misma. La Guerra Grande la sacudió, diezmando la familia, sembrando la miseria y el dolor y despertando la conciencia de cubanos. Pero después del Zanjón todo volvió a ser como antes. Las faenas del campo y el nacimiento de los hijos lo llenaron todo.

A diez leguas de "El Mamey", está el poblado. Es un caserío sin importancia, con su única calle y su puesto de la guardia civil. Debe quedar muy lejos la ciudad. Las noticias llegan al monte confusas y muy tarde, como si estuvieran cansadas de recorrer tanto camino. Los guajiros de esta zona todo lo saben por relatos que tienen mucho de leyenda; historias que se van haciendo unos a otros; cuentos traídos por los caminantes y que la manigua recoge ávida y va repitiendo de sitio en sitio.

La Epopeya tiene vigencia entre estos hombres. Por esta región resonaron palabras que quedaron prendidas en las zarzas, en las estacadas, clavadas en los penachos de las palmas y que los arroyos van cantando con sus voces claras y que el viento hace escurrir, colándolas en los oídos de los campesinos.

Maceo... Máximo Gómez... Calixto García... Pancho Carri-
llo... Ulula el viento en las tormentas tropicales.

Cuba libre... susurra el terral cargado de aromas.

Cuando los hombres se reúnen en el corte de caña o en los

guateques olorosos a ron y a guarapo caliente, y se sientan en corro alrededor de algún viejo que sabe cuentos heroicos, estos nombres se repiten y repiten y van tomando vida eterna en la leyendaria criolla.

Así, una noche de guateque, medio muertos de sueño estaban "Cucho" y sus hermanos cuando oyeron contar a un testigo presencial la quema de Bayamo. Y los ojos se les abrieron tanto que el sueño huyó para toda la noche, perseguido por el rojo resplandor que levantó en el horizonte la rica villa sacrificada.

—Lo quemaron todo... para que los españoles no pudieran aprovechar nada...

Esta noche de marzo de 1895, húmeda y desapacible, la madre está inquieta. No sabe si es el viento que insiste demasiado con el cañaveral, o la demora del marido, pero un vago malestar la desazona.

Joseíto, el mayor de los hijos se ha ido a visitar a la "corteja". Sus dieciocho años se impacientan en la vida del campo, carente de otros entretenimientos, y ha respondido temprano a la llamada de la especie. Florinda, con sus restallantes quince años ha estabilizado sus relaciones amorosas y pronto se casará e irá a vivir a un lugar cercano al sitio de los padres. Floro, el de la vega, puede reclamar derechos de noviazgo. Son derechos tácitos, desde que eran unas criaturas, bien vistos por las dos familias.

Las muchachitas, Ana de trece años, y Rosa de doce, están todavía muy tiernecitas, aunque el fuego del trópico ya está haciendo de ellas dos magníficos ejemplares de lozana feminidad.

Hoy la madre, no sabe por qué mandato misterioso, se ha puesto a recontar la dicha de su vida, encarnada en los hijos.

—Cucho. ¡Entra ya, que hay mucha humedad fuera! No vamos a esperar más a tu padre. Vamos a comer nosotros y le guardaremos... dígamè usted... todavía no son las siete y ya es de noche...

La comida tardía transcurre silenciosa. La mujer sirve a cada muchacho un plato bien provisto de arroz blanco, puerco frito y yuca con mojo. De bebida, agua del pozo, fresca y cristalina.

Después de comer los tres más chicos echan el tapete de la mesa para un lado y se ponen a jugar a la brisca. El viento juega con la luz del quinqué y la hace bailar. Águeda, de nuevo, se estremece.

A poco se escuchan los cascos de un caballo.

—Es Floro —dice Florinda, ruborizándose como siempre que mienta al novio—. Los cascos se oyen del lado de la vega.

La silueta simpática del veguero se recorta en la sombra que hace la noche en la puerta abierta.

—Buenas noches a la compañía —dice y se sienta enseguida en su sillón, junto a la muchacha que lo espera ya en el suyo.

—¿Y Nicasio? ¿No ha vuelto todavía? Lo habrán demorado las noticias...

—¿Qué noticias, Floro? —inquire la madre, angustiada.

—No sé... por ahí dicen que en Baire se alzaron el 24 de febrero y que ahora la cosa va de veras...

El tono de la voz hace levantar la cabeza a las mujeres y a los muchachos.

—¡Floro! —grita la novia—. ¡Tú no piensas irte a la guerra...!

—Yo sí, muchacha. Y lo mismo tu padre, y Joseíto, y todos los que somos machos por aquí.

—¡Y yo, Floro! —grita alegremente Juan, que en aquel momento deja de ser un niño—. ¡Yo, que aunque nuevo también, soy macho!

Se hace un silencio espeso, que rompe un sollozo manso de la noviecita. Y la voz de la madre resuena inexorable:

—La guerra es cosa de los hombres... Mi abuelo y mi padre pelearon en la Guerra Grande... Todo lo perdieron, menos la tierra... y mi padre decía que no hubiera podido resistir el no haber ido... En la manigua le nacieron a mi madre los hijos más chiquitos... Yo me acuerdo bien de aquello... Fueron años terribles... Pero estos que vienen no se pueden evitar... ya es tiempo de que Cuba sea libre.

Por el camino se anuncia, en el ruido seco de cascos apresurados, la llegada del padre. Nicasio desmonta rápido. Viene muy contento. En la voz se le revela una nueva calidad.

—Ya está, Floro. El grito se dio el 24 de febrero. Ahora nosotros, a esperar la oportunidad de incorporarnos. Nos iremos monte adentro con la primera fuerza de los nuestros que pase por aquí.

Siguieron meses tranquilos. La guerra tarda en llegar a este pedazo de tierra cubana que trepida de impaciencia.

A medida que el movimiento armado toma cuerpo, los españoles se hacen más recelosos de los cubanos. El puesto se ha convertido en una guarnición. Prenden a los paisanos sospechosos.

Los confinan en La Cabaña de La Habana o los destierran a las prisiones que España tiene en África.

Una noche, ya de invierno, Nicasio despierta a su mujer con un beso tan dulce como los de sus primeros tiempos.

Esta noche la ha amado con más pasión y su abrazo ha sido más largo y entrañable. Se han dormido en brazos uno del otro, en la delicia de su amor cumplido. Al despertarse ahora, ella lo ve ante la cama vestido con su ropa buena y el par de polainas que ha estado guardando y que sólo se puso para ir al pueblo a pelear su giro talisallo el día de San Juan. Tiene el sombrero de yarey echado sobre los ojos y en éstos un brillo singular.

—¡Nicasio! ¿Ya?

La mujer, bella en sus treinta y cinco años vigorosos, se prende desesperadamente del cariño de su hombre que la guerra viene a arrancarle.

Él se desase de los brazos temblorosos en estos momentos aún más queridos y se sienta al borde de la cama donde el amor sencillo los ha hecho felices durante veinte años y donde han nacido sus seis hijos. Coge a la compañera de su vida en los brazos palpitantes de emoción, la aprieta contra el pecho y le pide que acepte el sacrificio.

—Cuba entera se levanta y lucha. Y yo, con todo lo que tengo metido en el pecho, no puedo ser majá. Tú misma no lo querías. Me incorporo aquí en Las Villas a las fuerzas de Leoncio Vidal...

El nombre del joven mambí, cuya fama llenará de gloria toda la Vuelta Arriba, entró en el aposento como una clarinada.

Águeda se dispone a ayudar al marido. La preocupación por el bienestar del amado se sobrepone a la pena.

—¿Llevas bastante ropa? ¿Y comida? ¿Estás seguro de que encontrarás enseguida a Leoncio y de que te dará armas?

Nicasio la mira con amor profundo. Esta mujer es tan suya como su tierra. A las dos las ha trabajado en surcos amorosos y fecundos. Para él y por él han dado ambas su fruto. Ambas han sido su orgullo y su contento. A las dos las quiere por igual. En el abrazo de despedida pone el alma entera, y la mujer responde angustiada y gozosa, poseída y entregada como nunca.

El rompe por fin la intimidad. Se dispone a partir. Al salir a la sala tras él, la madre vence a la mujer, Joseíto y Juan, equipados, esperan por el padre.

—¿Juan también, Nicasio? ¿No es demasiado nuevo para pelear?

—Hacen falta todos los hombres de Cuba y mi hijo ya es un hombre. Despierta a “Cucho”, que quiero hacerle recomendaciones.

“Cucho” llega abriendo los ojos como él suele hacerlo cuando está asombrado. Los pone redondos como dos bolitas.

—¡Ya! ¿Para la manigua? —en la voz le vibra el entusiasmo.

—“Cucho”, el único hombre que queda ahora en el sitio eres tú. Si vienen los españoles, huyes con las mujeres para el monte, buscas a las fuerzas nuestras y se unen a ellas. Mientras no vengan por aquí los españoles, ayuden en todo lo que puedan. Yo he dicho que mi familia es de fiar y que mantendrá contacto con los nuestros. Si llegaran a venir los españoles... que ni tu madre ni tus hermanas caigan vivas en sus manos. Te dejo para tu madre una pistola con sus balas... Tú, hijo, perteneces también a Cuba libre.

Desde aquella madrugada la vida en el sitio adquirió una actividad creciente que se desarrollaba callada, disimulada en las sombras de la noche. De día las mujeres cultivaban la tierra; ayudadas por “Cucho” seguían el trajinar claro de su vida anterior. En cuanto oscurecía los escuchas venían a dejar órdenes y recoger todo lo que de los sitios cercanos se podía conseguir. En esos sitios sólo han quedado los viejos, las mujeres y los niños, y todos están dedicados a la causa con ansiedad febril y constante. Es un herido que curan y esconden. Es una partida a la que dan de comer. Son ropas de hombre que lavan y cosen en largas velas alrededor del quinqué, con las ventanas cerradas y el oído atento.

En fecha marcada por el destino un jefe insurrecto se refugia de un mal tiempo en “El Mamey”. Después que pasa la tormenta, la pequeña fuerza cubana se interna en la manigua y poco rato después, del lado del pueblo se oyen tiros de rifle, que vienen aumentando al acercarse.

A media mañana llega una vecina anunciando que vienen tropas españolas, que han incendiado el sitio de “la isleña” y que en el monte, muy cerca, se oyen ayes de mujer.

“Cucho”, crecido en su papel de hombre, le recuerda a las mujeres la orden del padre.

—Toma, mi madre, la pistola. Corran a la manigua y alcancen a los nuestros. Yo me quedo a entretener a los españoles.

La madre lo escucha sin decir palabra. Mira a las tres hijas, en la flor recién abierta de la edad, y con un grito del alma arranca monte adentro. Se echa desesperada en la huida desolada.

“Cucho”, dentro del bohío, dispara todos los tiros de la pistola contra los soldados españoles. Cuando deja de tirar, los soldados entran en la casa, y se quedan asombrados: un muchachito de once años, ha dado su vida por detenerlos y dar lugar a que su madre y sus hermanas se alejen.

El oficial español se cuadra y lo saluda.

—Vamos a dar sepultura a este mambí.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Las márgenes del río Almendares estaban sembradas de maleza y uvas caletas. Arriba, hacia la loma, existían enormes furnias profundas y en la parte baja, esparcidas por la ribera, había casas de pescadores, de tabla y zinc.

Dos o tres pequeños astilleros, como puestos de zapatero remendón, se dedicaban a reparar y calafatear botes y pequeñas embarcaciones. Todavía el yate de placer no había entrado en el panorama cubano. Los tiburones sólo se podían ver al mediodía en Varadero, entre el primero y el segundo barco y se podían cazar a tiros en la arena donde después del mal tiempo quedaban varados los cazones. En cuestiones marítimas a lo más que se atrevían los políticos era a ir de pesquería a los cayos en alguna goleta costera, o en una lanchita de vapor y los verdaderos aficionados a la pesca, mi padre era uno de ellos, alquilaban en las márgenes del Almendares un bote de remos en las madrugadas de los domingos. En la misma Boca de la Chorrera del Vedado había un apostadero de botes de pescadores. Allí se alquilaban las embarcaciones y los avíos y se vendía la carnada fresca y también muy buen pescado. Muchos fueron los domingos en que ya con el sol muy alto mi padre y Eugenio volvían a casa con grandes pargos colorados y rabirrubias y cabrillas que habían comprado a los pescadores de la Boca.

Yo no recuerdo más puente sobre el Almendares que uno muy viejo, de tablas, que se abría para dejar pasar alguna goleta, un

poco más grande, que venía al río a ponerse en dique seco para que la pintaran o la repararan. Pero esto no sucedía a menudo y era una casualidad feliz ver levantar el puente.

Nosotros conocíamos pilluelos de la Boca, muchachitos que vivían en las orillas del río, que nos surtían de pomos llenos de pulgas, de renacuajos y gusarapos, de cocuyos y algunas veces hasta de mariposas.

Hacíamos trabajosas excursiones al Almendares con el pretexto de encargar aquella mercancía absurda, porque el río nos fascinaba y cuando conseguíamos meternos en un bote y subir contra la suave corriente hasta donde el curso de agua era navegable, quedábamos convencidos de haber realizado una hazaña.

Pepe era pilluelo de la Boca. Bajo de estatura, como si quisieran las carnes apretarse para hacer un muchachito duro. Los músculos muy acusados bajo la piel tostada, las piernas derechas, el torso bien desarrollado, los dientes luminosos. Abundoso el pelo negro, siempre mojado de agua de mar.

Nacido en la casucha baja que levantó su padre, transcurre su infancia entre pedazos de timón, remos en desuso, trozos de cables y una vieja ancla carcomida, desenterrada, como un trofeo, del agua semidulce de la Boca. Su campo de juegos infantiles lo han compuesto el fango de la ribera, las furnias profundas, el bote de su padre, el río y el mar.

En la casa hay pobreza, pero no le falta la comida y él no necesita más ropa que un pantalón y una camisa para cuando está en tierra, y un saco gordo para salir mar afuera. Un capricho de la madre le ha hecho tener un par de zapatos, siempre nuevos a fuerza de no usarse y que Pepe trae amarrados por los cordones y colgados del hombro cuando viene al oscurecer a traernos el botín.

Ha dejado la escuela en el segundo grado, porque le costaba mucho trabajo llegar a ella y en cuanto supo leer y escribir decidió que a un pescador lo que le hace falta es saber echar la pita, poner la carnada y fajarse a cuchilladas con los tiburones cuando a fuerza de brazos hay que subirlos al bote, todavía peligrosos. La pesca del tiburón deja buenas ganancias, las aletas se les venden a los chinos y la carne, después de quitado bien el pellejo, se hace pasar por aguja. Pero es muy peligrosa y requiere aparejos especiales, y Pepe y los suyos deciden dedicarse a la pesca de altura, llegando hasta donde les den los brazos vigorosos. Pepe ha aprendido el

oficio con su padre y sus hermanos, “que tienen el corazón en medio del pecho”. Además, conoce cuándo va a llover, cuándo el viento va a cambiar y si por fin el ciclón pasará cerca y, por la cresta de las olas y la constancia con que sopla el viento, puede predecir si se dará el ras de mar.

Es un nadador de competencias, como el viejo y los hermanos mayores y en cuanto a resistencia no hay en todo el litoral pescadores que aguanten como ellos. Forman un clan cerrado, el padre y los cuatro varones, presididos por la madre que vela por ellos y vive orgullosa de sus hombres. Se llama Teresita y hace un pescado a la marinera que Pepe nos describe cerrando los ojos y pasándose la lengua por los labios. Desprecian a “los de tierra” y para el pequeño no hay placer mayor que acurrucarse por la tarde, muy alto el sol en el cielo azul, a los pies de su padre sentado en su taburete a la puerta de la casa, y oírle contar una y otra vez sus hazañas marineras mientras descansan entre una noche de faena y otra, escupiendo por el colmillo cuando pasa uno “de tierra” o se baja en la Boca un pescador aficionado que va siempre derecho a comprar pescado. Ellos viven cada noche su hazaña humilde y heroica, con todos los peligros de una gran aventura que nadie valora, porque se resuelve por unos cuantos reales en las mesas de los hombres indiferentes y ajenos.

Cuidar los anzuelos, las pitas, las redes, las plomadas, afilar los cuchillos, revisar las latas de carnada cuando todavía nueva la noche se preparan para salir en el bote bien calafateado, siempre pintado de fresco; dormir la siesta como los hombres, mientras los otros chiquillos juegan y gritan, es para Pepe la única vida que merece la pena. Está saturado de yodo y de sal, de aire y de sol, enamorado del mar. Es nuestro amigo que más admiramos; abrimos la boca y los ojos para oírlo hablar de aquel rincón del Vedado donde transcurre su infancia. Qué ancha la Boca, qué limpias las aguas apenas pasada la Chorrera, qué azul el mar en cuanto se coge un poquito de altura, y qué manso cuando la marea le hincha las olas que vienen a morir dulcemente a la orilla, mezclándose, sin saberlo, con el agua dulce del Almendares. Qué le importa que haya otros muchachos que van al cine y juegan a la pelota. Él tiene el infinito, el vaivén de la corriente, la embriaguez del mal tiempo cuando el viento azota la vela y hace correr al *Teresita* y la cresta blanca de espuma los levanta de un golpe y los deja caer bruscamente como si jugara con ellos. Él tiene las noches

de tormenta o de norte bravo, arrulladas por el canto del aguacero en las planchas de zinc y el bramar del viento y del océano que rugen fuera, mientras los pescadores duermen en sus casas bien abrigados, soñando con todo el pescado que dejan de coger.

Su padre habla de peligros, de mangas de viento que se echan de pronto sobre los botes y los hacen zozobrar, pero Pepe no ha vivido nunca esos momentos y el mar es su amigo.

Esta noche la luna está redonda y colorada, la brisa sopla de tierra adentro y las luces del Malecón son como un collar de brillantes. La mar está gruesa, lisa y tranquila. Hay una arribazón de pargos de lo alto un poco más allá del Morro, a la altura de Cojímar, y el viejo y sus hijos se disponen a traer el bote rebosante de escamas rosadas.

Este año el *Teresita* ha sido pintado con mayor esmero, le han tirado una lista azul y otra roja y el nombre de la madre reluce en la popa con lindas letras grandes de un negro reluciente. La vela es nueva y los remos han sido cuidadosamente reforzados, pues la temporada de ciclones ha pasado y los pescadores se disponen a rendir una tarea dura y remunerativa. Para diciembre se casa Raúl y ya Eulogio empieza a decir que un hombre pobre debe buscar temprano compañera. Juanillo ha crecido mucho y la ropa no le sirve y a Pepe hay que comprarle alguna vez un par de pantalones nuevos... Pero ahí está el mar lleno de todo el pescado que los hombres quieren salir a buscar.

Toda la noche cogiendo pargos. El bote rebosa de animales gordos y grandes. Los brazos están cansados de halar la pita. Ya no tienen donde poner los pies. Las luces de tierra se han ido apagando poco a poco. Hace mucho rato que pasó la media noche, y ya hay una adivinación de claridad por el oriente.

Ha sido una noche espléndida. Los hombres están contentos. Izan la vela y ponen proa a la Boca. Dentro de dos horas, si el viento sigue, entrarán en el río y... ¡a dormir! Los muchachos se ponen a cantar y en la popa, agarrado al timón, Pepe hace esfuerzos tremendos por aguantar el sueño. El viejo se ha dormido inclinado hacia la preciosa carga que palpita en el fondo del bote. El viento los empuja raudos. Ya se ve la loma del Vedado. Ahora ya falta muy poco para la Chorrera.

“Tengo tantas ganas de llegar a casa que me huele a café.”

De buenas a primeras a Pepe le parece que la tierra se ha puesto a ir para atrás. De pronto, sin saber cómo, un viento feroz se ha

levantado. La manga traicionera se les ha echado encima, ha venido del norte sin que ellos se dieran cuenta, la sienten llegar de golpe en medio de un mar tranquilo, de un cielo purísimo, lleno de estrellas. El *Teresita* se ve cogido de lleno en el torbellino, zarrandeado, arrastrado mar afuera, sacudido como si las aguas quisieran recobrar todo el pescado que ellos le arrancaron. El área de mal tiempo es muy pequeña, pero no tienen manera de salir de ella. La vela se ha desprendido de cuajo. El timón se ha hecho pedazos, los remos se han perdido y el agua llena la embarcación con una fuerza espantosa. Cuando los cinco pescadores vienen a darse cuenta, se hallan frente a la Boca del río, náufragos, con todo el esfuerzo y el trabajo de años perdido del modo más impío. El bote con sus rayas de colores y su nombre querido y los cientos de libras de pescado ya no existen.

El primero en volver en sí del horror y del asombro, es Raúl, como más fuerte. Le vocea al padre, que contesta roncamente a unas cuantas brazadas de distancia, y luego a Eulogio y a Juanillo y a Pepe. Todos están bien en la mañana que rompe; bracean hacia la tierra dando gracias a la Caridad del Cobre por haberlos amparado. Bordeando la orilla la manga de viento sigue camino del Mariel su ruta de muerte, buscando más pescadores y más botes.

Los cinco hombres nadan juntos. El padre va callado. Él conoce los peligros del litoral habanero, sabe que la Boca es traicionera. Pepe nada alegremente, aunque comprende que la pérdida de la embarcación los sume en la miseria, que el año será malo y tendrán que volver a entraparse. Los tres muchachos mayores no articulan palabra; bracean furiosamente, masticando la desgracia.

Por el costado izquierdo del grupo surge de pronto una aleta negra y por detrás otra. Se acercan silenciosamente, inexorables. Los náufragos están ya a unas brazadas nada más de la orilla. Su casa está ahí mismo. No es posible que les pase nada.

El viejo es el primero en ver las dos aletas que se van arrimando velozmente. Siente un frío intenso en las entrañas y como si el corazón se le paralizara en el pecho.

“Esto es miedo —piensa—, esto es terror.”

Pero enseguida reacciona desesperadamente. Raúl las ha visto también; y ha sentido el mismo frío de muerte en la entrañas; mira para el padre y ve que sin decir palabra va quedándose el último, ofreciéndose a la fiera más cercana. El hijo mayor toma el mando;

les grita a los otros tres que nadan con toda la fuerza de sus brazos y se acerca a la segunda aleta.

Los muchachos se han dado cuenta de la horrenda amenaza y sienten el terror invadiéndoles los miembros, paralizándoles piernas y brazos; oyen sus propios corazones atronando como desatados tambores gigantes.

Pepe se pone a gritar, no como un ser humano, sino como un animal al que estuvieran desollando vivo. La tierra se le va, la orilla sube hasta llegar al cielo. Le parece que su casa se pone a correr loma arriba, fuera del alcance de sus ojos. El muchachito sigue lanzando alaridos y nadando con la desesperación de quedar con vida, de que las picúas no lo toquen a él.

Todo sucede en un momento. El padre desaparece el primero, con un quejido que el agua semidulce de la Boca apaga. Y luego Raúl se hunde en medio de un pataleo espantoso, entre malas palabras e imprecaciones. Y le sigue Eulogio, que no tiene tiempo de decir ni una palabra; la bestia, de un tirón, se lo ha llevado al fondo. Y Juanillo sigue nadando al lado del pequeño y lo tranquiliza diciendo que a él sólo le han dado una mordida en el muslo y le han hecho un araño en la otra pierna; y de pronto se pone pálido y ya casi en la orilla se ahoga más en su propia sangre que en el agua.

Y Pepe sigue dando gritos. Unos gritos inhumanos y horribles.

Se ha salvado. Sus gritos han hecho acudir a los hombres que cuidan de los botes en el apostadero y lo han sacado del mar medio muerto, agotado por el tremendo esfuerzo y el espanto...

Ahora está en su casa. Envuelto en una manta contempla a la madre que se ha quedado sin habla y no quiere quitarse de la puerta y en muchos días nadie conseguirá que deje de vigilar la entrada de la casa. La novia de Raúl está a su lado, y tiene cara de loca y se lleva las manos al pecho y se aprieta el corazón.

Pepe se da cuenta ahora de la magnitud de la tragedia. No puede dejar de pensar un momento en esa noche; cada segundo se le ha quedado grabado: la noche tan bella y tan tranquila; el mar que los mecía amoroso; la pesca abundante, prometedora de tantas cosas buenas; las luces de tierra y la boca del río... Y de pronto el viento endiablado, salido no se sabía de dónde... el naufragio... las terribles aletas... y las voces de Raúl mandándole nadar con toda la fuerza de sus brazos... y el quejido del padre apa-

gado por el agua... y el estertor que a su lado Eulogio no llegó a lanzar, pero que él vio retratado en su cara, transformada por el pánico en la cara de un desconocido... y la palidez de Juanillo que venía desangrándose sin saberlo...

Sus propios alaridos resonarán para siempre en sus oídos; se han grabado en su cerebro. Y en las noches de pesca, cuando levante el viento, súbitamente, volverá a escucharlos con un frío terrible en las entrañas...

Porque en medio del horror de su tragedia, Pepe, hijo de pescador, no piensa ni por un momento en dejar el mar.

CAPÍTULO OCTAVO

Entre las emociones debidas al mundo exterior, sugidas de las cosas que me rodeaban, formadas por el ambiente, una de las más gratas nació en el cuarto de mi mamá.

Aquella estancia amplia, clara, alegre, tapizada de papel gris claro con florecitas de colores delicados encerradas en medallones, sobre los que pasaba una estrecha franjita de plata patinada, como si sobre ella hubieran pasado los años, ha despertado en mí una predilección muy marcada por las paredes empapeladas y una franca aversión por los cuartos pequeños.

Del techo pendía una gran lámpara de cristal con antorchas y muchas luces que se cubrían con camisetas, que el gas ahumaba frecuentemente y que había que cambiar, subiéndose en una escalerita.

Tenía dos puertas con mamparas que ostentaban las iniciales de mi padre, grabadas en el cristal cuajado y que estaban rematadas con tallas en sólida caoba pintada de blanco; una puerta ventana enrejada, que comunicaba con el portal, pero que no se abrió nunca y un mirador con persianas que daba al patio, justamente sobre las matas de granada y que formaba un recoveco formidable para jugar a los piratas.

Entre los muebles de mi madre, había una “psyché” con tres espejos en la que se reflejaba la primorosa silueta de mamá, cuando se vestía para salir de noche a algún banquete, a la ópera o a alguna boda elegante. Mi hermanita y yo conseguimos per-

miso para verla vestir y nos sentábamos en sendos escabeles, admirando más que nada la ceremonia torturante del corset. Mi madre empezaba a vestirse desde por la tarde, porque a los vestidos les faltaba siempre una cuarta en la cintura y había que ir apretando poco a poco, hasta conseguir la esbeltez deseada. Se empezaba a apretar, mamá palidecía, pedía un minuto de respiro, se sentaba, se abanicaba y volvía a entregarse al martirio. A veces tenía que respirar sales inglesas, después se ponía su peinador y se sentaba delante de su tocador de muchas gaveticas, para que Mauricio la peinara. El peluquero hacía un monumento con los largos y sedosos cabellos. Mi madre no tomaba nada después de la hora del almuerzo, en el proceso de achicarse la cintura, no hubiera podido ingerir ni agua; era un verdadero suplicio, pero cuando ya estaba vestida y arreglada, con su poquito de arrebol en las mejillas y una sospecha de carmín líquido en la boca, las caderas y el busto en espléndido contraste con el brevísimo talle, no había otra señora más linda en la sala del Tacón o en las fiestas de Palacio.

En el cuarto de mamá, junto con la cama imperial vestida con "plafond" azul celeste y cortinas de encaje, había otro mueble que constituía un país maravilloso: el escaparate de puntal altísimo y tres cuerpos, con gruesos espejos biselados y columnas talladas. Aquel escaparate, donde muchas veces nos escondimos, encerraba en sus entrañas perfumadas tesoros sin par: ropa blanca de hilo, adornada con encajes y aplicaciones bordadas a mano, que despertaba en nosotros prematuras ambiciones de coquetería; gavetas llenas de cintas, de plumas, de hebillas y peinetas, de ganchos de carey; cajas para guantes, que olían a cuero de Rusia; cajas de pañuelos diminutos, todos de encaje, con un cuadradito de tela en el medio, que se llevaban metidos en el hueco del guante; pomos de perfume, algunos con una flor adentro; cajitas de pastillas a la violeta y a la rosa, para perfumar el aliento; pomos de sales para oler las señoras; pastillas de Nafé d'Arabie, para la tos, de una gomita oscura incrustada de pedacitos de azúcar, más ricas que los más ricos caramelos; agua de colonia de Guerlain y de Atkins, jabones Sapoceti y de Ambar, perfumados al geranio de rosa y al sándalo. Y mezcladas con todos esos objetos de la "toilette" más refinada, reliquias religiosas que mi madre veneraba: medallas y rosarios tocados en el Santo Sepulcro o en San José de la Montaña; un huesecito de San Francisco de Paula y un pedacito

de su manto; un trocito de la misma cruz de Nuestro Señor; un ramito del Monte de los Olivos y un poquitico de tierra de Jerusalem; cantimploritas con agua del Jordán y de Lourdes; guano bendito para quemar las tarde de tronera; y rezos especiales para conjurar el peligro de los viajes y los partos y para alejar los huracanes... Todo cuanto el hermano Nicomedes era capaz de feriar estaba representado en el escaparate de mi madre.

En grandes cajas, junto con la imaginería piadosa, conservaba los retratos de familia. Viejos retratos amarillentos, en los que mozalbetes que ya no existían porque se habían muerto de puro viejos, lucían muy orondos sus sombreros de copa y sus bastones de ébano con conteras de oro, sonriendo los ojos juveniles detrás de copiosos bigotes y patillas de todos los estilos. Señoritas tímidas y señoronas estiradas, que miraban desconfiadas, desde adentro de sus crinolinas, pero que asomaban al mundo grandes escotes. Toda una multitud perdida en el pasado, cuyos nombres a veces confundía, pero que mamá guardaba respetuosamente. Hasta que un día, antes de morir, en un famoso auto de fe desaparecieron todos.

Cuando mi madre decidía arreglar su escaparate, Sarah y yo la ayudábamos con entusiasmo, seguras de descubrir algún tesoro. Manipulábamos la ropa blanca con respeto, locas por llegar a mujeres para envolvernos en aquella nube almidonada. Sobre todo las batas, privilegio exclusivo de las señoras casadas, aquellas batas criollas que el teatro, en su afán de estilización equivocada, ha convertido en una cosa indecente y ridícula, aquellas batas de holán de hilo llenas de alforcitas, de aplicaciones, de vuelos y de bordados, con sus largas mangas perdidas y la moña de cinta prendida al final del escote moderado. Aquellas batas que caían rectas, anchas abajo y con una cola que rozaba el suelo, nos parecían un privilegio de la suerte. Nos encantaba ser mujeres, porque los niños nos gustaban mucho y la idea de tener algún día niños de nosotras nos ilusionaba, pero yo creo que en los motivos de nuestra entusiasta feminidad estaban las batas en primer término. Como que tuvieron que hacerme una bata para yo bailar "La fille de Madame Angot", con una moña grandísima en el pecho y otra en la cabeza.

Cuando por las tardes mi linda mamá, después de tomar su baño con sales de olor y jabones que perfumaban toda la casa, bien peinado el abundante pelo, calzada con diminutos zapatos

color champán de altos tacones Luis XV, se presentaba envuelta en su bata deslumbrante de blanca y bien almidonada, en el comedor donde mi padre la esperaba para tomar el té, nos parecía un ángel bajado del cielo para ser adorado. A papá también se lo parecía, pues había que ver la luz de sus ojitos azules cuando los clavaba en ella por encima de la tetera humeante y de las fuentes de tostadas con mantequilla y mermelada y los calientes panecitos untados con foie gras.

En el cuarto de mi madre tenía lugar una escena cotidiana que suscitó mi primer remordimiento. Por las mañanas, después del baño, mamá nos sentaba en un escabel de aquellos que no faltaban en ninguna sala de la época, y procedía armada de “bigoudis” de cuero a recogernos los moñitos. Yo detestaba los tirabuzones, como detestaba los árboles recortados, y tanta resistencia hacía y tan pesada me ponía, que un día mi madre, con lágrimas en los ojos, me dijo:

—Me da vergüenza que la Virgen te esté mirando. Ella que fue una hija tan obediente con Santa Ana. Un día te va a virar la espalda.

Yo, que tenía devoción por la santa ancianita que enseñaba a leer a su niña, me sentí avergonzada de que la Virgen desde su repisa me viera portarme mal con mi madre y me quedé aterrada, porque me pareció que la Señora muy lentamente empezaba a dar la vuelta para colocarse de espaldas.

—¡Mamá, dile que no me vuelva la espalda! ¡Yo me dejaré poner los “bigoudis”! ¡Dile que yo también soy obediente con Santa Ana!

Mi madre se echó a reír y me dijo:

—¡Conmigo, conmigo es con quién tienes que ser obediente!

Aquella escena se quedó como uno de los milagros de la infancia, porque yo vi a la Virgen girando lentamente en castigo porque yo no quería tener la cabeza llena de tirabuzones. Y me dolió, porque me pareció una traición de la amiguita angélica que aprendía a leer en mi mesita de noche.

Los “bigoudis” no acabaron ahí. Un día estaba yo sentada en un balconcito que teníamos en el cuarto de estudio, comiéndome una mano entera de plátanos manzanos, embebida en un cuento de piratas que me estaba haciendo desde hacía semanas, y de pronto el “erudito” a quien yo no había sentido llegar me dice:

—Gorda, tengo un regalo para ti —y me da cinco moñitos,

que había cortado tranquilamente de mi cabeza mientras yo soñaba y me atracaba de platanitos—. Ahora no te harán más tirabuzones —me dijo muy ufano; y efectivamente, con media cabeza pelona hubo que cortarme el pelo.

Era increíble la cantidad de ropa blanca que echaba a lavar una familia. Solamente con la ropa íntima de la niñas y las mujeres podía vivir cualquier lavandera. Nosotras usábamos pantaloncitos de holán batista con trajecitos pegados en el frente a la cintura y abotonados detrás con tres botones. Sayuela con vuelos de tira bordada y pasacintas, que se amarraban al talle con una tira de cinta de hiladillo, metida dentro de un dobladillo. Refajitos, también de holán batista con adornos de encajes, tira bordada y cintas. Lo mismo que el trajecito de los pantalones el de los refajos era de escote redondo, alto, y bocamangas bien ajustadas al brazo. Y si las baticas eran transparentes, además de todo esto se llevaba un “viso”; que era otro refajo de burato o de holán, pero liso, porque no era decente que se vieran las intimidades de una ropa interior adornada. Las mayores usaban camisón, pantalones de largas perneras anchas y abiertos por el medio, corset, cubrecorset, sayuela, refajo y viso. Y todo con profusión de tela, de encaje, de tira bordada, de cintas, de vuelos, y bien almidonado. Porque había que “armarse”. A Ticticatéirum que era flaquita, mamá le decía: “Espérate, Sarita, que no estás bien armadita”, y le ponía una sayuelita extra.

Las telas que usaban las cubanas en mi infancia eran: en verano holán batista, holán clarín y linón. En invierno: velo de religiosa, sarga y terciopelo. Se pasaba mucho frío; no se usaba abrigarse; se usaba morir de frío. Aquellas tardes de carnaval, ¡Dios mío!, con el Malecón inundado de espuma, y el viento norte cortando la cara, y las mujeres luciendo sus escotes y sus antebrazos, vestidas, todo lo más, con terciopelo “chiffon” y tiritando debajo de la pielecita de marta o de nutria, que cubría exactamente el cuello. Yo hice que me compraran un manguito de armiño que era una monada y cuando íbamos a la ópera metía mis manitas en él con delicia; pues cuando llegábamos al teatro había que dejarlo en el coche, porque era una ridiculez abrigarse las manos.

En cambio, sí nos abrigaban las piernas con medias patente blancas, los varones las llevaban también, pero negras, largas hasta la rodilla donde se sujetaban con unas ligas de elástico feísimas, de dos dedos de ancho. Y en los pies nos calzaban unos botines horrorosos, altos, abrochados con cuarenta mil botones.

Los sombreros sí que me gustaban; me fascinaban casi tanto como las batas de las señoras. Para las niñas eran pamelas de paja de Italia, finísimas, con flores, con cintas y con cerezas. Las grandes se ponían en la cabeza todo lo que la fantasía desbocada puede imaginar: plumas lloronas, de avestruz; "aigrettes", aves del Paraíso; pájaros de todos los tamaños y plumajes; flores; velos, cintas, frutas... Eran enormes y se los sujetaban a los moños con unos alfileres larguísimos que pincharon muchas cabezas. Los ganchos de sombrero se remataban con piedras finas, bolas de oro y plata; eran un arma casera muy linda.

¡Y las gasas! Las imprescindibles gasas para cuidarse el cutis, que hasta las niñas usaban; de todos los colores, de seda finísima; grandes. Se ponían por la cabeza para ir al jardín. Se amarraban por encima del sombrero haciendo un gran lazo debajo de la barbilla; me encantaban también. Cuando no me gustaban era cuando las llevaba una enlutada, que con su cuello alto, sus crespones, sus mangas largas y su velo negro parecía un fantasma de algún castigado.

Mamá era nieta, biznieta, tataranieta, sobrina y cuñada de médicos. Papá Ramón Su Mercé nunca se dejó ver de nadie, como no fuera empaquetado en su chaqué, y no salió jamás a la calle como no fuera de bomba. Tenía coche con pareja de caballos y arreos de plata maciza, regalo de clientes agradecidos. Papá Ramón Su Mercé dejaba sin comer a sus hijos hombres, cuando llegaban con retraso a la mesa familiar, pero debió haber sido un viejo bueno, porque en todos los relatos de la infancia de mamá estaba la alta figura del abuelo, acostando a los nietos y contándoles cuentos mientras cobijaba cuatro o cinco en el hueco tibio de sus largos brazos. Y cuando una epidemia de viruela negra se llevó a varios hermanitos de mi madre, ella nos contaba que el abuelo había llorado, mientras se multiplicaba para atender, sin abandonar a sus numerosos clientes, a los nietos que con toda su ciencia no pudo salvar de la terrible peste que diezmó a La Habana.

El caso es que esta señora, orgullosa de su abolengo médico, y que sentía un gran respeto por la ciencia de Esculapio, sentía también una pasión irrefrenable por la medicina empírica y casera. Y después de acatar el tratamiento que el doctor Juan Plá, que cargó por mucho tiempo con la culpa de la enmienda Platt, o mi tío Fernando cuando estaba en La Habana, había prescrito en las

benignas enfermedades infantiles que nos atacaron, y de haberlo aplicado concienzudamente, venía ella con su cucharadita de enjundia calentica, su sebito de carnero y el más milagroso de todos los medicamentos que ha descubierto la sabiduría humana: el alcohol alcanforado.

Mamá poseía un botiquín maravilloso. En el exterior era un mueble de aspecto inocente, no hubiera sido prestigioso si no hubiera sido por la llave, de la que mamá no se desprendía nunca. Era un escaparate chiquito, de caoba, con dos puertas de cristal cuajado, colgado de la pared, bien fuera del alcance de los niños. Me parece estar viendo a mamá con su larga bata blanca y sus altos tacones, subida en la escalerita de tres pasos que usaba para andar en su botiquín.

Naturalmente, aquel mueble estaba revestido de la aureola de fascinación y respeto que rodea en las tribus salvajes al médico brujo, que cura los males produciendo a veces terribles dolores.

A través de tantos años, muchas de las maravillas que encerraba tienen forzosamente que haberse diluido en el recuerdo, pero puedo hacer un recuento bastante exacto, porque perduraron a través de viajes y de emigraciones y resistieron al tiempo, como esos restos preciados que se salvan de un naufragio en el fondo de un baúl mojado. Las hijas no tenemos mucho de médico brujo, aunque Sarah tal vez sí, porque ella cree en la tradición estática. Yo no, porque creo en la tradición dinámica, que sólo conserva lo esencial y se incorpora a lo nuevo.

En la primera tabla estaban alineadas las botellas. Licor de "Basbieta"; era un agua verde que todo lo curaba, se empleaba para lavar rasponazos y arrastró mucha tierra colorada, primaria y pura, del viejo Vedado solitario y altivo. Glycotimolín, de lindo color morado, que servía para el mismo uso, más gárgaras y lavados de oídos y narices. Poción Jacoud, que levantaba las fuerzas y se tomaba por cucharadas, después de las grandes limpiezas intestinales. Cola Cardinet y Quinium Labarraque, para después de las fiebres y catarros. Pepsina de Mialhe, para ayudar a digerir toda clase de cosas que los niños no deberían comer. Solución Quarre, Licor de rábano yodado y Licor de berro, para desarrollar muchachos sanos y contrarrestar el efecto de las anginas. Emulsión de Scott, que hacía soñar con la pesca de altura en mares helados y cubiertos de neblina, en las que los marineros no podían quitarse la capa de agua ni soltar el bacalao de encima de las es-

paldas musculosas. La maravillosa emulsión, de que mi madre nos atiborraba, poniéndole una linda gota de yodo en medio de la cucharada, porque nos quería de todos modos fuertes y vigorosos. Mi tío Fernando prescribía siempre: "Aire, sol y agua" y mamá añadía: "Sí. Y todo lo que yo les doy".

Después venían los purgantes. Los implacables purgantes que constituían un hábito al que no sé cómo los cubanos resistimos y conservamos siquiera sea pedazos de intestino. Agua de Carabaña y de Loeches, que erizaban y estremecían hasta el alma y hacían contraer la nariz para toda la vida. El famoso aceite de ricino, espeso, apestoso, asqueroso. "Los niños lloran por castoria." No, los niños lloran por causa de la castoria. Era la panacea de los antiguos, que profesaban aquel espantoso lema: "muchacho cagado, muchacho curado", y que me echó a perder hasta muchos años después, en Berlín, la buena cerveza. Y por último, el purgante que me emocionó en mi juventud con gratas recordaciones, el elegante, exótico, lindo Unyadi Janos...

Campos verdes de Hungría...

En el horizonte se queda atrás la línea suave de las estribaciones carpáticas. La llanura enorme, manchada de rebaños blancos. El Danubio, azul como una cinta de niña, como el cielo de Cuba, recobrado su color poético fuera del hollín y el polvo sucio de las ciudades. El prestigioso, ensoñador traquetear del Orient Express, maleando el encanto bucólico del paisaje y de pronto, como un grito infantil suspendido en el recuerdo, la visión retrospectiva, entre adolorida y risueña, de las alegres comilonas pascuales seguidas de despertar angustioso...

Se levantó en el paisaje húngaro, tan lejos de la isla amada, del hogar añorado, un letrero inmenso que abarcó más de veinte años atrás: *Unyadi Janos*, devolviéndome mi infancia criolla desde los colorines de una valla anunciadora en tierras de los magyares. En el cielo de Hungría, sobre los rebaños, sobre los pastores envueltos en pieles de carnero, delante del tren que llevaba a Constantinopla, se puso a flotar en el aire, con el dulce balanceo del recuerdo, el botiquín de mi madre.

En la segunda tabla se hallaban los polvos medicinales y las pomadas. Bicarbonato, ácido bórico, alumbre y... blanco de España... Bloquecitos de alcanfor, que metido en una bolsita y colgado del cuello de las niñas o puesto en los bolsillos de los varones, levantaba alrededor de ellos una muralla mágica que no

había epidemia capaz de escalarla. Sebo de carnero en barritas, para las inflamaciones musculares. Enjundia de gallina, frita con orégano y laurel, que bien caliente curaba la ronquera, la bronquitis y los dolores de garganta. Manteca de cacao, para las peladuras y las grietas de los labios y que, cortada en trocitos alargados, constituía algo necesario para los chiquiticos. Flor de adormidera, para adormecer los intestinos desvelados por los purgantes asesinos. Pomada de belladona, para calmar, con buenas fricciones, los retorcijones que la maravillosa castoria producía. Jabón legítimo de Castilla, para lavar las largas cabelleras. Almidón tostado, para aliviar en los muslitos gordos las consecuencias de tanto encaje y tanta tira bordada almidonada. Afrecho, que puesto en una muñequita de hilo, hacía un baño insuperable para la belleza de la piel. Bálsamo bengué, para los dolores reumáticos. Cascarilla legítima de huevo, para conservar la tersura y la blancura de la piel. Mentol en cristales, que diluido en alcohol, aliviaba los dolores de cabeza más rebeldes.

Y en la última tabla, lo que más fe inspiraba. La magia de las yerbas; bejuco ubí, para asma y catarros; poleo blanco, para los enfriamientos del pecho, y canela legítima de Ceilán para los enfriamientos del vientre; anís, para hacer expulsar los gases atravesados; hojas de salvia y de yantén, para los dolores de muelas; hojas de nogal, para ennegrecer el pelo; granadas secas, para sujetar la caída del cabello; raíz de altea, para desinflamar los intestinos; tilo y manzanilla, traídos directamente de España, para los nervios y las malas digestiones; borraja, para las fiebres, por si eran eruptivas; semillitas de linaza y de mostaza, para hacer verdaderas cataplasmas y genuinos sinapismos; vainilla en vainas, para hervir en la leche de los ponches, que se preparaban con una yema de huevo y una buena cucharada de coñac y azúcar candi. Hasta recuerdo una tuna espinosa, que se tostaba y se aplastaba y se aplicaba en el vientre para curar las indigestiones.

Se pierde en mi memoria todo aquel herbario curativo, pero bien recuerdo el respeto con que era recibido cualquier remedio botánico y cómo enseguida encontraba acomodo en el botiquín y fraternizaba con el perejil, que mezclado con alcohol, curaba el reuma y con el azúcar candi, que servía de remedio hasta para la amargura de las injusticias.

El botiquín de mi madre presidió nuestra infancia, y yo no podría decir si salí gorda, fuerte, saludable, resistente y optimista

del vientre sonrosado de María Chaple, o de entre las hojas de su botiquín.

CAPÍTULO NOVENO

MI padre no creía en el capital. Lo que más le interesaba en la vida era el trabajo. Nos enseñó a apreciar a un hombre por lo que hacía, no por lo que tenía. “Cuando yo me muera, les dejaré una buena sombra, la sombra de un hombre trabajador y honrado, pero nada más. Yo no les dejaré dinero.” En lo que sí creía era en darse y en darnos buena vida y en proporcionársela a todos los que lo rodeaban. Pero, desde luego, esa buena vida estaba condicionada por las costumbres de la época y el medio ambiente en que se desarrollaba. La vida de familia, hasta bien entrado el siglo xx, no fue más que la continuación de la vida colonial en todos sus aspectos. Las cubanas querían tener una dotación bien provista; las ricas se rodeaban de un número inverosímil de criados; las pobres soñaban con encontrar un marido que les pusiera criada de mano y cocinera. El sillón, el abanico y la bata seguían vigentes en la mujer. Había un cabeza de familia, hombre, sobre el que pesaba entera la parte económica y la responsabilidad moral; una esposa obediente, que acataba sin chistar las decisiones del marido, o del hermano, o del hijo mayor, a falta de aquél; y unos hijos que encontraban muy natural que el padre los mantuviera eternamente. Todavía privaba en la familia cubana la creencia arraigada de que las mujeres no debían salir a la calle a trabajar, ni a estudiar después de aprobada la enseñanza primaria, y de que el hombre que permitía que sus parientes femeninos se buscaran la vida, era hombre deshonorado. Así, mi padre

mantenía a la viuda de un hermano y a sus hijos, a su hermana Emigdia, viuda, con una hija; ayudaba en gran parte a mantener la casa de su hija mayor, ya casada, y contribuía generosamente a los gastos de la casa de mi abuelita materna, amén de numerosos parientes en Cárdenas.

La organización del trabajo doméstico en la República se basaba en la esclavitud. Los sueldos eran irrisorios. El promedio, hablo de las casas ricas, era de 3 centenes una sirvienta, y lo mismo una manejadora, 4 o 5 centenes un criado hombre, 6 una cocinera o un cochero, 3 un jardinero, un caballericero, un pinche de cocina, o un criado de "afuera". Una cocinera repostera ganaba hasta 8 y un maestro cocinero llegaba hasta los 10 centenes oro. Las crianderas, cuando eran buenas vacas lecheras ganaban igual que un maestro cocinero. Desde luego, había casa en que las sirvientas no ganaban arriba de 2 centenes y hasta menos, y otras donde el maestro cocinero o la criandera llegaban hasta los 20 centenes. Pero yo me refiero no a la casa del ricacho ni del pobre, sino a las casas de gente simplemente acomodada.

Ahora bien, en todas las casas, sin excepción, todo ese personal trabajaba desde las seis de la mañana hasta las tantas de la noche. Mi casa era una de las muy pocas en que se les daba descanso al mediodía y a las ocho de la noche ya estaban libres. Sin embargo, en mi casa también se daba salida una vez cada quince días. Para quedarse a dormir fuera, dos o tres veces por semana, tenían que justificar estar casados.

El número de sirvientes era fantástico. En casa había una gobernanta francesa, una bordadora repasadora, dos criadas de mano, tres manejadoras (Irene y después Herminia, de Eugenio; Genoveva, de Sarah, y Belén, la mía, después que murió Nana), un maestro cocinero, un pinche de cocina, un jardinero, dos cocheros, un caballericero, un criado de mano, un criado de afuera. Y esto era general.

Los cocineros tenían para nosotros una importancia enorme. Nos gustaba comer sabroso; y mamá no colocaba más que cocineros de primera. A Prudencio, hecho en París con Marta Abreu, se lo pedía don Tomás a papá para los banquetes de Palacio. Y aquellos banquetes eran modestos por la sencillez con que se ofrecían, pero las mejores comidas que se han confeccionado en el Palacio Presidencial de Cuba, fueron las de la primera época republicana; sin embargo, el despilfarro era desconocido. Se cui-

daban los dineros del Estado como si fueran ahorros propios. Don Tomás y Genoveva se reunían con Prudencio y se sentaban los tres tranquilamente a combinar el menú y calcular los gastos. La comida debía alcanzar bien, pero no sobrar; y a Prudencio, además de la satisfacción que le producía el trato cariñoso y llano de Genoveva y don Tomás, y el orgullo de cocinar para su primer Presidente, se le regalaba una onza de oro. Se vivía en la época en que un político, cualquiera, se hubiera muerto de vergüenza si le hubieran sacado a la cara que usaba los carruajes oficiales para pasear a su familia y peor aún que la querida se la mantenía la República. Todavía nadie soñaba con las casas con piscinas y los edificios de apartamentos; como ningún senador ni representante dejaba de asistir a una sesión del Congreso, ni había abogado que se atreviera a mantener un bufete abierto mientras desempeñaba un cargo público.

He aquí el menú del banquete que don Tomás ofreció al Cuerpo Diplomático el día 5 de enero de 1905:

Potage: *Crème d'Argenteuil*.

Hors d'oeuvres: *Orly d'huitres — Tartelettes de chevreuses au foie gras — Caisses d'escalops de perdreaux*.

Relevés: *Boudin de merlan a la sauce Ravigotte — Chaud-froid de galantine de cailles, bordure de gelée*.

Entrées: *Filet, sauce Valois — Punch Diplomates — Dinde truffée, sauce Périgueux*.

Salade.

Desert: *Pomme glacée a l'apricot et a la pistache — Gateaux assortis*.

Café — Liqueurs.

Vins: *Sauternes — Rudesheimer Berg — Chateau Iquen — Chambertin — Champagne Louis Roederer*.

El periódico *La Discusión*, publicó la siguiente nota:

"Jueves 5 de enero de 1905.

Ecos de Palacio. El banquete.

Para la celebración del banquete diplomático que tendrá efecto esta noche en Palacio, se están haciendo todos los preparativos desde las primeras horas de la noche de hoy. El señor Presidente ha confiado al oficial de la presidencia, señor Mariano Moya, la dirección de todo lo relacionado con dicho banquete.

La mesa será adornada con profusión de flores.

He aquí el orden en que se sentarán los comensales:

Centro del ala derecha: señor Presidente de la República. Derecha del señor Presidente: Señora de Squiers, ministro americano; señor Luis Estévez y Romero, vice-Presidente de la República; señora López Muñoz; señor Carlos E. Ortiz; señora de Méndez Capote; el Conde d'Arlot; señora de Hevia; señor García Montes; señor Carlos Zaldo; señor Ricardo Dolz; señor Luis Mestre.

Izquierda del señor Presidente: señora de Garden; señora de Dolz; señor López Muñoz; señora de Terry; oficial francés; señor Manuel Luciano Díaz; señor Longrés; señor Hevia.

Centro del ala izquierda: señora Genoveva Guardiola de Estrada Palma. Derecha de la señora Guardiola: Mr. Squiers; señor Garden; señora de Díaz; señor Magloire; señor Hernández Barreiro; comandante del barco francés; señor Leopoldo Cancio; señora de Rodríguez; señor Sleeper; ayudante francés; capitán C. M. Poey. Izquierda de la señora Guardiola: señor Almirante; señora de Estévez; señor Hintze; señora de Cancio; señor P. Román; doctor Domingo Méndez Capote; comandante alemán; doctor Sánchez de Bustamante; doctor Terry; señor A. Rodríguez, señor Belt."

La Discusión publica otra nota no menos ingenua y pintoresca, que refleja, mejor que todos los relatos, el tono de la época:

"Viernes 6 de enero de 1905.

En números anteriores anticipamos todos los detalles relacionados con el banquete diplomático.

El banquete.

Sólo nos resta consignar que anoche se llevó a cabo con brillante éxito.

De los invitados cuyos nombres ya conocen nuestros lectores, solamente faltó el señor Zaldo, que se vio privado de asistir por justificado motivo.

Frente a Palacio se agrupó anoche gran número de personas, con el deseo de presenciar el desfile de invitados y escuchar la música.

He aquí el programa ejecutado por la Banda Municipal, del cual facilitó una nota el Maestro Tomás.

1. Obertura "Si yo fuera rey" de Adams.
2. Babillage: Gillet.

3. Melodía en fa: Rubinstein.
4. Luces y sombras: Keiser.
5. Simple aveu: Gillet.
6. Cuán bella eres: Nevada.
7. Suite: Baños de mar: Minska.
8. Sueño de amor: Czibulka.
9. Marcha de gladiadores: Funck."

La sociedad cubana de mi infancia era de formación europea. Lo norteamericano era entonces despreciado por bárbaro y de inferior calidad. Los vinos eran franceses, alemanes, italianos. Las conservas españolas, francesas o italianas. Las galleticas, inglesas, y así todo lo demás. Los mejores cocineros eran formados en la escuela francesa, directamente, como Prudencio, o bien alumnos de otros maestros de fama que habían aprendido en París.

Después de Prudencio tuvimos a Miguel. Era un mulato oscuro, gordo y sabrosón, que abría el apetito con sólo mirarlo moverse frente a sus fogones. Le gustaba, por encima de todo en el mundo, comerse su propia comida hecha por él. Le retozaba la alegría en la cara ancha y bondadosa, cuando estaba confeccionando algo especial para sorprender a su "capataz". Se movía en la cocina como un general en campaña y nunca le parecía que trabajaba demasiado ni que su arte le llevaba demasiado tiempo.

Cuando nos íbamos para Varadero, Miguel formaba él solo una caravana con sus baúles mundo, de tapa en forma de cúpula reforzada con aros de metal, repletos de comestibles y sus cajones de madera rebosantes de cacharros. Tenía siempre pinches españoles, porque decía que "eran más mansitos."

Le sucedió Eduardo, un negro congo, feo, agrio, zoquete, mal genioso, a quien sólo la bondad clara de nuestro ambiente pudo domar. ¡Pero qué biscuit glacé! ¡qué Charlotas rusas! ¡qué flanes de piña, hacía aquel demonio! Me daba consejos culinarios, en su media lengua, porque era bozalón:

—Mira niña, en la cocina francesa lo huevo no tié tarifa.

Y luego vino Faustino Labarrete, que fue entre todos los cocineros, el que más influencia ejerció en mi infancia.

Con Faustino aprendí a cocinar. Y junto a él, usándola los dos,

reuní una biblioteca de cocina abundante y valiosa. Entre mis mejores libros estaba el de Jules Gouffet, cocinero del Jockey Club de París, verdadera biblia de la cocina. Pues un buen día, mi Jules Gouffet, en el que nos estábamos Faustino y yo las horas estudiando, se me perdió. Revolvimos juntos toda la casa. Indagamos, buscamos, rebuscamos. Nada. Al fin tuve que darlo por perdido. A cada rato comentábamos el maestro y yo la desaparición misteriosa y lamentábamos vernos privados de esa joya del arte culinario. Pues al cabo de muchos años, un día me presta lo que él consideraba lo mejor que había en su clase, el segundo cocinero de Lily Hidalgo de Conill y el libro, de Jules Gouffet, tenía, debajo de mi firma de niña, una dedicatoria de Faustino Labarrete al primer cocinero de Lily con la fecha de la famosa desaparición del libro. Y ese cocinero se lo había vendido en ocho pesos a su segundo. ¡Pensar que Faustino pudo pasar más de 20 años luchando conmigo, compitiendo conmigo, como dos amigos compiten en el campo deportivo, aceptando mi ingenuo cariño, con aquella sucia traición en su conciencia!

—Mire, Faustino. Yo cocino tan bien, que para usted es un honor competir conmigo.

—Niña, no diga eso. En la cocina usted es coroné, pero yo soy generá.

—Bueno, pero en la próxima batalla usted se queda en general y yo salgo mayor general.

—Renecita, repéteme. Que usted es un niñita y yo llevo muchos años dedicados a mi arte.

Y discutíamos los fondos de salsa, la densidad del consomé, la temperatura del horno, el tono de los dorados, en la conversación profunda y enterada, de dos maestros cocineros. Y cuando la chiquita majadera que había en mí despertaba y le comía las florecitas de remolacha y zanahoria, los huevos duros y las puntas de espárragos, las hojitas de pepino y los moldecitos que preparaba para los "petis bouchés", o cuando no lo dejaba dormir su siesta sentado en un sillón en la carbonera, que era grande y tenía dos ventanas, porque constantemente me asomaba por la ventana a ver si ya se había despertado, se asomaba a la escalera de servicio y gritaba:

—¡Señora María, llame a la niña, que no la puedo aguantar más!

Y luego me miraba y me decía: "Bueno, niña. Pídame per-

dón." Y volvíamos a ser compañeros cocineros y buenos amigos. No me gusta ni pensar en su traición. Es la que más me ha dolido entre muchas traiciones.

Hay varias personas de la servidumbre de aquellos años, que dejaron huella en mi recuerdo: Gabriela, la bordadora repasadora; Miguel, el cochero, y Santillana, criado de comedor que era dulcero; Eugenio, el caballericero, y Juan Martínez, futuro tenor.

Gabriela era maravillosa. Catalana, de apellido alemán, exquisitamente bien educada, limpia, bella con esa belleza del espíritu más linda que la belleza física. Estuvo en casa durante muchos años para repasar la ropa blanca y bordarla y confeccionar junto con mamá unos calzoncillos largos de hilo, con peto de piqué, que usó mi padre hasta que un día se apareció con calzoncillos cortos, que fueron una terrible desilusión para mamá y Gabriela.

Era la narradora de cuentos más notable que ha existido jamás. Conocía todas las literaturas. Sabía cuentos árabes, franceses, escandinavos, rusos, españoles. Nos paseó por todos los países. Con ella recorrimos las selvas tórridas y las estepas heladas, los fiordos iluminados con el pálido sol de medianoche y nos familiarizamos con las fatas asturianas y los gnomos irlandeses y los duendes y las hadas. Era tan buena que en su casa por las noches, se leía los libros que le pedía a mi padre para poder hacernos cuentos instructivos, además de entretenidos. Usaba todos los temas. Por ella conocimos las cruzadas, las conquistas de México y del Perú, los horrores de la Inquisición y los tipos del romancero. Pero los cuentos más bellos eran los que inventaba ella. Nos reveló la poesía de las aldeas de pescadores del Levante, la malicia de los aldeanos gallegos, la vida sencilla de los buenos curas de aldea y de los médicos rurales. Nos hizo gozar las Navidades en el Madrid de fines del siglo XIX, con los niños cantando villancicos y tocando la zambomba, y la alegría de las romerías y las siegas. Componía cuentos preciosos valiéndose de nosotros mismos, de nuestros amiguitos, de la vida diaria y de los sucesos relevantes de la historia. Nos estábamos las horas tranquilos, pendientes de sus labios, olvidados de la atracción de las rocas y las malezas, del litoral y la loma, transportados por la fantasía, deslumbrados por todo aquel mundo que se abría ante nosotros.

Una vez le preguntamos:

—Gabriela, ¿qué cosa es monarquía?

Gabriela se quitó los espejuelos de cristales redondos y pequeños, con aro de oro, acomodó su humanidad oronda en la sillita baja en que cosía, recogió, como una gallina que va a poner, el nido de ropa blanca que la rodeaba. Nos miró un rato y nos dijo:

—Monarquía... Es una manera que han inventado hace ya demasiado tiempo, para que una familia se crea superior a un grupo de familias que a su vez se creen superiores a muchos otros grupos, y todos ellos vivan de los demás.

Nosotros nos indignamos. Papá nos había dicho que los hombres que no trabajaban no valían nada y no tenían derecho a nada. Pero Sarah insistió: “Pero, Gabriela. Tú has visto palacios, cuéntanos cómo son. ¿Cómo viven los reyes? ¿Qué comen? ¿Cómo se visten?”

La contestación de Gabriela la voy a reproducir exactamente.

—Los reyes son distintos a todo el mundo. Son muy finos, tan finos, que para ciertos menesteres, que no han conseguido hacer de manera distinta a los demás, no usan papel sanitario, sino servilletas del más fino encaje.

Nos quedamos espantados.

—Pero, Gabriela... entonces... bueno...

—Sí, sí. Pero son reyes...

Miguel era gallego. A nosotras las niñas nos mantenían alejadas de las caballerizas y de la servidumbre masculina; el cocinero y el cochero eran, sin embargo, el lazo de unión entre dos mundos.

Miguel manejaba nuestro amplio y viejo familiar en el que cabían como diez niños y se enganchaba a un caballo manso que se llamaba El Grande. A Miguel le tocó sufrir con nosotros el dolor de las caballerizas vacías, de la partida de todos los caballos, para ver entrar en lugar de El Potro, Mendoza, El Pájaro... un Cadillac colorado, de siete pasajeros, que nos pareció frío, sin vida, sin interés, a pesar de sus niquelados y su ronca bocina con pera de goma y los tubos dorados.

A Miguel y a nosotros nos gustaban las pieles brillosas, el piafar impaciente, las crines al viento, el resonar de los cascos y el restallar del látigo en el aire, sin tocar jamás un noble lomo. Nos gustaba el olor del afrecho, del pienso mezclado, de la maloja fresca, el limpiar los caballos con raqueta y cepillo, el bañarlos con manguera y la visita misteriosa del veterinario, doctor Cabrera.

Qué diferencia entre la voz alegre: “Miguel ¡engancha la pareja!” y la que la sustituyó, pidiendo “que sacara”. La primera, seguida de toda una fanfarria vigorosa de movimientos y voces, de patas impacientes, de colas que batían el aire, de crines orgullosas en la cabeza erguida y ese otro ruido como de latería que se derrumba.

La velocidad del automóvil era mentira. Se les permitía correr “a la velocidad de un caballo de andadura”. Cómo iba a compararse con la embriaguez de poner los caballos en las cuatro patas, nosotros de pie en el coche, agarrados al pescante donde Miguel hacía ondear la capa verde de su librea y gritando excitadísimo:

—¡Más aprisa, Miguel! ¡Más aprisa! ¡Desbócalos, Miguel!

Era como la carrera de carros en el circo romano. Qué iba a resistir la comparación con la marcha apestosa, ruidosa, de un artefacto mecánico que obedecía ciego al hombre y que en lugar de dominarse por unas riendas tersas a cuyos extremos había animales llenos de fuerza y de impulso, se paraba pisando una cosita y halando con la mano una palanca. ¿Cómo iba a compararse la vida con la muerte? ¿Cómo iba lo mecánico a sustituir la belleza animal que podía sorprender azorándose o parándose en dos patas, o todavía mucho mejor, desbocándose? Y la alegría comunicativa de que se sentían poseídos cuando presentían el pesebre cerca, y ya desde “el crucero” cogían la calle 17 con un ansia tremenda...

Santillana era un muchacho fino, joven, delgado. Se había colocado recién llegado de España para orientarse. La víspera del santo del erudito se pasaba la noche entera haciéndole un crocante de almendras, que adornaba con huevos hilados, como los de las dulcerías. Cuando salió de casa abrió una vidriera de dulces en el café La Diana y cada vez que Eugenio mi hermano iba a La Habana, se llegaba a hacerle una visita y volvía a casa cargado de pasteles.

Eugenio el flautista era un mulatico educado, bonito. Desempeñó el oficio de caballero, primero, y de limpiador de automóviles, después. Se estaba las horas en la cochera estudiando

su flauta y vivía extasiado del lugar cada vez más importante que la música tomaba en nuestra casa. Mamá le convirtió en realidad su sueño de una flauta de madera. Las primeras veces que en Cuba se ejecutó La Bella Cubana, de White, fue en mi casa en una fiesta de mi cumpleaños. María Escobar, argelina, profesora de mandolina, que tenía una academia de música cerca de la calle Peña Pobre dirigió el conjunto que interpretó la obra de White y del que formábamos parte nosotros, naturalmente. La Bella Cubana gustó extraordinariamente.

Juan Martínez, futuro tenor, era un gallego flaco, rematadamente chiflado. Era criado de comedor y por las mañanas le caía a Gabriela para que le sirviera de Aida, o de Carmen o de Floria Tosca. Iba a buscarla al cuarto de costura y le suplicaba:

—Señora Gabriela, hágame el favor. Venga a sentarse un momentico en la silla. Yo puedo cantar sin nadie pero no es lo mismo.

Nosotros lo estimulábamos en su afán de conquistar a Gabriela para el ensayo porque era un espectáculo fantástico ver a aquel gallego, flaco, rubio, encendido en el fuego divino del arte, con su plumero y su paño de limpiar, dando vueltas alrededor de la silla donde se sentaba Gabriela y cantando con la voz más mala y más desafinada el Celeste Aida, o el aria de Cavaradosi o la de don José. Cantaba en italiano y jamás entendió una palabra. Decía “Micaela la borracha”, en lugar de “Mi cadea fra le braccia.” Un grupo de diablillos, encabezados por Edwin Tolón, le organizaron un beneficio en el cine Gris, cuando mamá, alarmada por los límites a donde llegaba ya la locura artística de Juan Martínez, lo despidió, lamentándolo, porque por lo demás era una bellísima persona. En el beneficio los organizadores no dejaron que cantara y él se defendía desesperadamente aduciendo que cómo era posible que en el beneficio de un tenor éste no cantara. Pero Edwin lo convenció recordándole que él era un futuro tenor, que ya cantaría en el futuro. Con el dinerito que le dejó la función, Juan se compró un smoking y mandó a imprimir unas tarjetas de visita que decían:

“Juan Martínez, futuro tenor”

Y envueltos en el mundo de mi infancia, donde todos los personajes tienen la misma categoría entrañable una vez admitidos en él, se me aparecen Lola Rodríguez de Tió y Manuel Sanguily. Lola Tió era una mujer muy avanzada para su época. Llevaba el pelo cortado como un hombre, desde que era jovencita y en un acto de rebelión inaudito se lo había cortado, pero le gustaban los aretes y las flores artificiales y los vestidos de colores claros. Fue la primera literata con que me topé. Gran amiga de Cuba y de su independencia, mantuvo estrecha amistad con mis padres. Escribió mucho, yo hoy no diría que mucho y bueno, pero de ella son esos versos que dicen:

*Cuba y Puerto Rico son
de un pájaro las dos alas;
reciben flores y balas
sobre el mismo corazón.*

Yo no sé si son buenos, para mí lo son, porque los oí en la infancia y me produjeron emoción.

Lola me quería mucho. Cuando yo la recuerdo, ya Bonocio Tió había muerto y ella y Patria vivían en una casona de la calle Aguiar. Patria estaba casada con Fernando Sánchez de Fuentes. Ellos mantenían “un salón”, es decir, recibían periódicamente gente interesante. Allí se practicaba la hospitalidad más gentil. Se discutía de todo. Se hacía música. Yo fui muchas tardes y permanecí sentadita, muy quieta, observando a mucha gente grande que hablaba y hablaba. Una tarde un muchachito alto, delgado, vestido con saquito y pantalón oscuros y botas negras y medias largas, unos dos años mayor que yo, tocó el piano. Tocaba con mucha inspiración y me impresionó tanto, que cuando llegué a casa escribí por primera vez en mi vida. Lo que salió se llamó “Las manos de Ernesto Lecuona” y cayó en manos de mi hermano mayor. Las burlas y el choteo hubieran acabado con una vocación menos fuerte, pero yo nací obstinada y ya la opinión ajena empujaba a importarme un comino. Después de las manos de Er-

nesto Lecuona empecé a sentir la necesidad de poner mis pensamientos y mis sensaciones por escrito y empecé a soñar con ser una escritora.

Mi primer contacto directo con el mundo intelectual se efectuó en casa de Lola Tió. Ella llamaba a mi madre y le pedía que le mandara a Renée a pasar el día. Yo me vestía a la carrera, contenta, llena de ilusión, estimulada en lo mejor de mi ambición; cogía el coche con Mademoiselle que me dejaba en la puerta de la calle Aguiar y yo subía corriendo la gran escalera de madera, para llegar cuanto antes junto a mi amiga, que me esperaba apoyada en su bastón y vestida con su larga bata criolla con una gran moña de cinta, que contrastaba extrañamente con su fea cabeza pelona. Lola era francamente fea, pero era inteligente y sensible y de un entusiasmo por la vida que la llevó a los setenta años a ingresar en preparatoria de piano en la Academia de Luisa Chartrand, donde fue compañerita mía y tocamos a cuatro manos en los recitales de las chiquiticas.

Almorzábamos en una mesa sencilla y bien servida, con Patria y Fernando, y después pasábamos al cuarto de Lola, que era una estancia inolvidable. Pintada de azul claro, con una cama de muchachita, de hierro blanco, una mesa-escritorio repleta de cartas recibidas y por contestar, un sillón tan cómodo como una hamaca, con su escabel, y muchos retratos en la paredes. A la cabecera de la cama su gran cuadro del Corazón de Jesús. Las puertas del cuarto de Lola tenían medios puntos de colores y mamparas con escenas bíblicas.

Ella me leía cartas, versos, oraciones que componía con mucho amor, y, lo mejor de todo, me dejaba poner en orden sus papeles.

A eso de las cuatro llegaban las visitas íntimas. La visita que mejor recuerdo es Manuel Sanguily: melena blanca al viento, mostachos de mosquetero, cuerpo enjuto y arrogante, actitud combativa, aquel viejo tenía una viril y simpática figura.

Nos trasladábamos a la sala amplia, penumbrosa, fresca, con varios estrados, piano de cola y altas ventanas con persianas y los fascinantes medios puntos de colores.

Lola y Sanguily siempre estaban enzarzados en alguna discusión. Ella sentada en una mecedera y él paseándose de un lado para otro. De mí se olvidaban siempre y yo permanecía en un rincón, sentada en una comadrita, siguiendo con ojos asombrados y un poco enamorados a aquel hombre rebelde, sincero y entusiasta que discutía con tanto ardor.

Estaban de acuerdo; discutían por puro amor a la polémica. El caballo de batalla de Lola, su pasión, era la libertad de Puerto Rico. Hablaba con profunda emoción de su "desgraciada isla" y Sanguily venía y le ponía la mano en el hombro. Los dos se callaban, hasta que enseguida uno de ellos tocaba cualquier tema, política, filosofía, religión y volvían a empezar los paseos y las voces. Ella algunas veces no encontraba momento para decir algo e interrumpía. Sanguily, molesto porque le cortaba el hilo de su pensamiento, le gritaba: "¡Cállese! ¡Ya usted habló bastante! ¡Ahora me toca a mí!" Se reían y seguía el debate apasionado entre dos individuos que pensaban lo mismo, pero que adoraban la lucha.

Una tarde hablaron de las personas distraídas. Contaron anécdotas de distracciones famosas y Sanguily dijo: "Las mujeres no deben ser distraídas." Lola se echó a reír y los dos me miraron; yo me reí también y pensé que tenían razón. Cuando llegué a casa me dí cuenta de que en el embullo de ir a casa de Lola me había puesto en cada pie medias y zapatos diferentes.

Otra vez Lola me preguntó de repente:

—A ver, Renée, ¿qué te parece a ti Manuel Sanguily?

Y yo contesté con absoluta convicción:

—Es muy bonito, Lola. Muy buen mozo.

Y el gran viejo vino, me puso la mano en la cabeza y dijo con no menor candidez que yo:

—Esta niña va a ser muy inteligente.

CAPÍTULO DÉCIMO

El primer automóvil que yo monté, era un Mercedes colorado de la propiedad de don Emeterio Zorrilla, presidente de la Compañía del Gas.

Aquel auto parecía una casa, una casa que roncara y gritara y se estremeciera. Era altísimo y tenía las ruedas muy chiquitas, como un hombrón de piernas cortas, y poseía una bocina con un tubo dorado que daba una vuelta y terminaba en una flor abierta, y una gran pera de goma. Sonaba: ¡Jon-kon-kon!

Hubo gran revuelo en casa la primera vez que Zorrilla mandó el auto para que mamá diera una vuelta. Junto con el automóvil venía una colección de guardapolvos de tela cruda. Mamá y las niñas sacamos nuestras gasas verdes y nos las pusimos, anudadas por encima de los sombreros. Mis hermanos se pusieron sus gorras de visera y sus espejuelos y, uniformados todos, nos encaramamos muy emocionados. El vehículo primero se resistió, después empezó a temblar, luego saltó, chilló, crujió, resopló, explotó y por fin arrancó.

Llevábamos una velocidad fantástica, teniendo en cuenta que no tiraba de nosotros ningún caballo y mamá y las niñas íbamos de lo más asustadas. Para demostrarnos la potencia del motor, nos llevaron a la orilla del río Almendares a subir una lomita que casi ni es lomita. Al llegar allí, nos encontramos con uno de tantos rebaños de vacas lecheras que se paseaban por el Vedado. Les tocamos la bocina, pero las vacas en lugar de apartarse, se acercaron

a curiosear. Mamá se puso a darles golpecitos en los cuernos con el abanico y nosotros gritábamos: “¡Vete, vaca, vete!” y las vacas siguieron tan tranquilas, volviéndonos la espalda para demostrar que el progreso no les interesaba.

El “chauffeur” había estado todo el tiempo hablando de velocidades, de primera, de segunda, de tercera y hasta creo que de cuarta, de kilometraje, de bencina y hasta de esencia, toda una orgía de palabras nuevas que mis hermanos varones se bebían materialmente, pero al auto le pasaba lo mismo que a las vacas, una vez vencidas las primeras curiosidades no se daba por enterado. Se detuvo en medio del ganado, al comienzo de la cuestecita y no quiso dar un paso más. El mecánico se bajó y volvió a darle cuerda. Volvió el artefacto a resoplar, a quejarse, a bailar y a explotar y de pronto hizo una cosa que nadie se esperaba: se puso a ir para atrás, parece que no entendió que la cosa era subir la loma y se puso a bajarla reculando. Mamá y las niñas empezamos a gritar: “¡Pare, pare! ¡Por favor!” Detuvieron el auto tirando desesperadamente de una palanca y el conductor, un poco avergonzado, declaró que era necesario que nos bajáramos, porque con tanto peso no podía subir. Tuvimos que apearnos y de ese modo, vacío de toda carga, se decidió a seguir adelante trabajosamente. Detrás fuimos mamá y nosotros cuatro, enredados en los guardapolvos, los velos y las vacas, jadeantes de admiración y de miedo, llenos de respeto y desconfianza, no fuera a ser que a pesar de estar vacío la emprendiera para abajo otra vez. Asustados, pero saturados de asombro ante el progreso, que echaba un humo negro y se debatía y se tambaleaba escandalosamente cuestecita arriba.

En la sobremesa de esa noche, los muchachos rodearon la mesa de los grandes entonando un himno al motor y al futuro. Papá oía complacido, pero mamá declaró que en los días de su vida había pasado un susto igual y que no cambiaba su “milord” y su pareja de caballos, por todos los Mercedes del mundo.

Un día le pregunté a mi padre:

—Papá, ¿qué son los cinco sentidos? —y me contestó:

—Cinco ventanitas que te ha dado la naturaleza para asomarte al mundo.

Y por dos de mis ventanitas entré en el mundo del cinematógrafo. Primero fue la linterna mágica. Juguete formidable de mi infancia que puedo definir como un olor, un olor gratísimo, adormecedor y al mismo tiempo espoleador de la curiosidad, despertador de la fantasía.

Teníamos una buena linterna, grande, clara y una colección de vistas fijas en colores: animales, plantas, paisajes, cuadros famosos, monumentos, países, ríos, mares, barcos, personajes, que constituían verdaderos viajes a un país maravilloso. Papá dirigía la función, explicando del modo más ameno las vistas que iba pasando y con una complacencia sin límites repetía las explicaciones que no entendíamos y dejaba largo tiempo las vistas preferidas hasta que nos hartábamos de contemplarlas.

El Foro romano se ha quedado demorado y se le sobrepone una ranita muy verde y una mariposa que explicaba la metamorfosis y una colección de trajes típicos de todas las partes del mundo.

Yo me pregunto qué hubiera sido nuestra infancia sin mi padre. De él parten todas las emociones, todos los recuerdos, todos los conocimientos. En él tiene su base esta aceptación de la adversidad, esta autodisciplina que me ha permitido tantas veces seguir adelante. Mi filosofía estoica tiene su raíz en aquella paternidad cabal y tiernísima. Mi sibaritismo también parte de aquella naturaleza entusiasta y ardiente.

Las proyecciones se efectuaban en el comedor, un salón enorme, con seis puertas ventanas que daban dos a la calle B y cuatro al balcón sobre el patio. Estaba amueblado con unos grandes muebles de caoba y la mesa apropiada para una larga familia que gustaba de tener invitados. Había veinticuatro sillas, tapizados los asientos con cuero carmelita, y las ventanas tenían cristales blancos y rojos. Una gran lámpara y cuatro sillones de caoba y rejilla completaban la elegancia severa de este típico comedor de principios de siglo, que cuatro naturalezas muertas desastrosas y unas cerámicas con patos y guineas muertos, no lograban echar a perder. El único valor de esos cuadros que mi padre adoraba, es que representan frutas cubanas y tienen grandes marcos de madera barnizada.

Las noches de proyecciones, se corría la mesa para la calle B

y colocábamos las sillas como en una platea. Se proyectaba primero sencillamente sobre la pared estucada de crema y después se compró un telón de lona montado en hierros. Se apagaban todas las lámparas de gas y empezaba a subir como un incienso el deleitoso olor a linterna mágica.

Un día papá trajo una sorpresa que acabaría por dar al traste con nuestra linterna: un cinematógrafo portátil. Uno de los primeros que llegó a La Habana. Tenía una sola película que nos pareció el colmo de lo maravilloso. Consistía en dos hombres boxeando. Los movimientos eran bruscos y entrecortados. Las figuritas se movían con rapidez vertiginosa, dando salticos y repitiendo los mismos movimientos, pero se movían y aquello era algo nuevo que abría un horizonte de infinitas posibilidades.

Entonces nos enteramos de que en La Habana había cinematógrafo, pero seguramente no era apropiado para niños, porque mi padre, tan amigo del progreso, tan ansioso por lo nuevo, no nos llevó nunca a verlo.

Los primeros cines que yo recuerdo en el Vedado fueron el cine Vedado, en Calzada y Paseo, y el cine Gris, en Baños entre 17 y 19. El cine Vedado era de categoría, costaba una peseta. Pertenecía al señor Mármol, suegro del doctor Cubas. El público era lo mejor del barrio y el salón estaba siempre muy concurrido. Tenía palcos a ambos lados y en el medio, sin mucho orden, porque el público movía a su antojo las sillas de tijera, la platea. No tenía tertulia. Se abonaban las familias a su palco favorito; nosotros teníamos el número doce. Eran unos corralitos donde estaban encerradas, entre una cerquita de tabloncillo, seis sillas de tijera. Primero sólo funcionaba los sábados y los domingos; luego las noches de función fueron aumentando paulatinamente. Contaba con un piano y un violín y casi sin excepción se tocaban danzones, menos cuando la película era muy romántica y merecía La Valse Bleue, Amoureuse y otros parecidos y si era extremadamente alegre se tocaba el vals de La Viuda Alegre.

En el cine Vedado vi las primeras películas de largo metraje. Eran francesas y se llamaban: *La perla negra*, *Viaje a la luna* y *La pata de cabra*. El recuerdo es confuso; se entremezclan castillos medievales, damas de largos velos y sombreros puntiagudos, pajes de larga melena, caballeros con cota de malla, cruzados, moros, muchachas sentadas en estrellas doradas sobre fondo azul oscuro. Estas películas eran de colores, si no es mi fantasía que les ha dado

color, y me parecieron algo muy bello. Más tarde conocí a Max Linder, vi a la Dama de Monsoreau y al Capitán Scott viajando hacia el polo Sur. Supongo que ése sería uno de los primeros documentales que se hicieron y nos deslumbró completamente. La dama seguramente era impropia para niños, pero a nosotros nos encantó y nos mantuvo desvelados muchas noches, perdidos en un sueño a ojos abiertos, entre damas encerradas y estocadas fatales y caballeros atrevidos y valientes.

Las películas de mi infancia pertenecían solamente a dos géneros. Eran francesas e italianas y en ellas o bien Max Linder y después Camilo del Rizzo hacían toda clase de payasadas y daban más carreras que un galgo, corriendo alrededor de la misma puerta y la gente se tiraba los panqués con merengue a la cara, o bien los apaches mataban a todo el mundo, se morían todas las madres y todos los niños se quedaban huérfanos y todos los maridos se tapaban la cara porque los habían ofendido unas señoras de cuerpo exuberante que caminaban con mucha dificultad, como si estuvieran tullidas. Se comía una las uñas y se metía todos los dedos en la boca y lloraba a grandes jipios, pero le gustaba y no quería perderse los sábados por la noche y la matinée de los domingos, tal vez también porque había que vencer la resistencia de las madres a dejarnos ir al cine.

El cine Gris era de menor categoría que el Vedado. Su público no era escogido y gozaba de una tertulia ruidosa y alegre de la que partían grandes gritos. Tenía palcos a ambos lados, en un entresuelito, palcos que gozaban de una extraña peculiaridad en desacuerdo con su precio, bastante más elevado que la platea que costaba una peseta los grandes y un real los niños: no se veía casi nada desde ellos y lo poco que se podía ver estaba desfigurado en largas figuras escuálidas, pero las señoras ensombreradas y los señores formales preferían siempre, de todas maneras y en todas partes, los palcos. Nosotros sólo íbamos a este cine los domingos por la tarde y de trapillo. Nos parecía que no merecía mejor trato porque un día fuimos toda una banda de muchachos con una prima mayor, que juzgó adecuado llevarnos a dos palcos. Mi prima llevaba puesto un sombrero muy bien surtido: tenía frutas, pájaros, hortalizas, flores, plumas y cintas. Un guasón que estaba en tertulia le orinó el sombrero, llevado seguramente por la buena intención de regarle las hortalizas, pero como la huerta estaba en la cabeza de mi prima, aquello fue calificado de acto vandálico,

causándole a ella una terrible impresión y a nosotros un ataque de risa. No dejamos por ello de seguir yendo al Gris, lo que sí nunca más fuimos a palco.

El cine Gris tenía una pianola y un parlante. En la pianola se tocaban los consabidos danzones y valeses y el parlante era un tipo arrestado que se escondía detrás de la pianola y hacía toda clase de voces, animando el film con monólogos, diálogos y hasta conjunto de voces. En realidad no era sino el precursor del Vitaphone. Cuando había que encender las luces porque llegaba el intermedio, el parlante salía de su anonimato y se paraba en el escenario delante de la pantalla con un cartelito que decía: "Cinco minutos de intermedio para preparar la segunda parte." A veces se demoraba el muchacho que traía el rollo en bicicleta desde el cine Vedado, donde estaban dando la misma película, y el parlante entretenía al auditorio recitando a Don Ramón de Campoamor o trozos escogidos por él de Don Juan Tenorio.

Después surgió en el Vedado el cine Olympic, que ofrecía el encanto de ser al aire libre, cuando no interrumpía la función un aguacero, y gozaba de vuelos de murciélagos y de grandes cucarachas, que hacían correr asustadas a las mujeres. Le costó trabajo imponerse frente a la competencia de sus dos rivales y durante mucho tiempo recuerdo casi como único público, a Carlos de Párraga con sus hijas, a Rius Rivera con las suyas y a Domingo Méndez Capote con sus dos retoños menores. Los varones empezaban a preferir irse a La Habana a cines mejores.

Cuando yo era un poco mayorcita, vino al paseo del Prado, a un solar que estaba en esquina, al costado de donde se hizo después el Teatro de la Comedia, un espectáculo cinematográfico por demás interesante. Era un viejo vagón de ferrocarril, de aquellos de asientos de pajilla, en uno de cuyos extremos habían colocado una pantalla. Se proyectaban películas de viajes, vistas de países, mares, montañas, ríos, islas, selvas. No se vendían más entradas que los asientos que tenía el vagón. La función no era muy larga y se repetía constantemente. Con los tickets se repartía un programa con el itinerario del viaje, y al terminarse cada vez la proyección, se encendían las luces y se vaciaba el vagón. Muchas veces compramos dos y tres tickets, porque nos fascinaba. Los empleados vestían de ferroviarios y el conductor pedía el ticket después que uno se sentaba como en un viaje de verdad. Por el pasillo, entre los asientos, pasaba un vendedor de caramelos y

bombones y agua de chichipó fría, en su botellita que se abría dándole un golpe a la bola de cristal que tenía en la tapa, y que se iba para adentro.

Después que el hotel Miramar dio lugar a la famosa coplilla que decía: "Cuando vayas a La Habana a comer al Miramar, verás los dependientes con bigote y delantal", y que uno de esos bigotes con delantal le hubo volcado toda una bandeja de helados por encima a la mamá de Carmita y Angelina que nos había llevado a las cuatro niñas a merendar, en aquel lugar delicioso, frente al mar, que nació con un ñeque inexplicable, el jardín, que daba a la calle de San Lázaro, se convirtió en cinematógrafo al aire semilibre. Allí se dieron los primeros episodios que apasionaron a los habaneros, mucho antes que naciera Pearl White y los oestes yanquis ocuparan el favor del público. La primera serie que recuerdo se llamaba "La souris grise" y eran las truculentas aventuras de un apache parisiense. Tengo un vago recuerdo de otra serie de algo del muerto, pero no puedo fijarlo en mi memoria.

Al jardín del Miramar siguió el cine Prado, en la acera del Centro de Dependientes. Por entonces dejaron los actores de ser figuritas anónimas y trabé conocimiento con Gabriela Robine, Francesca Bertini y Pina Menichelli; sin embargo, aquellas mujeres estafalarias y aquellos galanes envaselinados y felinos, que apasionaban a las mayores, permanecieron por bastante tiempo para mi interés de niña, en la frontera de lo irreal. Además las películas no eran para nosotras fáciles de entender, era todo demasiado complicado, demasiado alambicado para nuestra comprensión.

El cine norteamericano empezaba a introducirse en el mercado con sus oestes y sus episodios tan distintos. William Hart, Jak Warren Kerrigan eran tipos nuevos, opuestos a los embadurnados galanes europeos. Tipos masculinos, que parecían rectamente sexuales y que habían de imponerse poco a poco en el favor del público, hasta que la locura erótica que despertó en las mujeres Rodolfo Valentino, volvió a despertar el interés por los galanes de mirada intencionada y vaselina en el pelo.

Las mujeres americanas, con la acometividad de Pearl White y una feminidad sin complicaciones, nublarían las rotundidades ofidias de las italianas y la pimienta un poco pasada de las francesas, hasta que los hombres también sufrirían su recaída dejándose turbar por el encanto supersexual de Pola Negri.

El cine, con todo su encanto, no ocupaba en la infancia de mi época el lugar preponderante que tiene en la de hoy. Las películas no presentaban la vastedad de temas, y la complicación de la trama y lo denso del argumento requerían fijar una atención que no era propia de la niñez. Las películas que vi de niña me dejaron, en general, una impresión de cosas trabajosas y me parecieron casi siempre demasiado largas.

En realidad el gran espectáculo infantil de aquellos tiempos, era el circo.

Sólo había una Gran Compañía Ecuestre, la de los Pubillones, que se sucedían en la pista de abuelos a padres, a nietos y a sobrinos. Todos eran iguales. Todos reunían las características esenciales del Rey de la pista ecuestre. Eran altos, fornidos, elegantes dentro del frac bien cortado, sombrero de copa reluciente, flor blanca en el ojal, solitario de brillante en el dedo meñique, la larga fusta restallante en la mano derecha.

El mundo del circo se revestía de un prestigio enorme. La compañía era excelente. Pubillones traía los mejores números de Europa, Asia y África. La presentación era adecuada y lujosa, la banda bien nutrida, los tarugos bien alimentados y con la ropa limpia y bien entallada. El público se engalanaba de buen grado para las funciones circenses, que constituían el punto de reunión de lo más granado de la sociedad. Los domingos iban, invitados por los empresarios, los niños de la Beneficencia y de las escuelas públicas y animaban el teatro con sus exclamaciones. La temporada se daba en el Teatro Tacón. Para mí el vestido de terciopelo que me hacían todos los años estaba íntimamente asociado con el circo, porque era el que llevaba para el estreno y hasta tal punto va unido al recuerdo del circo de mi infancia el terciopelo y las lentejuelas, que cuando veo en las tiendas la tela de pelo suave y el rebrillar de los pedacitos de gelatina coloreada, que no faltaban nunca adornando los trajes de los maromeros, instantáneamente se me presenta Pubillones haciendo restallar su larga fusta antes de empezar a decir con voz que no necesitaba micrófono:

“¡Respetable públicooooo...!”

A nosotros el circo nos abría un mundo de ensueños y am-

biciones. Queríamos de todas maneras descoyuntar a Sarah y caminar en la cuerda floja. Hasta a los chinos que se colgaban de las trenzas y se lanzaban por un carrillo desde el paraíso al escenario, los envidiábamos. Yo, que le tenía respeto a los caballos, y pánico a las fieras, quería ser ecuestre y me enamoraba de los guapos domadores. Soñaba con vivir entre la gente de circo y con igualarme a la Bella Geraldina, imponente en su traje de luces y su sombrero de plumas, montada a la amazona en su percherón, blanco como la nieve, con orejas rosadas y ancas como una mesa. Mamá la admiraba mucho y había dicho: “Es una señora, esta artista.” Y yo pensé que yo bien podía ser otra señora ecuestre en el circo de Pubillones.

Volvíamos de las funciones callados, con los ojos fijos en nada y una sonrisa vaga en los labios. Nos sentábamos a comer en silencio y luego a la cama en la misma actitud hipnótica. Las voces que gritaban alegremente todos los días: “¡La bendición, papá, la bendición, mamá!”, lo musitaban ahora como voces venidas de otro mundo. Y tardábamos en dormirnos, dándole vueltas en la imaginación al ambiente emocionante en que habíamos vivido unas horas en verdad inolvidables.

Al otro día por la mañana, después de la clase de inglés atendida a medias, corríamos la mesa del cuarto de estudio para un lado y poníamos en el suelo “el colchón del circo,” que había estado guardado todo el año. Agarrábamos a la chiquita y le retorciábamos los brazos y las piernas y procurábamos conseguir que pudiera darle vueltas a la cabeza, “como un sejú”.

—¡Cállate! ¡No grites, que no vas a estar descoyuntada nunca!

—Mira Ticticatéirum, si logramos que tú le des la vuelta a la cabeza nos hacemos famosos.

Sarah soportaba estoicamente, hasta que ya no podía resistir más y empezaba a dar unos gritos que atraían a toda la casa, mamá la primera, que corría desalada a rescatar a su microbio.

—¡No seas idiota, Sarita! No te dejes atropellar por tus hermanos.

—Pero yo quiero descoyuntarme y ellos me están ayudando...

—Desnucarte es lo que van a conseguir. ¡Se acabó el circo!

Pero al día siguiente volvíamos a encaramarnos por turno en una soga amarrada de una ventana a la otra y tratando de mantener el equilibrio con una sombrilla abierta en cada mano. Y la tarde que vimos tirarse a un payaso con un paraguas de una escalera

altísima, nos subimos al tejado de las caballerizas y nos tiramos para el suelo cada uno con su paraguas. Solamente, que ignorábamos que el payaso estaba sujeto al techo por alambres invisibles y nosotros realizamos el truco a mano limpia y de una altura suficiente para habernos roto las piernas.

Cuando en el cielo habanero apareció la estrella pálida al principio, de Santos y Artigas, nos indignamos. Nos parecieron impostores, traidores, intrusos. Nos produjo tal indignación el acontecimiento, que no queríamos ni que nos hablaran de la nueva Compañía ecuestre. Pero Leo Hevia encontró una fórmula que solucionó el conflicto, porque siempre era un circo más a donde ir. Llegó un domingo diciendo:

—Eugenio, Renée y Sarah, vístanse pronto, que papá nos va a llevar al pubillón de Santos y Artigas.

Una vez nacieron leoncitos en el circo. Eran tres primores que fueron presentados al público en una bandeja cada uno. Naturalmente, a nosotros nos nació el ansia, la ambición irrefrenable de tener un león.

Precisamente en aquellos días estábamos saturados de africanismo. Acabábamos de leer: "How I found Livingstone" y el "Informe de la Misión Marchand" en busca de las fuentes del Nilo. El continente negro estaba presente con sus peligros, su belleza amarilla y azul y su misterio.

Pedimos a papá con tanta vehemencia que nos comprara un león, que él, siguiendo su política educacional que consistía en dejarnos, en todo lo posible, escarmentar en la propia cabeza, consintió.

Preguntamos al circo si nos venderían un cachorro. Dijeron que una vez terminada la temporada, no tenían inconveniente.

Nos dedicamos a estudiar el león. Nos hicimos expertos en leones. Compramos una edición de Bouffon todavía mejor que la que ya teníamos. Coleccionamos fotografías de leones y nuestro hermano mayor, a quien debíamos parecerle tres locos peligrosos, nos regaló, siempre caritativo, "The man eaters of Uganda".

Alborotamos a todos nuestros amigos. Ya nos veíamos los domadores infantiles más famosos del mundo, del león más grande del mundo. El erudito opinaba que una fiera bien alimentada es más mansa que un perro. A mí eso no me tranquilizaba gran cosa, porque yo le tenía miedo cerval a los perros.

Le dedicamos el invernadero de mamá, donde ella cuidaba sus

arecas y sus matas de orquídeas y allí en aquel ambiente fresco, delicioso, al que embellecía la gran mata de nísperos del Japón que crecía en medio, dando una sombra y unas frutas riquísimas y que extendía sus ramas sobre el techo de celosías, nos reuníamos con los iniciados a hablar libremente de nuestro deleitoso problema. Según Eugenio habría que comprarle una vaca diaria y darle muchos litros de leche. En la mesa de los niños no se hablaba más que de fieras, de viajes al África, de domadores célebres. Por aquella época yo me enamoré del domador inglés que había traído ese año Pubillones, que se llamaba el capitán Wilson, porque entonces todos los domadores eran capitanes, y que por cierto murió años después en Inglaterra, víctima de uno de sus leones africanos.

Papá y mamá, con su comprensión de todos los estados de ánimo infantiles, nos dejaban en libertad absoluta. Mientras tanto, el circo terminó su temporada con la habitual "tournée" al interior y los cachorros tenían ya sus tres meses. En ese tiempo, en verdad puedo decir que mis hermanos y yo fuimos los tres niños más valientes, dueños de la fiera más fantástica.

Por fin, un domingo por la mañana, papá pronunció las terribles palabras mágicas:

—Bueno, muchachos, hoy vamos a comprar el león.

Eugenio y yo palidecimos de una emoción y un susto que casi nos produce un desvanecimiento. Sarah dijo: "Yo no voy."

Mandamos a buscar a todos los vecinitos y les dimos la sensacional noticia. Se reunieron en casa como veinte chiquitos, nuestros inseparables Hevia, y Pérez Martínez en primer término, y salimos como dos héroes en el coche, despedidos por un coro de recomendaciones, voces exaltadas y corazones acelerados.

En el camino accidentado y largo del Vedado a La Habana, papá nos miraba con sus ojitos azules iluminados por una risita indefinible. Nosotros lo acosábamos a preguntas cada vez más inquietas.

—Papá, ¿tú crees que habrá crecido mucho?

—Papá, ¿tú crees que tendrá la boca muy grande y las garras muy poderosas?

—Papá, ¿tú crees que comerá demasiado?

—Papá, ¿tú crees que peligrará la pajarera de mamá...? ¿Y las matas de orquídeas...?

—Yo no sé, hijos. Los expertos en leones son ustedes.

La última parte del trayecto la recorrimos en silencio espeso.

Sólo se oía el resonar de nuestros corazones, mucho más sonoro que los cascos de los caballos sobre las piedras sueltas de la calle.

Cuando llegamos al Teatro Tacón, la emoción nos doblaba las piernas. El coliseo a media luz, vacío, se veía enorme. El escenario desnudo, sin telón de boca, sin bambalinas, sin telón de fondo, ausente toda la magia de los decorados y las luces, nos resultaba un mundo desconocido, hostil y nada grato. Era la primera vez que entrábamos por otra puerta que no fuera la puerta principal y no teníamos la menor idea del reverso de la medalla brillante del mundo de la farándula. Los célebres hermanos tal y los famosos hermanos cual ensayaban sus actos para la función de despedida de la temporada, en grupos aislados de gente que sudaba en trajes deslucidos y sucios. Se nos presentaban como gente pobre que trabajaba muy duro para ganarse peligrosamente la vida. Nos pareció un abuso, una crueldad, una ofensa para su prestigio el que los hicieran ensayar sin luces, sin música, sin lentejuelas. El número más caro de Europa repetía una y otra vez su famoso salto de la muerte en el trapecio, el número que luego les pondría las manos frías a las mujeres y haría a los hombres apretar los dientes. Payasos sin pintura, sin gracia y sin risa, hacían gestos tontos que no nos decían nada. El gran malabarista jugaba en un rincón con muchas bolas blancas. Y en el fondo del antro, en un lugar oscuro, una escena indescriptible tenía lugar. Pedazos enormes de carne cruda, enganchados en el extremo de un pincho largo, eran introducidos en las jaulas donde los recibían gigantescos ronroneos y rugidos terribles de alegría bárbara. Nosotros oímos un triturar cósmico, como si el sol se estuviera merendando a las estrellas. Como si el universo entero se desplomara hecho pedazos. La sangre se nos heló en las venas. No decíamos nada, no podíamos decir nada.

Mi padre se interesó enseguida en aquello. Hablaba con Pubillones. Le exponía nuestra pretensión, mientras el empresario famoso, revestido de todos los prestigios, accedía encantado.

—Como no, doctor. Les vendo su león. Le daremos, eso sí, gran publicidad. Sus valientes muchachitos se harán célebres. ¡Que suelten los cachorros!

Los valientes muchachitos estaban convertidos en dos niños de granito, de diorita, del material más rígido, del menos plástico. Mi padre procedía como si no se diera cuenta de nada.

Los tres cachorros salieron de la jaula, ondulantes, poderosos,

gigantescos, amenazadores, con las fauces ensangrentadas por la inocente carne cruda recién devorada. Tenían ya la marcha cadenciosa de los grandes y el tamaño de perros policías bien desarrollados.

Yo era una niña de famosos siete años, con estatura y peso bien en desacuerdo con la tabla médica. En un segundo me había trepado con ligereza de mona asustada hasta la misma cabeza de mi padre. El erudito desapareció como tocado por una varita mágica.

Papá se encantó con los leoncitos. Quería tocarlos, acariciarlos. Hizo lo increíble por librarse de la mole que le pesaba encima. Agotó todos los medios persuasivos para lograr mi descenso. Yo permanecí encaramada en mi refugio, agarrada a su cabeza desesperadamente, tratando silenciosa, aterrada, sombría, que mis pies no quedaran de ninguna manera por debajo de la línea de flotación salvadora de sus hombros. Al erudito lo buscaron por todos los ámbitos imaginables. Al fin recogieron a las fieras. Yo alivié a mi padre de mi peso y como por encanto, lo mismo que había desaparecido, apareció el erudito.

—Me distraje mirando una pizarra eléctrica y cuando vi que habían soltado a los leoncitos, quise salir de la caseta para verlos de cerca, y no pude, porque la puerta se había trabado.

Todo el largo trayecto de vuelta lo hicimos en silencio doloroso. Nuestros sueños de valor y aventura se habían desvanecido ante la cruda, la terrible realidad. Aunque papá nos había disculpado con Pubillones decorosamente, sin reírse, estábamos avergonzados y además, teníamos que enfrentarnos con los amigos que nos esperaban en casa.

De vez en cuando, mirábamos a papá con unos ojitos brillantes y adoloridos, húmedos por las lágrimas contenidas. El no decía nada, nos dejaba aprender bien la lección. Pero cuando ya estábamos llegando, rompió el largo silencio angustioso y nos dijo con su voz cálida, consoladora, adorable:

—Está bien... está bien... Yo diré que no quisieron vendernos ninguno.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

A la temporada anual de circo vino a unirse otra que habría de conquistarnos por entero. Una noche nos llevaron por primera vez a la ópera.

Desde temprano estuvimos listas mi hermanita y yo y no quisimos comer, como las grandes. No nos apretaba el corset, pero no nos hacía falta, porque la emoción de salir de noche y al teatro nos impedía respirar hondo.

Llegamos al Tacón, que nos pareció mucho más lindo que en las "matinéas", antes de empezar la orquesta a tocar la obertura con el telón bajo. Cuando se apagaron las luces y empezaron a preludiar los violines, por poco nos morimos de emoción. Lloramos con el payaso infeliz, a pesar de que no comprendíamos por qué lloraba. No sé quiénes eran los cantantes, pero a nosotros nos parecieron magníficos. La música nos transportó, y no le vimos ridiculez ninguna a aquel sufrir cantando. Cuando el tenor de *Cavalleria*, daban las dos obras, *Payasos* y *Cavalleria Rusticana*, empezó su aria, estábamos seguras de que se le iba a ir un gallo, y sudamos frío, y nos sentimos mal esperando el gallo, que no llegó. Cuando se acabó el espectáculo, estábamos tan cansadas que no podíamos tenernos en pie. ¡Cómo cansan en la infancia las emociones!

Había muchas cosas que esperar con ilusión durante el año. El verano, con los baños de mar y las idas a Varadero, era maravilloso, y lo mismo los grandes aguaceros, y los ciclones, y el

ras de mar, y los primeros vientos del norte. En cuanto rompía el primer norte nos invadía una sensación de fiesta grande, de tarde de circo, de noches de ópera, de expectación de las Navidades.

“Huele a invierno”, comprobábamos la primera mañanita fresca, mientras esperábamos a míster Smith sin acabar casi de amanecer. Los estados norteros nos habían dejado vivo el recuerdo a olor de calefacción, de nevada, de leños quemados en las chimeneas, de aroma de pino, y enseguida que en Cuba bajaba la temperatura percibíamos claramente olor a frío.

Ese olor del recuerdo, más poderoso aún que el del sentido, significaba la llegada de muchas cosas gratas, la mejor de todas, la Nochebuena. Mis padres revestían esa noche de tanta ternura, tanto calor de hogar, tanta esplendidez y tan sano regocijo, que era positivamente la fiesta máxima del año. Días antes del 24 de diciembre empezaban los preparativos. Iban llegando los lechones, escogidos por mi padre, de no más de cincuenta libras en pie, hembras y de aspecto sano, o machos muy jovencitos. Los guanajos, ya gordos, que se amarraban al tronco de las matas y se cebaban dándoles pan con leche, maíz y nueces y boniato y que se emborrachaban con coñac antes de sacrificarlos. El gallinero se llenaba de pollos, de guineas jíbaras y de gallinas gordas. Toda esa fauna era inspeccionada diariamente por papá, de quien yo no me despegaba y que me iba haciendo cuentos de su infancia en la finca San Francisco, antes de la guerra del 68.

La víspera del 24, mamá se afanaba en la cocina desde muy temprano con un ejército de ayudantes voluntarios. Ella hacía los buñuelos, los frijoles negros. Los puercos y los guanajos se mataban en la casa. Nosotras las niñas no veíamos la matanza, pero oíamos los gritos, que cuando el puerco estaba bien sacrificado era un grito corto, igual a los que daban ellos nada más que porque los tocaban. Sería tal vez que adivinaban las malas intenciones de los hombres. Una vez matados se colocaban en grandes mesas formadas por tablones colocados en dos “burros”.

Y venía la deliciosa función de pelarlos, echando jarritos de agua hirviendo sobre el pellejo negro o colorado, que el cuchillo viejo iba raspando y por último el toque final con el pedazo de ladrillo restregado concienzudamente sobre la piel que había surgido blanca, hasta dejarla bien limpiecita.

Mamá no nos permitía ver abrir los animales. Nos íbamos al

balcón, envidiando al erudito que permanecía en el patio con los hombres y las mujeres.

—¿Mamá, no vas a cocinar las gandinguitas?

—¿Ya podemos bajar?

Y corríamos a verlos colgar con su varilla de madera entre las patas delanteras, a la altura del pecho, pendientes de gruesos clavos colocados en el vano de la puerta de la carbonera, de las de la cocina, en el hueco del torno de subir las fuentes al comedor. Era un pequeño ejército de lechoncitos criollos, que serían adobados en la madrugada con bastante naranja agria, sal y ajo machacado y rociado con orégano y se mandarían a la tarde siguiente en procesión de tarteras al horno del “Sagrado Corazón”.

Los pollos se hacían en fricasé, con vino blanco y bastantes pasas y aceitunas. Los pavos se rellenaban con castañas y ciruelas pasas y pan mojado en leche, y los menudos picaditos, y algunos con manzanas. Se asaban en casa, en hornos de gas y de carbón. Todo el día 23 y toda la noche y todo el día siguiente estaba trabajando toda la familia.

Mi padre se hacía cargo de las compras y yo era su perrito. Ibamos a la casa Mendy, a la casa Recalt, a la casa Potín, y a la plaza del Vapor y a la del Polvorín. Comprábamos melado de caña para los buñuelos, y yuca y boniato y malanga amarilla para hacer la masa. Y lechuga y rabanitos. Y traíamos arroz de la tierra, cuando lo encontrábamos. Y frijoles negros. Y turriones, y pasas en unas grandes cajas con alegres muchachas en la tapa, y dátiles legítimos de Smirna, y los higos, y las nueces y las avellanas, y las pacanas y los coquitos, y las grandes castañas brillosas. Y jamón gallego, varias clases de quesos franceses y holandeses y laticas de mantequilla de los padres Trapenses, y membrillo y mazapán de Toledo, y sobreasada de la Sierra y salchichón de Vich. Y marrones glacés y bombones franceses y grandes cajas de frutas confitadas. Y vino espumoso, y vino blanco, y vino tinto, italianos y alemanes y franceses. Y buena sidra asturiana y champaña Moet et Chandon, y Benedictine y Chartreuse. Y papá compraba cajas de tabacos para repartir y para conservar “hasta que se secan bien”.

Nos hacíamos los olvidadizos para volver a salir, aparte de que teníamos forzosamente que hacer varios viajes, porque, aunque llevábamos el familiar, el cargamento no cabía en el coche de una sola vez. Nos traían cestos de frutas que íbamos a comprar a la

calle del Obispo, uvas, manzanas y peras de agua que eran las apropiadas a las Navidades.

—¿Renecita, vamos a olvidarnos de los marrones glacés?

—¡Sí, anda, vamos!

—Macuca, mira a ver si viene todo lo que me encargaste.

—¡Ay! ¡Méndez, se te olvidaron los marrones glacés!

Los ojos nos brillaban de inocente malicia y volvíamos a coger por tercera vez el camino de La Habana, para reanudar el paseo y curiosear las vidrieras y volver a comprar deliciosas golosinas.

—Mi hijita, me remuerde la conciencia. Los caballos han trabajado demasiado.

—¡Si no están cansados! ¡Si ellos se alegran también por las Navidades! Saben que hoy es Nochebuena. ¿Verdad, Pájaro? ¿Verdad, Mendoza?

Mamá ponía la larga mesa agrandada con tablas colocadas sobre “burros”, vestida con el enorme mantel de granité y gruesos encajes catalanes que ella guardaba para la ocasión, y sacaba todos sus cristales y la vajilla grande y adornada con flores de su jardín, que cultivaba con tanto esmero.

Por la tarde nos daban una sopa de jigote de gallina, con la carne molida y bolitas de una pasta de harina de Castilla amasada con cerveza que se dejaban caer por un embudo de tela en la manteca bien caliente hasta dorarlas, y dos yemas de huevos crudas, y nos acostaban a dormir hasta las nueve o las diez de la noche. Caíamos rendidos, y despertábamos frescos y alegres para la gran noche.

Mientras llegaban los invitados papá nos llevaba a dar un paseo a pie por las calles silenciosas y pasábamos delante de las casas, en que el árbol de Navidad, invariablemente artificial, esperaba, como en la nuestra, la hora de la cena para encenderle sus velas de cera de colores. Nosotros habíamos adornado el árbol y el comedor con guirnaldas de papel y flores naturales, pero los regalos no se ponían entonces debajo del árbol, a los grandes no les traía nada Santi Cló y él no venía nada más que cuando los niños estaban ya bien dormidos.

Un poco antes de las doce, salíamos para la parroquia en procesión alegre y desordenada, con faroles de luz brillante, por los trillos de la loma, lanzando grandes carcajadas cada vez que alguien resbalaba y las piedras rodaban loma abajo. Oíamos la misa del gallo en la que el erudito era acólito y una vez quemó el asiento

de una silla con los carbones del incensario, porque se quedó embebido mirando a una muchacha. Y volvíamos todavía más alegres, dispuestos a darnos una tremenda comilona. Esa noche nos daban a los niños medio vasito de vino tinto mezclado con medio vasito de agua fría. Y ya de madrugada, muertos de sueño y pesados de tantas cosas buenas, a la cama, a esperar al día siguiente, la sorpresa de los regalos milagrosos. A nosotros nos traía San Nicolás, el bondadoso obispo de Bari que dotaba a las doncellas pobres poniendo sus regalos en las puertas la noche del 24 de diciembre. Los reyes magos no nos trajeron nunca nada. Los reyes les traían a los hijos de los españoles, no a los hijos de mambí. Eso nos había dicho mamá y no se nos ocurrió pedirles nunca.

Desde semanas antes empezábamos a escribir nuestras carticas que íbamos a echar nosotros mismos al correo en la parte baja del Vedado. El erudito y yo nos manifestábamos normalmente, él con más originalidad. Y con la mayor confianza le contábamos a papá lo que habíamos pedido. Eugenio quería soldados, fuertes, trenes, cajas de ingeniería y de pintura, libros de marinas, de historia natural, de piratas, discos de buena música. Yo, vergüenza me da decirlo, siempre pedía lo mismo. Eran cosas imprescindibles, que con el mucho uso durante el año se me gastaban y me iban quedando alarmanamente chiquitas. Un traje de amazona, un caballo de balancín, una muñeca de mi tamaño y un saco de diez libras de bombones.

El gran escollo era Ticticatéirum. Pedía cosas misteriosas que sólo Santi y ella podían saber. Cosas que constituirían sorpresas inauditas para todos. Y había que ver a papá enamorando a la chiquitica para que le confiara el gran secreto. Al fin lograba vencer el deseo de “epatar” y se llevaba siempre el gran susto. Un teatro con lunetas y todo, donde pudiéramos sentarnos con muchos amigos. Un piano de cola de verdad. Un caballo de madera que trotara y obedeciera. Una muñeca que hablara francés y español y caminara sola. La fantasía de aquel pedacito de niña no tenía coto, pero a ella le debemos nuestros mejores juguetes, porque mi padre se afanaba en cumplir, en lo posible, sus deseos, y así tuvimos por ella un guiñol estupendo y el primer piano grande de verdad.

Mi padre gozaba comprando los regalos. Los traía cuando estaba seguro de que habíamos salido y cuando se trataba de algo demasiado grande, como el día que le puso a Ticticatéirum

su Pleyel cuarto de cola, se encargaba él mismo de mantenernos fuera de la casa mientras mamá hacía esconder aquellas maravillas que debían parecernos efectivamente llegadas del país misterioso de los sueños.

Un año, que tenía que llegar al fin, fue el año de la pérdida de la fe. Hacía tiempo que Eugenio pedía soldados de plomo rusos y japoneses. Esa era la primera guerra, aparte de las nuestras por la independencia, de que habíamos oído hablar, y tenía gran empeño en que se los trajeran. Por fin mi padre los había conseguido y había comprado un gran fuerte de cartón piedra, y hasta había encontrado impedimenta para ambos ejércitos. Estaba tan contento con la sorpresa que iba a darnos que trascendía lo alegre que estaba.

Esa noche no sé si porque estaba tan contento con los famosos soldados que le gustaban tanto como a nosotros o porque por excepción no estábamos bien dormidas todavía, el caso es que mi hermanita y yo oímos risas y la voz de mamá que decía:

—¡Cuidado, Méndez, que vas a despertar a las niñas!

Y vemos a papá cargado hasta los ojos de paquetes y a mamá alumbrándole el camino con la palmatoria con su vela que tenía siempre en la mesita de noche.

Debimos movernos inconscientemente, porque ella dijo alar-mada:

—Méndez, ¡que te van a ver las muchachitas!

Y Méndez suelta apresuradamente los paquetes y se mete debajo de la cama de Sarah no sin tropezar antes con ella y hacer un poco de ruido, lo que provocó nuevas risas sofocadas de mamá.

Nosotras nos quedamos mudas de asombro. No hicimos el menor gesto, no dimos la menor señal de habernos despertado y contemplamos tranquilamente por entre las pestañas de los ojitos entornados, los trabajos y los aspavientos de aquellos dos inocentes que sudaron colocando sus regalos "sin que nos diéramos cuenta". De allí resultó que los que creyeron en lo adelante en San Nicolás fueron ellos y nosotros prolongamos todo lo más posible el engaño, porque nos daba pena quitarles la ilusión.

Y la infancia empezó a cederle el paso a la adolescencia. Yo tenía diez años y era una mujerona. Las miradas de los hombres me turbaban. En los paseos de carnaval, me piropeaban como a una jovencita. Y los compañeritos de juego no me trataban ya lo mismo. La vida empezó a perder aquella inconsciencia alegre que

tan feliz me hacía. Por primera vez me di cuenta de que existen leyes misteriosas que escapan al dominio de los hombres. Empecé a preocuparme. Los dos primeros aspectos de los conflictos humanos que iban a tirar de mí para lanzarme en los problemas psicológicos de una adolescencia precoz, fueron la Casa de Beneficencia y el Hospital de San Lázaro, es decir, el nacimiento y la enfermedad.

El director de la Casa Cuna, era Eugenio Sánchez Agramonte, jefe del Cuerpo de Sanidad Militar del Ejército Libertador, su mujer, Caridad Esteban, era íntima amiga de mi madre, y de la guerra, entre papá y Eugenio Sánchez había quedado una amistad muy sólida. Íbamos a verlos a menudo y yo sufría en la Beneficencia. Para mí aquel era un mundo absolutamente incomprensible. Todos aquellos niños abandonados por sus madres, aquellas monjitas que no querían tener hogares propios y se dedicaban a cuidar hijos ajenos, aquellas crianderas españolas que dejaban sus propios hijos en España y venían a Cuba a criar, por dinero, cubanitos sin madre. En todo aquello había un misterio oscuro que me producía congoja angustiada. Yo vivía convencida de que todos los niños eran esperados con amor y con ilusión por la mujer que los traía al mundo, y esa visión de una madre que permitía que de noche, aprovechando la oscuridad, se dejara a su hijo en el torno, como si fuera un paquete de basura que se bota, peor aún, porque había que aprovechar las sombras de la noche para cometer aquel delito vergonzoso. Me imaginaba al niño en el torno, solito, llorando, hasta que venían unos brazos ajenos a recogerlo. Sentía la angustia de los expósitos ante el misterio de sus vidas sin raíces, sin pasado, sin madre en que apoyarse. Decididamente, ya yo no era una niña.

Y frente a la Beneficencia al otro lado de la Caleta, casi sobre los acantilados, estaba el hospital tétrico, sombrío, aterrador. En las tardes de paseo, frente a la belleza espléndida del mar, ¡cuánto espantoso rostro inolvidable amargando la alegría del carnaval! Era la implacable miseria de la carne, sujeta a enfermedades crueles, presente para frenar impulsos y llenar de terror los mejores momentos de la vida. Mi primer contacto con la injusticia, mi sorpresa infinita ante la dependencia del hombre a leyes ciegas, los provocó el hospital que pobló mi adolescencia con un nuevo terror inmenso, absoluto como un terror ancestral, que surgiera directamente de la carne miserable e impotente.

El carnaval me apasionaba; la fiesta de alegría, de montones de serpentinas fuertes como cintas, de pitos y matracas, de disfraces para satisfacer ingenuos ensueños, tomaba para mí un nuevo aspecto. Era muy agradable que jóvenes desconocidos me tomaran por una muchacha y me demostraran que les agradaba. Ya yo no quería sentarme en el fuelle, como era la pasión de mi infancia, ahora me sentaba en el asiento de atrás y en lugar de reír con toda la boca, como una chiquilla, ensayaba una sonrisa de señorita que sabía que tenía la boca linda.

Ya presentía el encanto sensual de aquellas tardes, en que la noche caía sobre la belleza incomparable del paseo sobre el mar y el invierno dulce del trópico prestaba aspecto exótico a la ciudad, que crecía como tocada por una varita mágica. El ritmo de los tambores que venía de todas partes y de ningún punto fijo, una sonrisa insistente detrás de un antifaz, una mirada masculina interrogante, me producían inquietudes confusas, ansias de algo que no podía expresar, y una alegría profunda, que acaba en congoja.

Y entonces tuve mi primer enamorado. Era un joven apuesto, viril, simpático, de bastante más de veinte años. Montaba muy buenos caballos, y me paseaba la cuadra por las tardes, caracoleándome en la esquina. Eran los días en que Federico Laredo Brú y el doctor Peña montaban sus caballos de raza por las calles de tierra del Vedado, que se precipitaba a dejar de ser en el aire claro un peñón marino, un pedazo de litoral sobre el mar abierto, un rincón de monte. Todavía quedaban calles de tierra, que pronto se ahogarán debajo del asfalto y los jinetes criollos las aprovechaban y las recorrían con sus cabalgaduras enjaezadas a la cubana, trenzadas las largas colas y rematadas en cintas, arreos de plata las bestias, y los hombres con guayabera de hilo crudo y a la cabeza el fino jipijapa.

Mi enamorado pasaba a la hora en que nosotras, terminado el horario de clases, descansábamos al fresco de la tarde, sentadas en los sillones del portal. Yo, a veces, tenía una muñeca en los brazos, y en cuanto oía los cascos por la calle 15, tiraba la muñeca debajo del sillón y me estiraba la saya todo lo que daba, para que creyera que estaba vestida de largo. Algunas veces, conseguía que me dejaran sujetarme el pelo con un lazo de terciopelo negro, que hacía furor entre las pepillitas. En cuanto lo veía aparecer, el corazón quería saltarse del pecho. Era un enamoramiento muy

de la época, hecho de miradas y sonrisas vagas, y pasar y repasar él a caballo frente a la casa mientras yo permanecía sentada sin atreverme a mover ni un dedo.

Aquel cortejar colmaba mis ansias amorosas y en mi inocencia no deseaba más nada, pero una tarde memorable pasó con su hermano que resultó ser amigo de papá. Mi padre estaba en el portal y cuando vio a su amigo se bajó a la verja del jardín y ellos se aparearon de los caballos y se acercaron a hablarle. El muchacho se apartó del grupo y desde la acera me hizo señas de que me acercara. Yo me levanté asustada, aterrorizada porque pensé que en cuanto viera mi faldita corta y mis calcetines, perdía a mi enamorado, pero me atraía como un majá a una gallinita y no pude negarme a ir a hablarle por detrás de la reja. Él tenía la vista fija en mi carita encendida y no miró para las piernas. Los mayores seguían una conversación al parecer interesante, mientras yo ponía en escena mi primer diálogo de amor.

—¿Cómo te llamas?

—Renée.

—Bonito nombre, y raro... ¿por qué te pusieron Renée?

—Porque mamá quería un nombre corto y le pareció bonito.

—Yo me llamo Rolando y tú me gustas mucho... Tú sabes que yo paso todas las tardes por ti...

Yo no atiné a decir nada. Estaba entre asustada y contenta y él me gustaba mucho, sólo que de cerca me parecía mayor, casi tan mayor como mi padre, mucho mayor que los amigos de mi hermano grande, que a mí me parecían el límite de la juventud. De pronto me miró con más intensidad y me preguntó brusca-mente:

—¿Qué edad tienes tú?

Había sucedido la hecatombe: Logré articular con una vocecita miserable de niñita asustada:

—Yo... yo voy a cumplir once años...

—¡Qué horror...! Si yo lo hubiera sospechado, nunca me habría atrevido... pero si pareces de catorce, lo menos... aunque ahora mirándote de cerca, pareces una niñita. Tendré que esperar unos cuantos años... Y mientras tanto, nada de noviecitos. Yo voy a estar vigilando. Claro que seguiré viéndote de lejos... qué remedio... Terminé la carrera de Derecho y mi familia me regala un viaje. Mañana me embarco, pero cuando vuelva dentro de dos meses volveré a pasearte la cuadra. No me atrevo a pedirte ni que pienses en mí...

Yo ni levantaba los ojos del suelo. Me parecía que había sucedido una cosa terrible. Me sentía culpable y avergonzada de no tener ni once años.

Él se había quedado silencioso. De pronto levanté la mirada y debía haber en ella una dulzura, una inocencia adorables, debían mis ojos hablar con tanta pureza y claridad de la pena que yo sentía por tener tan pocos años, que se puso rojo de emoción y vi temblar sus labios, en los que la navaja dejaba una fuerte marca azulada. Me dijo bajito, y fueron las primeras palabras de amor que oí en mi vida:

—Eres un encanto y estoy enamorado perdido de ti... No sabes cuánto siento que tengas esa edad... pero crecerás... y serás para mí... viéndote crecer tendré paciencia... piensa en mí.

A los ocho o diez días, los periódicos publicaban el retrato de mi enamorado y daban el pésame a sus familiares. El barco en que hacía su viaje de graduado, en algún lugar del Golfo había sido tragado por un ciclón.

Yo recorté el retrato y lo puse debajo de mi almohada y lloré amargamente, en silencio y en secreto, mis primeras lágrimas de mujer.